

# HISTORIA PRODIGIOSA

**ADOLFO BIOY CASARES**



Escritos entre 1949 y 1955, los relatos de *Historia prodigiosa* representan, en la vasta obra de Adolfo Bioy Casares (Buenos Aires, 1914), espléndidos ejemplos de su madurez como cuentista. El estilo, marcado antes por acusados contrastes y por cierto elaborado distanciamiento, deviene más tenue; el artificio, menos evidente. Los escenarios exóticos de las narraciones de *La trama celeste* (1948) —el castillo de los Gulniac, la Posada del Túnel, una Buenos Aires fantasmagóricamente paralela—, dejan lugar a ámbitos grises y cotidianos donde lo fantástico (el dios Baco, un cortejo de demonios) se instala sutil e imperceptiblemente.

De sus cuentos, el memorable *Homenaje a Francisco Almeyra* destaca por la excelencia de la prosa y el rigor de la reconstrucción histórica; *Clave para un amor* es una de las pocas narraciones de Bioy Casares en que lo fantástico se define francamente hacia lo sobrenatural; *Las vísperas de Fausto*, un relato brevísimo de singular inspiración; *Historia prodigiosa*, una divertida parodia de las situaciones de Chesterton; *Fa sierra ajena* es el cuento más extraño, el de invención más extraordinaria.

Publicado en México en 1956 y reeditado en Buenos Aires en 1961, *Historia prodigiosa* aparece ahora por primera vez en España en esta cuidadosa versión que puede considerarse definitiva.



Adolfo Bioy Casares

# **Historia prodigiosa**

ePub r1.0

Titivillus 14.08.15

Titulo original: *Historia prodigiosa*

Adolfo Bioy Casares, 1956

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



## *Nota preliminar*

*Todas las piezas incluidas en el presente volumen corresponden al género fantástico, salvo la última —en mi opinión, la mejor—, que es una alegoría. Cabe la advertencia, porque el Homenaje a Francisco Almeyra acaso parezca trunco a lectores que esperen materia sobrenatural. En Pardo, en marzo abril de 1952, en un momento de extrema desolación, pensé que para quienes mueren durante una tiranía el tirano es eterno y entreví mi relato de unitarios y federales. Dos veces, en el año 1954, lo publiqué: en la revista Sur y, por separado, en un librito de la editorial Destiempo.*

*Historia prodigiosa apareció en México, en 1956, con pie de imprenta de Obregón; pocos ejemplares llegaron a Buenos Aires. En esta edición, como en la argentina de 1961, agrego a la serie original un nuevo cuento, Los dos lados.*

*A. B. C.*

# HISTORIA PRODIGIOSA

## I

Lo que me mueve a escribir no es el agrado de hablar de estas cosas ni el instinto profesional, que ávidamente debería registrar y aprovechar acontecimientos como los que después ocurrieron, no sólo melancólicos, sino portentosos y terribles. De verdad, la conciencia me exige, y Olivia me pide, que deje aclarados algunos episodios de la vida de Rolando de Lancker, episodios que determinados sectores últimamente comentaron, difundieron y tergiversaron. Sin duda porque la mente humana trabaja con frivolidad, lo primero que el nombre Rolando de Lancker evoca para mí son las imágenes del interior, oscuro y de cuero, de un *break* que rueda por un camino barroso, de los leves cartuchos celestes de los *Bay Biscuits*, de una estudiosa muchacha rubia, de un parque simétrico y abandonado con dos leones de piedra y, más lejos, tres calles de altos eucaliptos que se estremecen en la tormenta. Nada aciago hay en todo esto, o apenas la luz con que retrospectivamente lo veo. Sin embargo, el destino para el que tales imágenes sirven de inadecuado emblema, recogido por una pluma menos inepta que la mía, depararía a muchos una lección aterradora.

Como todo el mundo en Buenos Aires —me refiero al mundo de nuestra profesión— yo sabía quién era Rolando de Lancker. No digo que supiera nada concreto, sino vagamente que existía, que había publicado tal libro, que estaba enemistado con tales colegas. Por intercesión de su primo Jorge Velarde llegué después a conocerlo.

He aquí, pues, el comienzo de la historia. Una mañana yo estaba trabajando en la editorial, se abrió la puerta y percibí el inconfundible olor a valijas de cuero y a correas. Levanté los ojos. Por cierto ahí estaba, aureoleado por ese olor tan típicamente suyo, Jorge Velarde, que firma Aristóbulo Talasz y despótica semanalmente sobre los estrenos del cinematógrafo desde la notita de *Criterio*. Yo sospecho que debe a su olor y a su formato que lo apoden el Dragón; pero como algunos amigos de infancia lo llaman San Jorge, cabe tal vez inferir que un apodo haya salido de otro. «Carga manuscrito», me dije y encomendé el alma. Increíblemente, el Dragón no extrajo, del lugar más inesperado, la compilación de poemas, algo nuevo, en verso libre, que yo temía, ni el nutrido ensayo, lo que la masa lectora reclama, una interpretación psicoanalítica de los caracteres de La Bruyère, ni siquiera la novela policial a publicarse con seudónimo, pues el autor guardó silencio por más de un año y qué va decir la gente cuando vea que ahora sale con esta sandez: porque todo esto hay que sobrellevar en las editoriales. No, con apreciado buen gusto, mi visitante omitió cualquier referencia a su obra inédita, habló del calor que iba a concluir en una tormenta de padre y señor nuestro, pasó a temas de actualidad, tan opresivos como el calor, y desembocó bastante pronto en su primo Lancker. Hablándome de cerca y obligándome, para evitar el olor a cuero, a empotrar la nuca en el respaldo de mi sillón funcional, me dijo que el primo había organizado, o proyectado, una suerte de academia de literatura y que deseaba mi colaboración. En aquellos años, los más fervorosos de la vida, me aquejaba la temeraria certidumbre de que todo lo podía la lógica y de que el arte era plenamente comprensible y transmisible. Como además de su futura academia, Rolando de Lancker disponía de

un casco de estancia en Monte Grande, le había pedido al Dragón que me invitara a pasar allí el fin de semana. Creo que me desagrada vivir en casa ajena, pero acepté en el acto.

El sábado a la noche gruesas gotas golpeaban los vidrios del viejo vagón del Ferrocarril del Sud (que así todavía se llamaba) en que viajé a Monte Grande. Miré las gotas, pensé «a lo mejor me resfrío», me acurruqué en el asiento, noté la levedad de mi traje y, maravillado, me perdí en *Magic* de Chesterton: un tomito verde que en esos días había llegado a las librerías. Hacia el fin del trayecto, en la comedia de Chesterton se había desatado una tormenta y en Monte Grande había cesado de llover. Entre las sombras del andén divisé al atlético Velarde, alias el Dragón, que murmuró «Ni siquiera trae los diarios»; después, a un hombrecito perfecto y con capa, de trazos delicados, de pensativos ojos de fuego; después, a una muchacha rubia, considerablemente más alta y más gruesa que el hombrecito, con pelo lacio, estirado hacia atrás, con ojos verdes, con facciones hermosas y cutis que no parecía limpio, con suelto *pullóver*, con andar sereno. Velarde me presentó al hombrecito:

—Rolando de Lancker.

Lancker, hablando con rapidez y energía, en tono machacado, me presentó a la muchacha:

—Olivia, mi discípula.

Y en el acto, con eficacia irreprimible, me desembarazó de mi valijita. Olivia, a su vez, quiso tomarla, pero adelantando una mano con anillos, entrecerrando los ojos, ladeando la cabeza, Lancker la disuadió. Con alguna solemnidad nos encaminamos hacia la salida. Afuera aguardaban tres o cuatro automóviles y un enorme *break*, al que estaba atada una yunta de espumosos caballos oscuros. Los caballos levantaron las orejas; desde el pescante descendió laboriosamente un anciano, de cara roja, de ojos redondos, de paso inestable. Cargó la valijita, me interrogó con la mirada. Balbuceé una excusa por traer tan poco equipaje.

—Olivia y Jorge a un lado —dijo Lancker, señalando la portezuela— nosotros del otro, el señor a mi derecha.

Ceremoniosamente escalamos el vehículo y nos distribuimos en su interior. El cochero, con la aparatosa torsión de un hombre aquejado de tortícolis, miró a Lancker. Éste dijo:

—*¡Vogue la galère!*

La fugitiva luz de un automóvil que partía entró en el coche e iluminó las piernas de Olivia. Parodiando a nuestro querido amigo el filósofo de *La Emiliana*, ese infatigable comentarista del sexo femenino, me dije: «Parecen torneadas por un dios voluptuoso». Francamente, aquella noche las piernas de Olivia me dejaron impresionado. Con un sacudón arrancamos, reflexioné que arrullado por los redobles de los casos viajaría indefinidamente y nos detuvimos. Habíamos rodeado la plaza. Lancker miró pausadamente a Olivia y como quien intenta grabar un precioso precepto en la mente de un niño pronunció:

—Cuatro docenas de *Bay Biscuits*.

La muchacha bajó del vehículo; yo la seguí, murmurando palabras, principalmente el verbo

acompañar y el sustantivo damas. En el bar, Olivia me preguntó:

—¿Vio los árboles?

—Hermosísimos —repliqué instintivamente.

—No —corrigió Olivia—. Nunca lo fueron y ahora, con la poda, están horrorosos. Pero no me refería a eso. Me refería a los letreros que les han pegado.

Nos entregaron el paquete. Pagué. Olivia me previno:

—Son para Rolando.

—Qué le vamos a hacer —contesté.

A la luz de los faroles de la plaza, blancos y con globos redondos, miramos los árboles. Cada uno tenía un papel ovalado, con una inscripción. Riendo, Olivia leyó algunas. Creo recordar estas dos: *Mujer ¡más decencia!* e *Indecencia en el vestir = indecencia en el vivir*. Entre las ramas, cortas como muñones, vi un cielo complejo y tormentoso. Había olor a tierra mojada.

—Rolando espera —dijo Olivia.

Ya en el coche, mencioné los letreros. El Dragón, sacudiendo la cabeza y entornando benignamente los ojos, explicó:

—Las brigadas del padre O’Grady. Esos muchachos son el diablo.

—Bajo su aspecto más nauseabundo —contestó Lancker.

—No se detienen en nada —aseguró el Dragón.

—Ni siquiera en recordarnos su tontería mediante versitos mnemotécnicos —agregó Lancker—. Las otras tardes leí en los arboles que hay frente a la iglesia:

*Si no observas decoro en el vestir,*

*Si provocas miradas atrevidas,*

*Del Cristo sangran todas las heridas*

*Y Belcebú triunfal se echa a reír.*

El Dragón observó:

—Perdoname, viejo, pero el segundo verso no está mal,

—*Poeta nascitur* —contestó enigmáticamente Lancker—. Oigan esta copla que leí en otro árbol:

*En verano y en invierno*

*Cubre con medias las piernas,*

*No sea que a esas carnes tiernas*

*Las tueste el diablo en su infierno.*

(Ahora, que he conocido a Lancker, sospecho que él improvisó los versitos; hasta creo recordar que la muchacha se ruborizó, como si esas locuras de su maestro la avergonzaran un poco).

El camino era largo y, en partes —como entonces entreví y luego confirmé— a través de campo tendido. Muy pronto llovió furiosamente. Evoco, aún hoy con íntima exaltación, el arreciar de la lluvia contra las cortinas de cuero del *break* y el chapalear de los caballos. Cruzamos un portón.

—*Los Laureles* —anunció Lancker.

Avanzamos entre árboles, primero sinuosamente, después en línea recta. Se oyó el crujir de canto rodado bajo las ruedas y muy pronto el coche se detuvo. Lancker abrió la puerta, saltó, de pie en la lluvia ofreció el brazo a Olivia; ésta saltó y ambos corrieron a guarecerse en el corredor. Los seguimos. El *break*, lentamente, giró y se perdió en la noche. Nos quedamos unos instantes mirando las tinieblas. Ocasionales relámpagos iluminaban el mundo y entonces aparecían, no lejanos, trémulos, altísimos eucaliptos.

Alguien dijo:

—Con tal que uno de estos rayos no caiga aquí.

Manejando gallardamente la capa, Lancker me contestó:

*El laurel que te abraza las dos sienes*

*Llama al rayo, que evita, y peligrosas*

*Y coronadas por igual las tienes.*

Pensé que provisto de una nariz más larga Lancker sería un irremplazable Cyrano en una compañía pueril. Él concluyó:

—El resto del soneto, en Quevedo. Las virtudes del laurel, en Plinio.

Se volvió, abrió una puerta que daba a un pasillo y a una escalera con barrotes de hierro, globo de bronce y pasamanos de caoba, golpeó las manos.

—¡Ave María! —gritó.

Después gritó Olivia:

—¡Pedro!

Nadie apareció.

Olivia y Jorge siguieron gritando. Estas afanosas invocaciones produjeron finalmente a un hombre de saco blanco, de cara roja, de ojos redondos que expresaban alegría impávida, de nariz con punta levantada, de acento incompatible con toda sutileza: Pedro.

Lancker me preguntó si había comido.

—No —respondí—, pero no importa...

Con un ademán de todo el brazo acalló mis protestas.

A Pedro le ordenó:

—El señor va a tomar té.

El criado se alejó con mi valija. Nosotros nos internamos por largos y oscuros corredores, por un vítreo jardín de invierno, con jarrones de porcelana azul, con plantas con hojas como pantalla, por una sala sesgada con muebles enfundados. Llegamos al comedor, donde había una mesa rodeada por más de veinte sillas, con una sopera de plata en el centro; en el extremo del cuarto, simétricamente se levantaba, se amontonaba y se distribuía, arquitectónica como un palacio, la chimenea, de madera labrada y rubia; en las restantes paredes, el zócalo, de igual madera, alcanzaba alturas excesivas para que uno pudiese mirar, sin estirarse en puntas de pie y sin forzar la nuca, los tenebrosos cuadros enmarcados en oro. En esa actitud tensa contemplé uno que misteriosamente me atrajo desde que penetré en el comedor. Asistido por Olivia, no tardé en descubrir que representaba al infierno: desde una fosa en que hormigueaban los réprobos alzábase una llama en cuyo ápice bailaba, diminuto y de color naranja, el demonio.

*Los amantes de Teruel* de Benlliure —explicó Lancker.

Reconocí los amantes. Él, con levita negra, con puños de encaje, con pantalones abrochados debajo de la rodilla, saltaba, con un movimiento de piernas enérgico pero acaso vulgar, por encima de otro réprobo y llevaba o empujaba a ella, con vestido blanco, de novia ¿hacia dónde? En este mundo no lo sabremos. Volví a mirar la llama que surgía de la fosa; ladeé la cabeza, como un entendido que aprecia una obra de arte. Por una operación inexplicable, ante mis ojos la llama se convirtió en Satanás y el diminuto demonio, en un violín de color naranja. Lancker dijo:

—El demonio toca el violín para los condenados.

—*Attenti*, Rolando, vos que te aburrís en los conciertos —gritó el Dragón, con esa vulgaridad trivial que le era tan propia.

De nuevo ladeé la cabeza: de nuevo el violín fue un demonio, Satanás, una llama. Precavidamente, con la esperanza de haber descubierto algo, con el temor de que mi descubrimiento fuera una simpleza, comenté lo que pasaba con el cuadro.

—Eso parece indicar —Lancker declaró con indiferencia— que Benlliure pintó una llama y un violín diabólicos; pequeña sabiduría que, pictóricamente hablando, le resulto un arma de doble filo.

Pedro apareció de saco negro, trayendo una bandejita de plata en la que había una hermosa y brevísima tetera, también de plata, labrada en espirales, dos tazas, un plato con pocos paquetes de *Bay Biscuits*.

—Lo acompañaré al señor a tomar té afirmo Lancker.

—Ya le traje taza —dijo Pedro.

—El señor lo toma con tostadas afirmó Lancker—. Con tostadas de pan francés. Los bizcochitos son para mí.

Dijo *bizcochitos*, en diminutivo, con esa ternura peculiar, mezclada de voracidad, con que

nombramos algunos alimentos.

Levantando la voz, que resultó aguda, echando hacia atrás la cabeza, Pedro anunció animadamente:

—Se acabó el pan.

Nos sentamos, yo a un lado, Lancker junto a la bandeja, en la cabecera; desde allí me alcanzó una taza y un paquete de *Bay Biscuits*. Era extraordinaria la voracidad con que el hombre devoraba esos leves bizcochos; particular afición que impresionó mi recuerdo con relieves durables.

Pedro me preguntó:

—¿Con qué desayuna el señor?

—Té, no más. Con tostadas —respondí.

—¿Está seguro que no prefiere café solo con pan negro? —Solícitamente inquirió Lancker.

Le contesté que prefería el té, pero que tomaría de buen grado el desayuno que me trajeran.

La taza de té y el casi aéreo bizcocho que fueron mi única cena no aplacaron el hambre. Suspirando me dejé sacar del comedor. Me llevaron por corredores laterales, progresivamente más pobres, por dependencias con olor a trazo de rejilla, por recovecos de techo inmediato, con acre olor a betún, donde se amontonaba calzado, especialmente botas de montar, por una escalera de madera gris, en cuyo descanso había una pequeña ventana de vidrios de colores, condenada por una tabla transversal, hasta el piso alto y hasta el cuarto de huéspedes. Allí, junto a la mesa de luz con vaso de agua, me dejaron solo. ¡Qué nochecita, amigos míos! Fue como el presagio, demasiado wagneriano para mi gusto, de la molesta querrela de sacrilegios y de portentos que nos abrumaría a continuación. La tormenta estremecía los vidrios en las ventanas y diríase que el colérico dios del mundo quisiera arrancarme de ese cuarto en que yo velaba, intimidado no sé por qué, entre muebles de sombras desconocidas. Menos mal que el mosquitero, como una casita familiar y polvorienta, me amparaba y aun me abrigaba, lo que era oportuno porque desde el principio noté alguna levedad, alguna insuficiencia de ropa, sobre las piernas. Por fin debí dormirme. Lo cierto es que al día siguiente habían dado las once cuando bajé al corredor, donde estuve sentado con Lancker, en sillas de paja pintadas de color violeta, mirando la lluvia, mirando el césped, de dibujo francés, con una fuente en el centro, con las Gracias, rodeado por caminos flanqueados por dos leones de piedra; fumando cigarrillos Imparciales; mirando los eucaliptos, mirando las inestables pagodas que formaban las últimas ramas y, para nuestra desgracia, conversando. ¿De la proyectada academia literaria? En modo alguno.

Mi culpa, mi grandísima culpa. Yo empecé, como dicen los chicos refiriéndose a una pelea (no; los chicos dirían: él empezó). Pregunté por Olivia e, inocentemente, provoqué ese diluvio de horrores. Creo que las primeras palabras de Lancker fueron:

—Está en Monte Grande, en misa, con el Dragón, que no se cansa de comer hostias. Cómo son las mujeres. A mi lado, usted sabe, nunca ha faltado una discípula. Una muchachita sucia, con el pelo rubio y lacio atado atrás y con *pullóver*. Bueno, de todas las que tuve ninguna mereció como ésta el

honroso calificativo. Sin embargo, ahí tiene.

—¿Ahí tengo? —inquirí.

—Sí, ahí tiene, fue a misa. ¿Le parece poco? Olivia sabe que me hiere, pero no le importa. Yo creo que estos católicos creen que en el fondo uno cree; que uno se hace el *esprit fort*, pero cree. Si no, serían menos tercos. ¿A que no sabe cómo se presentó?

—No sé.

—Con medias.

—*¡Peccato!* —exclamé irresistiblemente—. Con esas piernas tan lindas.

En seguida me ruboricé. Lancker me miró en silencio, con desdeñosa curiosidad. Vivamente continuó:

—Yo le dije que había un límite. Si quería observar las convenciones, de acuerdo, que fuera a misa: no soy yo quien va a refutar a Confucio. Pero, agregué con la solemnidad que mis palabras reclamaban, si no trataba deliberadamente de apenarme debía sacarse en el acto las medias. Usted no lo creerá: titubeó. Miedo, tal vez, de enojar al cura o a la curia o a lo desconocido, vaya uno a saber. Le ordené que bajo mi responsabilidad las sacara. La pobrecita obedeció. Fui muy duro, lo sé, pero ¿podría permitir que las brigadas del padre O'Grady me batieran en mi propia casa?

Y ahora yo titubeo. No hay escapatoria para el dilema. Si no repito las palabras de Lancker, la historia moral que estoy contando perderá su significado. Si las repito... No es el miedo a lo desconocido lo que me retrae, aunque actualmente me acosa una picazón en la mano derecha, aguda en el dedo mayor, y una suerte de entumecimiento, como si un agente sobrenatural me estorbara, para no dejarme escribir. No, todo ello me tiene sin cuidado. Lo que pasa es que yo a veces presumo que más vale no tocar algunas cuestiones, ni en pro ni en contra. El ateo que discute irónicamente el contrasentido de la infinita bondad y de la omnisapiencia y de la omnipotencia de Dios no queda mejor que el novelista de moda, católico por supuesto, que se propone justificar las relaciones de causa y efecto entre nuestra conducta, en este efímero valle que entibia el sol, y el férreo sistema ideado por la mente divina para castigarnos eternamente. He ahí, pues, el dilema, el bicornuto listo para toparme; sin embargo, a esta altura del relato ¿puedo elegir el camino? Acaso lo que afirmé de algunas cuestiones sea una verdad; pero es una verdad frívola. Si yo he de escribir la historia de Lancker debo escribirla íntegramente, así arda mi mano como una antorcha. Sólo me resta cerrar los ojos y topar el primero. ¡Adelante!

—Sospecho —manifesté para no seguir con la boca cerrada— que usted no es lo que suele describirse como todo un cristiano.

¿Qué me contestó ese patético mosquetero, ese ridículo espadachín en continuo asalto contra el más allá? Descaradamente dijo:

—Tiene razón, pero no es mi culpa. Nadie puede creer, religiosamente creer, en un mundo fantástico, imperceptible desde la tierra, poblado de dioses y de muertos, detallado topográficamente, con cielo, infierno y purgatorio, si ese mundo no lo deslumbra, no lo atrae, ni

siquiera le gusta. Vea usted, la mitología cristiana, por increíble que le parezca, me deja frío. Hay que reconocer que es muy «sofisticada», pero en estas cosas que reputamos fundamentales, creo que lo obvio es de buen tono. Aparte de que el soplo de toda vida, aun el del poeta Tristan Tzara, es divino, los dioses, créame, son de otra naturaleza, llámelos Diana, Thor o Moloch. No pertenecen a una familia de gente de campo, que posan con caras de buenos para el fotógrafo del pueblo. ¿Y qué me cuenta de los santos, tan mansos y tan quietos, y de las vírgenes arropadas? Si no fuera por los ángeles y alguna paloma, yo preferiría los demonios, aunque éstos también, con sus alas de murciélago, sus garfios y sus colas, evidentemente son concepciones de una mente cursi y de mal gusto.

En el margen apunto: dijo todo esto, no paró, siguió cavando su tumba. ¡*Gaffeur!* Lo malo es que a mí, simple relator, me hagan pagar las consecuencias. Ya no me vienen presagios del más allá; me viene el castigo; la picazón, antes dispersa por todo el dedo, ahora se concentra en un foco, es una tea en llamas, es un cráter de volcán, es literalmente, un panadizo. ¿Me convertiré en mártir de la pluma? Espero que no. Espero que hacia el final de la historia mi buena fe resplandezca.

—Eso en cuanto al sentimiento religioso, pero queda la moral. Creo que sobre ella estamos de acuerdo —me apresuré a decir, para que simpatizáramos en algo—: Moralmente ¿quién no es cristiano?

—Yo —me contestó ése, implacable—. A mí me desagrada una moral proselitista, que groseramente instituye premios y castigos, que despacha al infierno a los que no tienen fe, que está obsesionada, como una mujer soltera, vieja y rencorosa, con los amoríos de la gente. El cristianismo va contra la vida misma; quiere estrecharla, apagar los impulsos. ¿No ha despoblado al mundo de los dioses antiguos, que eran las fuerzas que ayudaban a vivir? Mire, yo no me canso de lamentar la caída del panteón pagano. La nueva religión es morbosa; halla deleite en la pobreza, en la enfermedad, en la muerte. Como la fábula de Fausto, castiga al que trata de saber y al que trata de vivir, al que trata de compartir más plenamente el mundo. Hay que tener una vidita, como dijo una muchacha, pero no saber nada de la vida eterna. Parece que la Iglesia y Goethe quieren que los hombres sean como esos pobres que de puro humildes, se quedan en su lugar y no cuestionan ni pretenden.

En mi perplejidad yo pensaba «El mentado Lancker me resultó un ateo de envergadura», u otra frase de igual tenor, con el inocente agrado que proporciona, en este mundo de medianías, descubrir algo extremo en su género. Buen desengaño iba a llevarme. Lancker dijo:

—Es cuestión de tiempo. La batalla final todavía no se empeñó. Para entonces la victoria estará del buen lado. Los dioses nunca mueren.

No percibí en el acto el alcance de estas palabras. Cuando mis tardíos centros nerviosos recibieron la descarga, pregunté:

—¿No era que no creía en Dios?

—En Dios, no; en los dioses.

Interpreté que por animosidad contra Dios lo subdividía para atenuarlo y que su politeísmo era

una expresión literaria de su ateísmo. Quizá me equivocaba.

—De nuevo el mito de la Hidra —comenté burlescamente, para probarle que no me doblegaba con sus falacias.

¿Cómo iba a doblegarme, si yo no las entendía? Prosiguió:

—No hay corderos en el altar, los templos están rotos, pero no pierda coraje: los dioses no andan fugitivos.

—No andan matreando, como Cruz y Fierro —comenté.

—Los dioses no están abandonados —me aseguró—. Los dioses no necesitan de los hombres. ¡Los hombres son los abandonados!

Esa mañana había oído cosas horribles; ninguna me pareció peor que los últimos párrafos. Por pudor no seguí escuchando. Mientras Lancker machacaba no sé qué inepticia de que los dioses no necesitan templos, pero los hombres sí, para acercarse a los dioses, yo pensaba que el ateo era una raza extinguida para siempre por ahora, como el té de la tarde, la casa de renta, los libros de Coni y otros rincones pintorescos de nuestra juventud. Sospecho que el último ateo fue el juguetero del *Bazar Colón*, hombre de muy variadas lecturas, que un día, cuando alguien dijo «pero algún dios habrá», exclamó dolido «cómo, ¿usted también?» como si dijera «¿Tu quoque?». «Porque, vamos a ver» continuó el juguetero «los hombres al inventar a Dios, crearon un personaje divertido y curioso; no hay que ser como los chicos, que no se conforman con que Pinocho, el muñeco de madera, exista en un libro sino que piden que haya vivido en el mundo».

Con su voz machacona, Lancker estaba diciendo:

—Las epifanías (acostúmbrese a buscar el término en el diccionario) no son raras.

—Soy francamente contrario de la riqueza de vocabulario —respondí.

—*Touché, mió caro, touché* —exclamó—. Con su permiso retomo el argumento: ¿Quién alguna vez no percibió, en el decurso de cualquier actividad, la repentina presencia de un dios? El ejemplo más típico, después de otro, es el del escritor que recibe la musa, vale decir que está inspirado. El otro incumbe a Venus.

Hizo una pausa y entendí que la prolongaría hasta que yo interrogara; interrogué:

—¿A Venus?

—¿No comprende? ¿O usted no...? —En su tono armonizaban el estupor, la irritación y el desprecio.

—Sí, hombre, es claro —afirmé, rápidamente.

—No hay pobre diablo que no lo haya sentido alguna vez —dijo escrutándose como si me acusara—. En medio de un amor resplandece Venus. Con Olivia nos pasa a cada rato.

Ahora me tocó el turno de mirarlo desde mi altura, con desdeñosa curiosidad. Tales indiscreciones, tales impudores, en efecto no me parecen del mejor gusto y no constituyen el

*desiderátum* de la charla de un caballero. De paso anoto, aunque sin duda el hecho carece de toda importancia, que en ese preciso momento retoñó en mí, ya encaprichada, la idea de conquistar a Olivia. Ese ingenuo de Lancker, insensible por la borrachera de su vana elocuencia, continuó.

—De pronto nos percatamos que una fuerza cósmica recorre los lugares y llega a lo más íntimo de nuestro pecho; quedamos sobrecogidos de júbilo o de pavor: es el gran dios Pan. Stevenson escribió sobre la flauta de ese dios: lea el artículo.

Lo interrumpí con una cita al caso:

—Si alzas la crin y las narices hinchas  
y el espacio se llena  
de un gran temblor de oro,  
es que has visto desnuda a Anadiomena.

—No leemos los mismos autores —respondió con impaciencia—. Pero de acuerdo, de acuerdo. Las otras tardes, al salir de Constitución, doblé por Brasil y con rumor de locomotoras y de ruedas de hierro sopló un viento que parecía venir del lejano sur de la provincia, y que no era tanto un golpe de viento como algo que a su paso cambiaba el ánimo, no sólo de la gente, que se quedaba un poco sorprendida, como si hubiera vislumbrado un presagio, sino de las casas y de la calle entera: todo se oscureció y por un instante fue más intenso y más significativo. Otro caso registrado por la experiencia común es el del viajero que llega a una ciudad y de pronto siente que si permanece ahí le ocurrirá algo atroz. Detrás de tales cambios de luz una divinidad nos previene. Sí, créame, en los bosques y en los arroyos todavía hay ninfas y el mundo está poblado de dioses. Un dios, conocido o no, *sei deo, sei deae*, preside toda actividad. A mí se me manifiestan continuamente; yo los advierto, los reverencio, y ellos me protegerán. ¡Mire! —Su mano señaló el parque, más allá el cielo con un arco iris y, lo reconozco, ese inopinado regreso de las disquisiciones generales al mundo real, casi me conmovió—. Mire, apareció Iris, mensajera de los dioses: toda la naturaleza la saluda.

Como una presencia nueva, como una gloria surgida de todas partes, resplandeció el mundo. Los troncos de los eucaliptos alcanzaron los últimos extremos del amarillo y del rojo, cada gota de agua en las hojas pareció plata vibrátil y el verde del pasto fue vividamente oscuro. ¿Confesaré que algo en mí se puso a tono con ese jardín expectante? La nota curiosa fue que Iris, para quien estaba ofrendado ese homenaje de la creación, esa intensidad unánime, a último momento se vio suplantada por otra diosa; quiero decir llegó a Monte Grande el *break* con Olivia, acompañada, eso sí, por Jorge Velarde. Por increíble que parezca, desde entonces la conversación fluyó trivialmente. Creo que nos enteramos de que había mucho barro en el camino, de que había muchos fieles en la iglesia y de alguna otra circunstancia de igual monta. Olivia nos hablaba apoyada en el respaldo de una silla, de modo que la mitad inferior de su cuerpo quedaba oculta. Parecía nerviosa, parecía con prisa por retirarse. Exclamó:

—¡Qué tarde! ¿No llamaron para el almuerzo? Pobrecito, usted se ha de morir de languidez.

El final, por supuesto, estaba dedicado a mí. Lo agradecí con palabras, con miradas y con

ademanos efusivos y me guardé bien de revelar que mi disposición para comer era netamente mediocre. Nada como el café con leche tibio, que fue el desayuno que me sirvieron aquella mañana, para cortarme el hambre.

—Voy a pedir el almuerzo —dijo Olivia.

Soltó la silla a la que parecía aferrada y corrió hacia el interior de la casa.

—¡Alto! —gritó Lancker—. ¿Por qué tanto apuro? ¿Te pones un poquito aquí, a la luz, Olivia? Quiero verte. ¿Qué te ha pasado en las piernas?

Ruborizada, con los ojos bajos, Olivia regresó. Por fin explicó sofocadamente:

—A la altura del *Kyrieleison* empezaron a dolerme y en el *Agnus Dei* se me hincharon de la rodilla a los talones.

Se alejó, sollozando. No era para menos: informes como patas de elefante, sus piernas no parecían las mismas que yo había admirado la víspera.

—Un milagro —opinó valientemente el Dragón mientras yo en mi fuero interno lo aplaudía—. Un milagro. Por haberla mandado sin medias a misa, con esa carnadura que es un verdadero *boccatto di cardenale*.

—¡Pobrecita! —exclamó Lancker y vi que una lágrima rodaba por su rostro; la enjugó con un pañuelo vaporoso, níveo y de tamaño considerable, que nos dejó sumidos en la fragancia del agua de *Jean-Marie Farina*, luego, llevando la mano derecha al corazón, interrogó. —¿Un milagro? ¡La más acabada expresión de lo ridículo, de lo mezquino, de lo perverso! ¿Qué prueba? ¿Que en el cielo, como en la tierra gobiernan los peores? Lo que es yo no me someto, caiga quien caiga.

—Hasta ahora siempre cayeron los otros —comentó tristemente el Dragón—. Pero yo no estaría demasiado seguro. Cada milagro golpea más cerca. *Attenti*.

Lancker fijó en su primo unos ojos quietos y distraídos; luego se fue tras de Olivia.

—¿Golpean más cerca? —pregunté—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Lo que oye. El primero de esta serie cayó a quinientos metros de aquí. Las otras noches dábamos los últimos toques a una cena de lo más tranquila, familiar si se quiere, cuando a Rolando no se le antoja nada mejor que hacerse el gracioso. Da otro beso al *Nebiolo*, se levanta como puede, se declara Papa negro y en esa calidad horrible bendice el arroz con leche, que se torna duro como elaborado con mezcla de *Portland*. Nadie lo prueba, porque la gente anda quemada, si usted me entiende, y quien más quien menos todos ya hace rato que manoteamos los postizos. Sirven el postre maldito a los cerdos y estos señores se pasan la tarde rascándose el vientre con la pezuña. Al otro día se declara la gastroenteritis en el chiquero, a escasos quinientos metros de aquí. El segundo milagro da un paso agigantado, que es toda una advertencia para el que no quiere oír, y cae en la cocina. Se materializa en la carne crecida, llámele vegetaciones, de la nariz de la propia cocinera que le adobó el lechoncito para Semana Santa. Si no interviene el primer bisturí del *Rawson* muere asfixiada la ladrona. El último alcanzó a Olivia, que ya está en el *habitat*, vale decir el dormitorio,

de Rolando. Reconozcamos que el sujeto, aunque primo hermano mío, razona de una manera que no trepidaré en calificar de rarita. Concede importancia capital a fenómenos harto discutibles, viciados de subjetividad, en los que ve manifestaciones de los antiguos dioses paganos, hoy demonios. Pero eso no es todo; óigame bien: se obstina en desdeñar un bombardeo de milagritos cristianos, públicos y notorios, que muestran, como el mamboretá, dónde está Dios. A éste le doy las gracias por haberme salvado de sus milagros.

—Bien pudo salvar a Olivia —dijo con rencor.

—¡Qué muchacha! —exclamó Velarde, entornando los ojos—. Distinguida, inteligente y provista de un *corpacholi* que bueno, bueno... Confíemos que los efectos del milagro sean pasajeros.

## II

Fueron pasajeros. Tres o cuatro días después la *Maravilla curativa* de ese doctor norteamericano del botiquín, resultó vencedora y ni restos quedaron de la prodigiosa hinchazón. Si no me equivoco, ningún otro episodio memorable ocurrió en aquel *week-end*. De la proyectada academia literaria conversamos la última tarde, largo y tendido, mientras bebíamos tazas de té, pero muy pronto descubrí que el espíritu de Lancker vagaba por regiones distantes. Resuelto a cortar nuestro laborioso coloquio pregunté por fin:

—¿Usted piensa en otra cosa?

—¿En otra cosa? —respondió como un eco—. No, siempre en la misma. En el milagro de las piernas.

—Así que arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados, como dicen las Escrituras.

Verlo comer tantos *Bay Biscuits* me incitó a imitarlo; ya mi estirada mano se abría sobre un cucurucho, cuando tropezó con el plato de las tostadas, hábilmente interpuesto por el anfitrión. Me resigné a las tostadas y al dulce de frambuesa.

—No sé lo que dicen las Escrituras, pero sé que ya no hay reconciliación posible —contestó; luego de una pausa, en un tono menos impersonal, agregó—: Quizá usted considere que no estoy bastante interesado en el asunto de la academia. Lo estuve, le aseguro. Ahora sólo pienso en el milagro, y en la guerra en que me veo envuelto. Después del triunfo enseñaremos literatura.

—¿Tan seguro está del triunfo?

—Del triunfo, no, pero sí de la guerra a muerte. Lo que es yo, le juro por esta cruz, no daré cuartel.

Esto es lo que se llama tentar al diablo. Como Lancker siguió machacando con sacrilegios y con profanaciones, me volví a Buenos Aires en el tren de las 19 y 45; pero no abandoné a mis amigos. Durante la semana tuve ocasión de ver a la muchacha; sobre todo de hablar con ella, telefónicamente las más veces. No sé por qué mis vinculaciones con esa gente quedaron circunscriptas a Olivia. ¿Por qué noticias demasiado repetidas me describían a Lancker ensañado en su horrendo paganismo? Sea

por lo que fuere, yo llamaba, casualmente, cuando Lancker no estaba en casa. El hecho no me preocupaba; me preocupó, en cambio, que la modulada voz de Olivia se transformara siempre en la tosca voz de Pedro, que se atenía a las tres palabras: Señorita no está. Sin duda la impaciencia me había perdido. Antes de que en el espíritu de Olivia madurase, dulce y despótica, la certidumbre de cualquier afinidad con el mío, abrí fuego con la artillería gruesa de mi galantería. El resultado fue calamitoso. Había que maniobrar; maniobré. El azar me deparó un encuentro con Lancker en un medio auspicioso para las expansiones de la cordialidad: la propia casona (como se complacen en decir mis amigos del diario) de la Sociedad de Escritores, sita en la calle México. Aprovechando que la primavera caía el 21 de septiembre y que estábamos a 20, lo invité al baile de los artistas en *Les Ambassadeurs*.

Tráigase a Olivia —le propuse—. Buena bebida, la típica de Pichuco y la jazz de Bartolino, un ambiente... ¡Qué diablos! Hay que esperar juntos la primavera.

—No estoy para bailes —contestó él, desanimado.

Quiso perorar sobre su lucha y sobre la adamantina determinación de humillar al cristianismo; lo interrumpí.

—Prométame —le dije— que si Olivia quiere, la va a llevar.

—Prometido —respondió.

Le estreché la mano y desde la puerta grité:

—Mañana a las nueve llamaré para saber la respuesta.

Ya la sabía. Lancker estaba *fey*, como dicen los escoceses; había caído en la trampa. Mi estrategia no podía fallar. ¿Las mujeres te cuentan que se aburren en los bailes y que están cansadas de la gente? No les creas. Por absurdo que parezca, las mujeres no pueden rechazar la invitación a un baile. Con perdurable puerilidad se figuran que las fiestas son maravillosas. En cuanto a mí —¿por otra expresión de una puerilidad similar?, ¿por algún horrible acuerdo?— creo lo contrario. Yo creo que son aterradoras, que los más pavorosos infortunios ocurren en las fiestas; que las mujeres borrachas son demonios imprevisibles y que las más fieles amanecen en las *garçonnières* de los amigos de sus amantes, quejosas de la fatiga y de la cefalalgia, pero sin culpa, porque el alcohol no tiene memoria.

Como yo lo había previsto, a las nueve del otro día, Lancker me dijo que aceptaba la invitación; pero eso no fue todo: incontenible, Olivia lo despojó del teléfono, jubilosa, debatió conmigo un problema que apasiona a estas compañeras que elegimos para compartir la visión del mundo, a estas semidiosas en cuyo altar se consume nuestro espíritu y ¡ay! también nuestro tiempo; hasta mediodía debatimos el problema de los disfraces. Con desdén condenamos las crasas derrotas de la imaginación que se llaman dominó, pierrot, diablo. Celebramos, en cambio, algunos productos heterodoxos —por ejemplo, el irrefutable hombre al revés, con la cara pintada en la nuca— verdaderas acrobacias de un ingenio netamente físico, a las que preferí, revelando acaso mi fondo conservador, mi oscura estrechez de miras, el corte más clásico de un traje de oso, de payaso, de arlequín. Y ahora desnudaré mi alma, lo confesaré humildemente; yo quería disfrazarme de arlequín.

Desde chico imaginé que así caracterizado perdería los escrúpulos y la timidez, cambiaría de personalidad. Pero siempre conjeturé que éste era un sueño cursi, y cuando Olivia me dijo «No, mejor que te vistas de ángel, de ángel de la guarda de Rolando» me sometí al dictamen, sin detenerme a defender, apenas un cuarto de hora, aquel ideal de toda la vida. A Lancker precipitadamente le asignamos un traje de bestia; para reprimir de raíz cualquier discusión, proclamé:

—La bella y la bestia.

Olivia intuyó en el acto que el traje de bella le haría justicia; pero insaciable, como lo quería su juventud, vanidosa, como lo quería su hermosura, anhelaba también los de hawaiana, esclava, apache y *midinette*. Mi campaña para desterrar tan peligrosos errores fue larga y enredada. Lo cierto es que esa noche llegaron a *Les Ambassadeurs* una bella espléndida, una bestia distraída y un ángel intimidado.

No tan intimidado; en el bar degustamos algún aperitivo y, por lo menos, retuve la cabeza hasta elegir la mesa estratégica, ni demasiado próxima a la orquesta —no cosquilleaba nuestras orejas el trombón— ni demasiado lejana; cubría la música la conversación y los *petits rien du tout* que decíamos a la amiga no eran interceptados por el amigo. Sobre el festín que ofrecí, ustedes juzgarán. Cuando el *maître d'hotel* presentó el menú, grité:

—¡Comeremos a todo trapo!

Y ahí no más ordené *frivolités rojales*, *consommé riche à la d'Arenberg*, pejerrey con papas, pavo asado con frutas y *diablotins*, budín del cielo, duraznos del Tigre, café, cigarros. Concebí un escrúpulo.

—Septiembre es mes con «r» —confié al *maître*— ¿el pavo será correcto?

—Le propongo uno de agosto —declaró el *maître*.

—Encantado —respondí.

¡Funesta ligereza! Desde entonces cavilo, no estoy en caja, consumo una enormidad de bicarbonato *Poulenc*.

Con el *sommelier* tuve un diálogo no menos chispeante.

—¡Qué la *veuve* corra por nuestras venas! —exclamé.

—¿*Clicquot*? —interrogó.

—¡*Ponsardin*! —Rubriqué—. ¡Sin fecha!

Naturalmente, Olivia quedó cautivada. Las mujeres tienen olfato, descubren con finura dónde está aquello que les conviene. Pese a un trasnochado *snobismo* en favor de la *canaille*, no hay vuelta, en el verdadero *gentleman* encuentran un no sé qué que las fascina. Envalentonado por el *champagne*, que literalmente regaba la comilona, procedí con desenvoltura. Quiero decir que festejé sin ambages a la muchacha, arrimándome, tocándola asiduamente, abrazándola cada cinco minutos, para celebrar cualquier tontería, así como oyen, no sólo cuando bailábamos, sino en las propias barbas de Lancker.

En algún momento se agregó a nuestra mesa un diablo, en que reconocí, o creía reconocer, a un señor Sileno Couto, lúgubre caballero argentino, que se me presentó en el *Royal Monceau*, allá en el París del 27, muy pálido y tan de luto que parecía todo él pasado por la tintorería, con el traje, el pelo, las cejas y el bigote destilando negrura. De diablo rojo resultaba más natural y menos tétrico; pero ¡qué me importaba a mí aquella noche de la ropa que sentaba al señor Couto o de la identidad de un señor, tal vez el mismo Couto, sentado a nuestra mesa!

Como lo he sugerido, yo estaba en otra cosa, de modo que seguí fragmentariamente la plática entre el desconocido, a quien de ahora en adelante, como dicen los contratos, llamaremos el diablo, y Lancker. Este último daba signos de gran nerviosidad. ¿La causa? A no dudar, mi detestable comportamiento. Como el amor propio, la educación o el temor de enojar a Olivia, le impedían interpelarme, Lancker buscó desahogo acometiendo a su habitual fantasmón: la religión cristiana. Con impertinencia lamentable aseguró que Venus lo protegía y durante un rato divirtió al diablo con bromas contra Dios. Mientras yo procedía con Olivia, aquella plática se transformó, no sé cómo, en disputa. Al principio el diablo recibía con aparente beneplácito los dardos que mi amigo disparaba no sólo contra Dios padre, sino también el Hijo y, *horresco referens*, contra el Espíritu Santo; pero sin duda las pesadeces lo fatigaron, porque, de pronto, dijo:

—En privado puede usted opinar lo que quiera ¡y aún así! Pero no le permito que se mofe de medio mundo, que siembre una duda que no es constructiva, que niegue las creencias más arraigadas.

Yo estaba quizá un poco perturbado por tanto *champagne* y tanta Olivia. Inopinadamente me encontré formulando este pensamiento: «En cuanto a la voz, no es Couto». En efecto, Couto tenía un vozarrón bajo y apagado; este diablo emitía una vocecita ridícula, muy alta, muy chiquita, idéntica a la de un colega bastante conocido y, también, ridículo. El diablo continuó:

—¿Dios no existe? ¿El diablo no existe? ¿No hay vallas para la natural maldad de los hombres? No, amigo mío. Usted se equivoca y me apena. Dígame: ¿tampoco existen las cárceles, verdaderos establecimientos modelo, donde reprimidos a los delincuentes y aun a otros que, en su triste frivolidad, olvidan que no es posible ofender al prójimo? Deponga sus burlas y créame: hay cielo, hay infierno, y el infierno es tan necesario como el cielo. Confiese que todo existe, lo espero de su buen corazón, y estrecharé su mano.

El diablo extendió sobre la mesa una mano enorme. ¿La estrechó Lancker? Personas de naturaleza no belicosa, yo por ejemplo, creeríamos que ni siquiera la vio; pero sin duda la vio y la ignoró despectivamente. Dijo:

—Mire, lo que no creo es que usted exista. Profiere todas las idioteces que andan dispersas por el mundo, pero que nadie se atrevió a expresar.

A medida que Lancker hablaba el otro se transfiguraba, cambiaba de color, parecía aumentar de volumen.

—¿No estrecha la mano que le ofrezco? —inquirió rápidamente el diablo—. ¿Me ofende? ¿Elige ofenderme? Acepto el reto.

Con un guante que extrajo de no sé dónde abofeteó a Lancker.

—Mis padrinos lo visitarán —anunció.

Yo olvidé a Olivia; estaba francamente inquieto. En cambio Lancker había recuperado la calma.

Dos máscaras, de aspecto triste, una con cabeza de asno, otra de chivo, ambas con apretados mamelucos de cuero negro, se apersonaron. Dijeron que venían para obtener una retracción o, en su defecto, una reparación por las armas, etcétera.

—Reparación por las armas —resonó marcialmente la voz de Lancker.

—¿Aquí hay una quinta, no es verdad, especializada? —preguntó el padrino de cabeza de chivo, en tono de confianza y con acento extranjero.

—Exacto —confirmó Lancker—. Una quinta en Caballito, que todos conocen. ¿Cómo se llama el dueño?

Esta pregunta iba dirigida a mí. Yo me apoyé sobre sus hombros y murmuré:

—¿Sabe quién es el diablo? ¡Un famoso duelista internacional! Estamos a tiempo para dar un pretexto *ad usum*, postergar el duelo *sine die* y perdernos de vista *ipso facto*.

Sospecho que entonces yo carecía de fundamento para afirmar que ese diablo era un gran duelista; sin embargo no estaba improvisando una mentira bien intencionada; dije lo que imaginaba saber o, acaso, lo que había oído. El que pareció no oír, en cambio, fue Lancker. Exclamó:

—Necesitó un padrino. Cuento con usted, que vale por medio, y me falta otro. ¿Usted, señor, querría acompañarnos en la patriada?

Se había dirigido a uno de esos abribocas que no escasean donde hay tumultos. Éste, en particular, llevaba traje de dominó y ya se sabe lo que pensamos con Olivia de quienes, deponiendo el cetro de la imaginación, comparecen con disfraces francamente anodinos en bailes de alta fantasía. ¿Qué más quería el infeliz que apadrinar a Lancker y de paso curiosear un poco? Aceptó, es claro que aceptó.

Muy pronto los ocho —Olivia, que no se apartaba de Lancker, éste, yo, el dominó, el diablo, sus padrinos y un médico, disfrazado de gallo— nos despachamos en dos taxímetros a Caballito. No sé lo que nosotros parecíamos vistos de afuera; el otro taxi parecía una jaula de animales vestidos como gente. Admito que esto pudiera ser, para alguien, motivo de risa; para mí no lo fue. Cuando los vi, iluminados por la luna, en el paso a nivel, quedé aterrado. En verdad, en ese cuadro había un toque diabólico, un toque sugerido, vaya uno a saber, por los cuernitos del disfraz de diablo.

Frente a la quinta hubo que forcejear con Olivia. La pobrecita quería bajar. Como *referee* actuó Lancker.

—Te quedas en el coche —ordenó.

Se acabó esa discusión y empezó otra con el *chauffeur*, que tampoco se resignaba a esperarnos. Con promesas de volver pronto me despedí de ambos. Penetramos por calles de eucaliptos, hasta la casa, con estatuas, corredores y mirador. Nos recibió un matrimonio de ancianos. ¡Qué viejo simpático! Mientras la señora nos hablaba, como si fuera de sus hijos, de pistolas y de sables, él

exponía las diferencias de las escuelas francesa e italiana de florete, para luego narrar, puntualizando el aspecto técnico, los duelos más lastimosos. Con un mohín la señora nos prometió:

—Después del pum, pum —guiñó un ojo y apuntó con el dedo—, como después de la primera comunión, la clásica taza de chocolate ¡con tostadas con manteca y azúcar y biscochitos *Bay Biscuits!*

Se equivocó. No hubo pum, pum. Hubo lance a espada, en un lugar al que sinuosamente bajamos por un sendero, entre plantas de olor. Más allá de dos leones de piedra, chicuelos y contrahechos, pero que eran la copia exacta de no sé qué pantera florentina, según afirmó el propietario, estaba la cancha: un espacio rodeado por rocas artificiales y cactus, que me inspiró el comentario, dirigido a mi colega el dominó:

—Aquí debe ser la entrada del infierno.

—¿Invierno? —interrogó.

¿Qué otra cosa cabía esperar de un dominó?

Por mi parte, como ustedes lo recordarán, yo era un ángel o, según lo había ordenado Olivia, el ángel de la guardia de nuestro amigo, y en aquel momento encarné el disfraz, tuve la certidumbre de que mi deber era salvar a Rolando y enfáticamente murmuré en su oído:

—Digamos que fue una broma. La vida es maravillosa, hay Olivia y ¿por qué lo va a perder todo?

—Un caballero siempre está listo a perder todo por cualquier causa —contestó.

—Ese diablo no vale un sacrificio tan grande —aseguré.

—Ya me da por muerto —dijo.

—¡Qué absurdo! —protesté en el acto—. Pero, créame, cuando bebamos la taza de chocolate caliente que nos prometió la señora, usted no nos acompañará ¿por qué, se puede saber? Por una niñería que ya no interesa a nadie.

—Entonces —me dijo con una sonrisa melancólica— tendrá usted que beber dos tazas, la suya y la mía.

Para no dejarle la última palabra, mientras lo veía cuadrarse con la espada, le grité:

—Me caerán como plomo.

Dirigido por el viejito, que procedía con agradable desenvoltura, empezó el duelo. ¿De dónde había sacado yo que el diablo era un contendiente peligroso? Ahora supongo que del nimbo sobrenatural en que esa noche nos movíamos. En todo caso, el diablo era imbatible. Con qué resolución, con qué valor peleó Lancker su batalla perdida. Yo abandonaré mis propósitos píos, yo quebraré mi palabra mojigata, pero a esta suerte de epitafio que estoy componiendo para Lancker no lo oscurecerán oportunas generalidades en loa de la verdadera religión y en vituperio de los réprobos. Cada cual recoja la moraleja que quiera. Mi pluma recordará tan sólo la nítida rectitud de

alma con que mi amigo llevó la guerra contra el cielo y el infierno, y su impávido coraje, que no se amparaba en la esperanza. De otros valerosos no podríamos afirmar tanto.

Lancker atacaba infatigablemente, el combate no parecía desparejo, hasta que por fin la capa del diablo se inflamó, como dos alas rojas, y la espada acometió, rápida y mortal, como el rayo. El cuerpo de Lancker, a la altura del corazón, de parte a parte quedó ensartado. Nos precipitamos, generosos de tardío socorro. Un prodigio, el último de la serie, nos detuvo: vimos humo, como de pequeña fogata, que salía de abajo del cadáver, respiramos olor de azufre y oímos un descorrer de cadenas. Santiguándose, murmuró el dominó:

—Se fue al infierno.

Ya se sabe que por boca de los tontos habla la verdad.

Insensiblemente desapareció de nuestro lado el matador. ¿Era éste el señor Couto, de aspecto lúgubre y de plácidas temporadas en París? No lo crean. Era el diablo, el verdadero diablo, llámenlo Satanás o como quieran. Inútil fue buscar a esa máscara por la quinta. Inútil buscar a los padrinos, al de cabeza de chivo y al de cabeza de asno. Los tres se habían esfumado. No eran máscaras.

Lo que sí quedó fue el cuerpo muerto, que muy pronto plantearía trámites enojosos y aun policiales. Me pareció lamentable que un amigo meramente circunstancial, yo, por ejemplo, los enfrentara. Aproveché el teléfono, que a veces funciona, para llamar a Jorge Velarde, alias el Dragón. Le dije que su primo estaba mal y que viniera sin demora a la quinta.

¿Me traslado con Monseñor? —inquirió.

Me irrité, con gusto dudoso intenté una broma sobre los responsos, que nunca llegan tarde, y corté la comunicación. En el automóvil conté no sé qué cuento de hadas a la pobrecita Olivia y para alejarla de todas esas tristezas me la traje a mi departamento.

# CLAVE PARA UN AMOR

Era serio, apasionado, sin duda un artista, muy joven y transparente. Quiero decir que si uno lo miraba con alguna atención descubriría su alma. Esta palmaria simplicidad o pureza no creo que cubriera a una íntima penuria espiritual, sino a su juventud. Johnson pasaba por ese momento en que la confusa, ilimitada, la proteiforme adolescencia ha terminado y el ser, ya definido, muy poco sabe del ajeteo de la vida, que desgasta y empareja. Sí, tenía parte en ello ese momento de la juventud, pero más aún la extrema dedicación con que él atendía la disciplina de su arte. No es el subrepticio eco del título de un cuento de Kafka lo que me induce a calificar así el trabajo de Johnson. En todas las actividades cabe el arte; se revela en el estado de ánimo con que las cumplimos y resplandece en la excelencia de la ejecución; que la actividad corresponda o no a cierta preestablecida jerarquía, tiene poca importancia. Y aquí me siento inclinado a deplorar que los argentinos, a diferencia de Johnson, trabajemos como *amateurs*, como caballeros, pero no como artistas; como quien se reserva para un puesto mejor y, provisoriamente, cumple una tarea más o menos desagradable. Pero ¿quién se atreve a condenar? Acaso tal actitud suponga mucha lucidez, algún desdén por el afán y un orgullo ingénito y nada vil. Por lo demás el muchacho era extranjero y el año que llevaba en Buenos Aires de ningún modo atemperó su consagración al trabajo.

Griffin Johnson había nacido en la ciudad de Chester, en el límite de Inglaterra con Gales. Pertenecía a una familia de trapevistas, que provenía de una interminable línea de acróbatas, que reconocía como primer antepasado a un señor que hacia 1760 maravilló a Londres cabalgando en tres caballos a un tiempo.

Por la naturaleza misma de su profesión, los trapevistas trabajan en familia. Ante todo, se nace en el trapecio. Un hombre no resuelve, de un día para otro, dedicarse al trapecio, como quien elige una carrera, las armas, los hábitos o las leyes. De niño hay que aprender el arte. Como no hay profesores, hay que aprenderlo de los padres y de los hermanos. Conviene, por último, practicarlo con personas a quien uno conoce como a sí mismo; cualquier movimiento mal acordado trae la caída y la desgracia. Por cierto que, tarde o temprano, la desgracia llega. Los trapecios, que mantuvieron agrupada la familia, infatigablemente la destruyen.

De la familia de Griffin Johnson —él, los padres, los hermanos— sé menos de lo que sospecho, y lo que sospecho se reduce a esto: que nunca pudo formar el grupo de cinco acróbatas, necesario para el gran espectáculo y que fue diezmada por la mala suerte. En verdad, la mente de todo trapevista es, o llega a ser, un memorial de caídas y desgracias; mejor dicho, una especie de palimpsesto, en que los hechos registrados están deliberadamente oscurecidos por sucesos ulteriores. Como todos los que toman por oficio el peligro, los trapevistas son supersticiosos. No quieren hablar de los accidentes, ni recordarlos. Cuando alguien les interroga sobre el punto, unos niegan que haya verdadero peligro —allí arriba está el hombre tan seguro como en el ancho suelo— y afirman que sólo por sugestión ven peligro los espectadores; otros, los vanidosos y los soberbios (que, por cierto, no faltan) admiten el prestigioso peligro, pero insisten sobre la destreza, que vuelve improbable la caída; todos convienen que hubo pocos accidentes en la historia del trapecio.

Sin duda por considerarlos de pública notoriedad, en cierta conversación a la que luego aludiré, Claudia Valserra refirió dos accidentes del año pasado; su interlocutor, que los ignoraba, pudo inferir que fueron prácticamente simultáneos, que uno ocurrió en el circo Medrano, de París, y otro en Edimburgo, y que por este último, Johnson quedó solo y huérfano.

He aquí los hechos: en el circo Medrano había caído, en un triple salto ejecutado sin red, Jim Valserra. A los cuatro o cinco días ocurrió el accidente de Edimburgo. Johnson recibió poco después una carta de condolencia, con una generosa proposición de unirse a ellos, del famoso Gabriel, padre de Jim y jefe del conjunto de los Valserra. El padre que había perdido a su hijo, evidentemente sentía la necesidad de acercarse, de consolar y de proteger, a ese otro hijo que había quedado solo en el mundo. Como Johnson no concebía la vida fuera de los trapecios, aceptó la oferta, arregló sus documentos, partió a París. Con los Valserra trabajó en Roma, en Nápoles, en Ginebra, en Aix-en-Provence, en Pau, en Londres, en Bath, en Madrid, en Lisboa. Ocupó el lugar de Jim, inmediatamente en el espectáculo, poco a poco en el corazón de Gabriel. Hacia 1951, con la *troupe*, vino a Buenos Aires.

Originalmente componían la *troupe*, Gabriel y sus hijos. Muerto Jim, de los hijos quedaban tres: Claudia, una mujer de poco menos de treinta años, de talle recto y flexible, con una cabellera que en los mejores días parecía rojiza, en los peores, arratonada, en los indiferentes, castaña; con ojos redondos, muy serios, con nariz breve, con manos blancas, suaves, expresivas; muy loca, muy dulce y (un secreto que adivino) con debilidad por los hombres; Beto, el culto, el cortés, el bien parecido, el ceceoso, el tacaño Beto, tesorero del conjunto hasta que Gabriel y Claudia descubrieron —sin enojo, con esa diversión que nos procuran a veces las peculiaridades de las personas queridas— que depositaba en cuentas y en acciones a su nombre el dinero de todos; y, por último, Horacio, hijo de otra madre, de pequeño formato, de cabello oscuro, de tez blanca y rosada, con algo de petimetre, de envidioso, aun de malito. Los Valserra acogieron a Johnson con afecto. Debe uno reconocer que si el corazón de Claudia traslucía un particular matiz de admiración y de ternura y el de Horacio, de envidia, Johnson, a pesar de su honesta afabilidad, parecía entre todos ellos distante y solo. Diríase que para él las relaciones humanas eran secundarias; que vivía, como los santos y como los artistas, para su vocación. No quiero dejar este punto sin advertir que la avergonzada envidia de Horacio era (según quienes podían juzgar) la misma con que antes había mirado a Jim; de modo que se trataba de un sentimiento fraternal.

En Buenos Aires, Johnson trabajó afanosamente. En las horas libres —de mañana, entre las funciones, muy tarde en la noche, cuando el público se había retirado y el circo entero dormía— se dedicó a perfeccionar esa infrecuente, letal y última flor de la acrobacia: el triple salto. La armoniosa facilidad del artista fue celebrada por el casi famoso Clemente Marcón, si no en verso, por lo menos en la prosa del cuarto de página que el poeta retiene en un diario de la tarde y que, sordo a las rimas interiores, titula *Balcón ciudadano*. Con una fórmula expresiva, pero involuntariamente ambigua, Marcón observa que el *muchacho vuela y evoluciona por los trapecios como pez en el aire*.

Dominado el triple salto mortal, Johnson emprendió el estudio del cuádruple salto, acrobacia prácticamente imposible, lograda tan sólo por saltimbanquis orientales y, acaso, quiméricos.

Entonces empezaron a ocurrir accidentes anómalos. En pruebas menores la vista o las manos o el sentido del ritmo fallaron; varias veces Johnson estuvo a punto de caer. Gabriel Valserra dijo:

—Estás cansado. Por un tiempo debes dejar el trabajo.

Johnson no lo escuchó. Una noche, poco después, aconteció la caída. El público se mantuvo en silencio; ignoraba si había presenciado un accidente o una acrobacia. Cuando vio que Johnson, incorporándose en la red —por fortuna, para ese espectáculo habían extendido la red— cuando vio que Johnson, digo, saludaba, frenéticamente aplaudió.

Al otro día Gabriel Valserra apareció con un médico. Éste se interesó en el relato de los accidentes que culminaron en la caída; examinó a Johnson; diagnosticó *surmenage* y prescribió reposo, por veinte días, en la montaña. A principios de septiembre, Johnson partió hacia un lugar de los Andes, del lado chileno, no lejos de Puente del Inca. Lo buscarían allí sus compañeros, en viaje a Santiago, donde la *troupe* completa debería presentarse el 23.

## II

No me dijo cómo fue su llegada, pero imagino que no habrá diferido mucho de la mía. Deja uno el tren; de la estación cruza, por un túnel, al subsuelo del hotel y un ascensor lo lleva hasta el mostrador titulado «recepción»; mientras presenta documentos y satisface formularios, percibe, por los salones adyacentes, a huéspedes que rondan con familiaridad y con tricotas. Una instantánea desazón lo invade. «Pensar —reflexiona— que muy pronto distinguiré a unos de otros, que opinaré sobre ellos, que de algún modo entraré en sus vidas. Qué increíble, qué deprimente». Se libra de estas consideraciones para seguir a un señor con una llave, primero, hasta el ascensor, después, por los corredores del segundo piso. Ya está en su cuarto. Le abren la ventana, le preguntan si quiere algo, lo dejan. Se asoma. Alrededor, hasta el cielo, hay montañas (muy pronto le informarían que el sol sale a las diez y que se pone a las cuatro). Con mano trémula se desabrocha el cuello. Murmura: «He caído en un pozo. He de estar loco. Hay que estar loco para alejarse de Buenos Aires». Mira hacia el teléfono; si no le faltara valor preguntaría en el acto cuándo pasa el primer tren de vuelta. En ese momento llega un hombre con el equipaje y desprende las correas de las valijas.

Como a Johnson, un médico me diagnosticó *surmenage* y me remitió allí para una cura. Yo no creía en mi enfermedad; soy bastante fuerte y, francamente, nunca trabajé demasiado. Algo tenía, sin embargo. De pronto me sobrevénía un temblor en las manos, una moderada alternación de calor y de frío, un levísimo sudor. Debo reconocer que estos fenómenos por primera vez fueron acompañados por una vaga, pero genuina y honda, sensación de beatitud, en aquel mismo día de la llegada, mientras alineaba los libros sobre la cómoda.

Procuré entender esa beatitud. Me dije que hay un particular encanto, no exento de un matiz de tedio agradable, en los lugares de cura. Normalmente en los seres luchan dos tendencias: una, espontánea, que los induce a no hacer nada y otra, inculcada en los primeros años, que los lleva a encontrar culpa en el ocio. Cuando parten del lugar de cura, la paz en el alma se ha restablecido; el ocio está sancionado por la autoridad indiscutible del médico; el sentido de la responsabilidad, por lo menos en su triple y desabrido carácter de afán por estar en el yugo, cumplir con el deber, dejar

obra, queda en suspenso; el hombre se encuentra en uno de esos raros momentos de la vida, como altos en el viaje, en que la obligatoria ocupación es alimentarse, olvidar las preocupaciones, reposar, tomar sol. Que el mundo juzga esto necesario lo proclama el hotel del lugar, con su costosa, compleja, considerable realidad. De cada uno se desprende allí un poco de calma y de aburrimiento y todo está envuelto en un halo de indolencia, como una casita en una bola de cristal.

Una brisa entró por la ventana y estremeció las cortinas de cretona. Algo en mí también se estremeció. Para sacar fuerzas de la debilidad murmuré *le vent se lève, il faut tenter de vivre*. Por de pronto cerré la peligrosa ventana. Después dejé mi cuarto y partí a reconocer el hotel, que era muy grande, una suerte de monstruosa cabaña de piedra y de madera barnizada. Y ¿cómo pude olvidarlo? de cuero dentro, totalmente de cuero. Aún hoy yo no veo sobre una mesa una de esas perfumadas cajas de cuero sin una contracción de espanto. Qué profusión, qué lujo. En todo lujo palpita un íntimo soplo de vulgaridad; ocasionalmente, por mimetismo o armonía con algunos estilos —el Luis XV, el Luis XVI— no desentona; pero con qué ímpetu desborda la vulgaridad en el estilo rústico de los millonarios y de los hoteleros.

Como la temporada había acabado, el hotel estaba casi vacío. Por todas partes yo intuía, sin embargo, una presencia indeterminada; al penetrar en cada una de las vastas y desoladas cámaras me creía a punto de sorprenderla; parecía que hubiera quedado un fantasma de la vida que poco antes hubo allí; parecía que, aplicando con atención el oído, aún pudiera recogerse el eco de ese tropel de gente. Entonces me reveló el lugar un nuevo encanto: el de los días que siguen al fin de la temporada. Lo sentimos ansiosamente, porque está mezclado con la nostalgia por las cosas que pasan, con la angustia por querer retener lo que ya se ha ido.

En el subsuelo hay una librería y cigarrería, una *boîte*, unos casilleros y un taller de esquís, una enfermería, una peluquería, una sala de juego, donde los aduaneros disputan perpetuos partidos de ping-pong; en el primer piso están los salones, el comedor, la tienda principal, el templete, el cinematógrafo; en los pisos de arriba, las habitaciones y la terraza del *solarium*. Lo que me asombró fue el templete. Por lo pronto, con su elegancia y con su inmaculada blancura, resultaba una agradable anomalía en medio de esa inundación de rusticidad y de cueros. Era grecorromano, pagano, tan pagano que, según me enteré después, el sacerdote que venía de Río Blanco lo desdeñaba y oficiaba la misa en el cinematógrafo.

Con alguna dificultad para orientarme, llegué a la «recepción». Apoyándome en el mostrador y con aire confidencial, me dirigí a uno de los estilizados señores que ahí atienden (con sus impecables, negros *jaquets*, en medio de turistas arropados de manera de eludir todo convencional estiramiento y de exaltar la variada fealdad humana, parecen los últimos vestigios de la moribunda raza de los señores). Pregunté:

—¿Qué explicación tiene ese templete pagano, tan distinto del resto del hotel?

El señor me miró con una alarma y con un disgusto que su inveterada cortesía procuraba disimular. Sospechaba, sin duda, que yo le llevaba alguna queja; parecía convencido de que en mis palabras iba a descubrir, de pronto, alguna enojosa referencia al mal funcionamiento de los teléfonos o de las cañerías de un baño. Por fortuna otro señor, de espíritu más ágil, intervino; opinó que el

portero, a quien llamó *concierge*, podría informarme. Este hombre —ancho, sanguíneo y, acaso por contraste con los señores de la «recepción», notablemente despierto— me dijo que el templo era todo lo que subsistía de un hotel anterior, construido por un tal Martín Bellocchio Campos. Proseguí con mis averiguaciones:

—¿Por qué —dije— el señor Bellocchio habrá construido un templo grecorromano?

—No tengo idea —contestó el portero—. También levantó un teatro abierto, a la antigua, en Valparaíso, donde bailan óperas, al aire libre, en noches de verano, y otro en Punta Arenas, que no se terminó y todavía hoy es una ruina. Me dijeron que por un tiempo andaba envuelto en una vulgar toga, de esas que llaman sábanas, y que si usted lo veía lo tomaba por un fantasma. Era un hombre de lo más religioso, medio carnicero, que llevaba corderitos a ese altar tan blanco y viera cómo lo ponía. No es milagro que el turista protestara y acabara por irse para no volver, con ese olor a sangre, que pica en las fosas nasales, y con el templo y buena parte del establecimiento a la miseria con la sangre de los lanares degollados.

Me confirmaron esto los aduaneros que jugaban al ping-pong. Algunos habían alcanzado a tratar al señor Bellocchio, hombre notable, al parecer, por sus hermosos ojos celestes, su mirada despierta y sus modales tranquilos; me aseguraron que en la juventud había viajado por Grecia y por Roma, o que había leído el libro de Víctor Duruy sobre los griegos, y que desde entonces quedó hechizado por el mundo antiguo, hasta el punto de perder su fortuna en anfiteatros y de creer en la mitología pagana. De Baco era particularmente devoto; el templete del hotel estaba consagrado a ese dios. Todo esto y mucho más, arteramente sonsaqué de un aduanero zurdo. Después de cada partido, el pobre zurdo hablaba un poco del señor Bellocchio, de Baco y de las supersticiones lugareñas; sinceramente, hablaba con cuentagotas; me proponía otro partido y yo no podía negarme. ¡Qué saque tenía el bárbaro! Daba gusto verlo jugar. Me ganó así como mil quinientos pesos chilenos, pero yo, en materia de información, le chupé la sangre, como se dice. Averigüé, en un ratito, que Bellocchio conmemoraba todos los años la fiesta del dios, llamada *liberalia*; que en esa oportunidad, Baco infaliblemente aparecía (en otras también, por supuesto); que abundaban los duendes; que en la cordillera había sombras extrañas y, como a esa altura la mente funcionaba de modo anormal, podía cada uno interpretarlas de acuerdo a su fantasía; que todos los pobladores eran supersticiosos (aun las sociedades anónimas: la del nuevo hotel no se atrevió a derribar el templo de Baco); que en Puente del Inca había un fantasma inglés, conocido por el Futre; que en ocasiones propicias, de la profundidad de la laguna de enfrente emergían, con las negras y lacias cabelleras impecablemente peinadas, con el ropaje seco, cuatro princesas indias, etcétera.

En la biblioteca —insignificante, reunida con un criterio casual— encontré la Enciclopedia Hispanoamericana. Recorrí dos o tres volúmenes, en busca de referencias a Baco y a las *liberalia*. Sobre estas festividades leí: *Era aquél un día de liberación. Nada estaba vedado y se toleraba que los esclavos hablaran libremente*. Por cierto leí mucho más, pero todo, por conocido o previsible, resbaló de mi memoria.

En aquel día de la llegada, cuando salí del hotel y bajé a la laguna, algo me sobrecogió. No advertí en el acto la causa. Luego el ingeniero Arriaga me señaló que no había pájaros. Lo que me

había sobrecogido era el silencio insondable de un mundo sin pájaros.

Tampoco había otros animales, con excepción de los perros que tenían para sus trineos los carabineros. Éstos vivían en un refugio, que servía de aduana, situado a tres kilómetros de distancia. No había más población que el hotel, la estación ferroviaria y el refugio. Las altas y abruptas montañas que de muy cerca rodeaban el lugar, aunque parcialmente cubiertas de nieve, aquella tarde me parecieron sombrías. Ansioso de huir de ese encierro, entré en el hotel. Sentí algún alivio.

A mi regreso había en los salones más gente que a la mañana. Después descubrí que nadie, o casi nadie, se levantaba antes de la una y que muchos lo hacían a las tres. Aquella vida recordaba un viaje a bordo. Como al comienzo del viaje, mirando a los demás uno pensaba, con descreimiento y con pereza: vamos a conocernos. Y, como en un viaje, la prevista fatalidad operó: después de tres o cuatro días en que anduve solo y, por cierto, no muy cómodo conmigo, ni muy feliz, conocí a todo el mundo. La sociedad de esa gente no era estimulante, pero en ningún momento deploré no haber seguido el consejo del general Orellana, de la señora González Salomón y de tantos otros, que me repetían: «Aprenda a jugar a la canasta y al bridge. Sin esos recursos las tardes se hacen muy largas. Hay que matar el tiempo». El viejo general Benito Orellana era uno de los pilares del aburrimiento de la temporada. Calvo, con la frente fugitiva, con los ojos pequeños, con las orejas enormes, con el rostro rasurado, tenía la expresión de un conejo. Yo me le acerqué, pensando: «Es un técnico. Tiene conocimientos concretos. Con él aprenderé algo. Para la conversación debo preferirlo a las señoras, que al fin y al cabo son meros filósofos que especulan sobre los temas eternos de la vida y del alma. Voy a preguntarle cómo se dirige una gran batalla». Le pedí su opinión sobre El Alamein.

—Voy a disertarle sobre su especialidad —declaró.

Con rápidas afirmaciones ponderó «la preeminencia de la estrategia alemana, de los jefes alemanes»; los hombres que citaba, reparé después de un rato, eran de generales de la guerra del 14. Bruscamente anunció:

—He cumplido ochenta y dos años. Nunca estuve enfermo. La salud y la longevidad es una herencia de mis mayores, que trato de administrar prudentemente. El primer día de frío doy la espalda a Buenos Aires y huyo a La Falda. El primer día de calor me corro hacia aquí. Mantengo esa disciplina desde hace treinta años. ¡Treinta años! ¡Una vida! Ahora ando preocupado, porque esta vez vine antes de tiempo.

Cuando el general anunció «Voy a disertarle sobre los deberes del escritor nacional, deberes de patriotismo», me pasé al obeso, lampiño, sin mentón y con tres papadas, ingeniero Arriaga (quien, según el mismo general «había sido, allá en su lejana juventud, un hombre interesante, un rey sin corona del Buenos Aires noctámbulo, un fiestero, que se embarcaba en su *yacht* Bagatelle, con una *troupe* de bailarinas desnudas»). El ingeniero me explicó:

—No sabe lo que me gustaría caminar por las afueras —hay otro aire, como decía un doctor amigo— pero me limito estrictamente a los corredores del hotel. No traje bastón. El bastón deforma, no permite caminar con la flexión correcta. Pero vaya usted a caminar por las afueras sin bastón. ¿Dónde se mete si lo ataca un perro?

No toda la gente —exigua para la inmensidad del hotel, pero bastante numerosa— era como el viejo general y como el ingeniero obeso. Había un grupo de muchachas muy jóvenes, vestidas con tricotas esculturales y con ajustados pantalones de esquiar, a quienes me propuse redimir de unos mozalbetes cargosos, cuya técnica del galanteo, que practicaban continuamente, consistía en hacer ruido y en correr por los cuartos. Aunque no eran lindas, las juzgué refrescantes como un vaso de agua de *Apolinaris* bebido en ayunas. Por cierto, a las muchachas les sobraba la *beauté du diable*. También había una señora chilena, del buen lado de los cuarenta años, rubia, hermosa de piel, que graciosamente empezó a hablarme frente a uno de los ventanales que daban a la laguna.

—Nieva —dijo.

—Es verdad —contesté.

—Es raro en esta época —afirmó—. Casi estamos en primavera.

Me parecía la persona más agradable de las que entonces vivían en el hotel; hubiera querido conocerla, pero, inexplicablemente, una gran pereza me invadió, con denuedo no logré pasar de tres preguntas esparcidas con un largo silencio:

—¿Es usted chilena? ¿Va a quedarse algunos días? ¿Estuvo en Buenos Aires?

Desde el bar en que bebía un perpetuo vaso de gin, el viejo Sanders, con su cara roja, me miraba burlescamente. Me irritó que se permitiera mofarse de mí ese caballero, que había pasado una vida de lujo ocioso, pagado por el trabajo de sus antepasados. De buena gana le hubiera dicho, como al perrito *caniche* de una amiga, hijo de perros de circo, que para hacerlo bailar en las patas traseras había que ordenarle: Acuérdense de sus antepasados. Pero Sanders no hubiera obedecido. Era un don Juan en receso; estaba siempre junto al mar o en la montaña; vestía con colores violentos; tenía algo de fantoche y de marino.

Tomé té con la señora González Salomón (a quien procuré comprar con la pregunta: «¿Me permite llamarle Irene?»), con Arriaga y con Griffin Johnson. La señora, agitando su redonda cabecita de títere, en el extremo de un pescuezo de dromedario, al que las arrugas volvían humano, nos confió:

—Cuando yo era joven, en estos lugares, no había más que gente conocida. —Bajó la voz y miró alrededor—. En cambio ahora se pregunta una: ¿De dónde salen estos mamarrachos? ¿Qué origen tienen?

Pedí al cielo que la señora no descubriera, por lo menos hasta que yo me levantara de la mesa, que Johnson era un acróbata.

Con Johnson llegamos a ser bastante amigos. Aquella tarde, cuando partió la señora, le hablé de su profesión.

Aunque poco locuaz, era inteligente, conocía y quería su trabajo, de modo que nuestras conversaciones resultaban siempre instructivas. Todo lo que sé de circos lo debo a él.

No comprendo por qué se le ocurrió aprender a esquiar. Arriaga o algún otro imbécil había dicho

que las pistas, con la persistente nevada, estaban de nuevo «en condiciones». Procuré disuadirlo.

—¿Para qué interrumpir esta rutina, aburrida tal vez, pero tan reparadora? Después de la infancia no se aprende nada. Abrumados con palos y esquís, a golpes aprenderemos solamente que no tenemos equilibrio, que no sabemos caminar.

Johnson desoyó estas justas reflexiones; y, como parece vituperable rebatir cualquier iniciativa, por tonta que sea, y abogar por la inactividad, bajé con él hasta el sótano y lo acompañé hasta el mismo reducto del profesor de esquí. Era éste un héroe de la guerra, llamado Hinterhöffer, un hombre colérico y orgulloso, al que la gente perdonaba todo por respeto a sus hazañas y a lo mucho que había padecido. Hay que ver cómo nos trató. Cuando Johnson le dijo que queríamos aprender a esquiar, nos echó en cara que la estación había terminado —*das Ende, finís, balte la!*—, que todos los demás profesores, un manojo de ineptos, habían partido para sus casitas, que estaba solo, que tenía mucho trabajo: *Mude, krank, verrückt*. Con algún enojo contesté:

—En esas condiciones, no tengo ningún interés en aprender. Ningún interés.

Hinterhöffer no me oyó. Convino con Johnson, que no perdía la calma, alguna hora de un día de la semana siguiente, para la primera lección.

Una noche vimos en el cinematógrafo una película titulada *El cartero llama dos veces*; otra, *El baile de máscaras*. Esta última trataba un tema conocido. En una ciudad italiana, allá por el siglo XV, irrumpe la peste. La corte se encierra en el castillo, en lo alto del monte, y se entrega a la frivolidad y al desenfreno, mientras abajo la plebe muere. En un baile de fantasía —en el castillo, por supuesto— aparece una máscara maravillosa. ¿Quién es? ¿Quién es?, preguntan las damas. Pronto lo saben. Es la peste.

Yo sospecho que la llegada de los Valserra sublevó la sensibilidad de Irene González Salomón. Sin duda, estimó que ese avance era intolerable, pero debía de estar secreta y maternalmente enamorada de Johnson, porque no protestó. ¿Qué digo? En más de una ocasión la sorprendí atendiendo con monerías a Beto y a Horacio y platicando, sobre interminables té, con Gabriel. En verdad, Gabriel —tan delgado, tan silencioso, con el breve bigote gris y con ese fondo de sabiduría y de dulzura en la mirada— era mucho más «distinguido» que el resto de los que estábamos allí; si esto fuera poco agregaría que en una comedia inglesa a Gabriel le tocaría el papel de coronel o de juez. Con Claudia Valserra, la señora nunca se avino a pactar.

Capricho imperial, como sorpresivamente observó el viejo Sanders. Por lo menos en cuanto a Claudia estábamos de acuerdo con Sanders: era la mujer más delicada, más graciosa, más encantadora que habíamos conocido. En cambio, Irene —¿por qué entorpezco el relato con este esperpento, cuando en la realidad procuraba no mirarla?— desairaba a Claudina y congeniaba con las chiquilinas de las tricotas y con sus molestos muchachitos. Una mañana, aprovechando una ausencia (momentánea, sin duda) de los muchachitos, me acerqué a esas adolescentes y les referí la entrevista con el profesor de esquí. Debo reconocer que estuve gracioso. No conseguí que se rieran. Querían mucho a Hinterhöffer, había sido un héroe, un *miles glorio sus*, etcétera. En un esfuerzo de galantería les propuse que ellas me enseñaran a esquiar. Se excusaron; adujeron que partían, con sus

amiguitos, cuándo no, al día siguiente, a una excursión por la montaña. Esto resultó cierto, pero no lo es menos que esas chiquilinas inexpertas me trataron como si las apartara de mí no sé qué intransitable distancia de generaciones; peor aún: me llamaron «señor». Filosóficamente me dije: «Es un error de información. No saben que soy joven. Hay que perdonarlas». Pero, inútil negarlo, después de la conversación me sentí muy viejo. «Esto me pasa», pensé, «por alejarme de Buenos Aires. Allí lo conocen a uno, la gente está prevenida, no ocurren estas cosas».

Al otro día, 13 de septiembre, nevó copiosamente, la ruidosa juventud había partido temprano, a su excursión. Yo creí que por unas horas benéficas podría olvidar a estas muchachitas desagradables y a sus *chevaliers servants*. Por unas horas las olvidé. Luego, cómo fastidiaron...

Así habían planeado las cosas: para el 13, el viaje de ida; el 14 lo pasaban en un refugio en la cordillera, no sé dónde; el 15 regresaban. Antes de que fuera noche debían estar en el hotel, pero no les importó mucho, por lo visto, tenernos con cuidado, como dijo atinadamente Irene González Salomón. También estuvo acertado el general, cuando observó:

—La gente de hoy, con especialidad los jóvenes echan a la broma la palabra empeñada. El mal que aqueja a la República, óiganme bien, es una insensibilidad al compromiso.

—Muy justo —convino Arriaga—. Llevo el coche al taller, me lo prometen para una fecha, voy a buscarlo de lo más campante, los señores no lo han tocado. Por suerte que no tengo bastón, porque si no les rompo la crisma.

—Y nosotros —preguntó Irene Salomón, con un hilo de voz— ¿desde cuándo estamos esperando a los pintores? Ya no me acuerdo. Tenemos la casa que da miedo. Pero estoy con cuidado con estos chicos que no vuelven.

Por lo chiquilines pasamos una noche de sobresalto (salvo yo, que después de presenciar por segunda vez en cuatro días *El baile de máscaras*, me retiré a la cama), la mayor parte despiertos y no pocos intentando, sin ningún éxito, expediciones de rescate que, a escasos metros, debían regresar precipitadamente, para no perderse en el viento blanco.

El 16 aún caía nieve, pero con menos intensidad, de un modo casi tenue. Algunos buscaron a Hinterhöffer, para organizar debidamente un grupo de esquiadores que saliera en demanda de los muchachos. No lo encontraron. Sanders y Johnson partieron hacia el refugio de los carabineros. Al cabo de dos horas regresaron con noticias alarmantes. De ese lado no podíamos esperar auxilio. En el refugio quedaba un solo guardia; los carabineros y aun los aduaneros habían partido a socorrer un tren detenido por la nieve en plena cordillera. Nuestros amigos traían cuentos de aludes y de soldados que se habían extraviado a pocos pasos de su cuartel y que habían muerto petrificados, desnudos, porque en el viento blanco uno siente un gran calor y despavorido se quita la ropa; la muerte los fulminó de pie y quedaron como un grupo de estatuas de piedra blanca. Esto no había pasado en aquellos días, sino años antes, en algún otro temporal, pero el relato nos llegó con las noticias de lo que estaba ocurriendo y aumentó nuestra desazón. Estas noticias, menos pintorescas y trágicas, tenían un rasgo común: todas eran malas. Las vías del ferrocarril, que habían saltado ayer, hoy estaban cubiertas por varios metros de nieve; los palos del telégrafo y del teléfono también

habían desaparecido de la vista. En resumen, estábamos completamente aislados. Tal vez para distraernos —el círculo de oyentes lo miramos con una inconfundible expresión de abatimiento— Sanders refirió que durante la primera mitad del trayecto hacia el refugio tuvo que dar a Johnson indicaciones referentes a cómo llevar los palos, pero que muy pronto Johnson esquió mejor que él. Probablemente en estas palabras había alguna verdad y mucha exageración.

Encontrarnos tan bloqueados no era agradable. Por una grotesca desviación del juicio caí en la manía de recordar con remordimiento los días anteriores al temporal, cuando pude salir y no lo hacía. Encerrado en el hotel, creí que iba a asfixiarme. Continuamente me acercaba a las ventanas, en la esperanza de que hubiera ocurrido un milagro que nos permitiese huir. Arbitramos juegos de sociedad. Se daba a cada uno un papel y un lápiz. Uno escribía, sin que nadie las viera, tres preguntas. Los demás, en sus papeles, ponían las respuestas. Después leíamos en voz alta las preguntas y las respuestas. Las encontrábamos cómicas. En las mías, noté cierta propensión pornográfica y mucha idiotez. Las más poéticas eran las de Claudia. Jugamos también a la busca del tesoro. A las cuatro de la tarde, la nieve llegaba al segundo piso. A la noche escatimaron la luz, con el pretexto de que las reservas de combustible eran insuficientes. Hubo algún caso de *coramina*, desmayos más o menos auténticos, pero yo asistí, como si no pasara nada, con un breve puñado de fieles, a la segunda representación de *El cartero llama dos veces*. Con tal que no sean más que tres o cuatro, exclamó alguien. ¡Las bromas que hicimos aquellos días! A veces nos recuerdo, a todos nosotros, con lástima. Sanders comentó:

—*El baile de máscaras* tiene la culpa de lo que está ocurriendo. En seguida comprendí que esa película era de mal augurio. Entre nosotros aparecerá también una presencia misteriosa. Al final sabremos quién es y moriremos. Es el Espíritu de la Nieve.

Sí, nuestras bromas eran pésimas. Con todo, cuando quise excusar la última de Sanders y empecé a decir «Este marino, o don Juan, en desuso...», Claudia me interrumpió.

—Es verdad. Como los marinos tienen la tristeza del mar, él tiene en los ojos la tristeza y el amor de todas las mujeres que lo han querido. Y el pobrecito, vestido como un arlequín, lucha para no dejarse vencer por los años. Pero no le tenga lástima: lucha valientemente y a todas nos trae locas.

No creo que a ella la trajera loca. A la chilena sí. Claudia estaba enamorada, pero no de Sanders.

¿Cómo expresar el cambio que se produjo a medianoche? Yo diría, tal vez, que fue una transfiguración espiritual; como si para enfrentar la terrible situación, cada uno se hubiera despojado de lo secundario y de lo contingente. Parecía también que algo de la sutil frialdad de la nieve que arreciaba afuera, se hubiera comunicado al aire en que nos movíamos; pero no era ésa una frialdad que paralizaba, sino al contrario: nos encontrábamos más livianos, más despiertos. En efecto, aquélla fue una noche de actividad y muy pocos nos retiramos a la cama. Al otro día Claudia me refirió las cosas. Yo la escuchaba embelesado, con tal desprendimiento de toda pasión personal, que entendí de una vez por todas que mi papel en la vida es acaso el de un cronista, sin duda el de un espectador, nunca el de un actor. Claudia, la encantadora Claudia, me hablaba de alegrías y de temores que sentía por causa de otro ¡y yo no sufría!

Cuando el reloj luminoso de la «recepción» dio las campanadas de la medianoche, Sanders conmovió a los presentes con el anuncio de que a la mañana partiría en busca de los muchachitos. Johnson dijo que él iría también. Gabriel quiso acompañarlos, pero Sanders le preguntó:

—¿Cuándo esquió por última vez?

—En Interlaken, en 1927.

—Va a darnos más trabajo que ayuda —dijo Sanders y no lo aceptó.

El general declaró con sequedad y firmeza:

—Voy a disertarles sobre la proyectada expedición de rescate. Ya que el profesor salió a buscar a esos muchachitos del diablo, me parece inútil que ustedes arriesguen el pellejo.

Ni Sanders ni Johnson lo escucharon. El general continuó:

—Hay que ser lógico. Nosotros estamos bloqueados en un lugar determinado. Ellos están perdidos en un lugar indeterminado. Salir, para nosotros, es difícil; encontrarlos, improbable. Dejen que los niños vengan al hotel. La prudencia aconseja que nos quedemos como la sabia naturaleza que nos bloquea manda, quietitos, quietitos. Dios proveerá. Para la tranquilidad de todos los involucrados en este asunto puedo comunicarles que disponemos —según me he informado— de una reserva de provisiones satisfactoria. Con esto, buenas noches.

Con eso el general Orellana se levantó de la silla, inclinó la cabeza y partió a su dormitorio, tan seguro de su derecho al reposo como lo estaba aquel glorioso colega suyo, que en medio de los fulminantes avances de los alemanes, al comienzo de la guerra del 14, no perdió una hora de sueño.

Casi al mismo tiempo la chilena y un señor de la «recepción» hablaron.

—Dudo de que el profesor de esquí haya ido a buscar a los muchachos —dijo la primera.

—No estoy autorizado para referirlo —dijo el segundo— pero en estos instantes me llega la noticia de que algún ladrón misterioso acaba de dar un golpe a la despensa. Nuestras reservas no son ahora tan satisfactorias.

Sanders, que era bastante conocedor de aquel sector de la cordillera, se dedicó a estudiar los mapas, Claudia propuso:

—Vamos a organizar la busca del ladrón.

Tomados de la mano, corriendo, partieron a registrar el hotel, la chilena con Horacio, Claudia con Johnson. Beto fue solo. Dijo Claudia que al salir de la biblioteca, donde estuvieron todos reunidos, descubrió en Irene González Salomón una mirada de odio. Aquella busca les deparó sorpresas. Horacio y la chilena se toparon con Beto, plantado en la puerta de una de las habitaciones del sexto piso (que estaba prácticamente clausurado). Beto procuró que no entraran en la habitación, pero cuando los otros lo echaron a un lado y se encontraron con media despensa amontonada en la cama, en las sillas y en la cómoda, sostuvo que él había encontrado ahí las provisiones robadas y, para evitar el escándalo, les aconsejó no hablar. Comprendieron que Beto era el increíble ladrón. Horacio le confió después a Claudia que debió contenerse para no llamar a la gente, pero que de

pronto quedó aterrado, como si hubiera descubierto que su hermano estaba loco. De algún modo sabía que no era así; pero aquella ridícula, miserable y desmesurada expresión de la capacidad de Beto era demasiado atroz para tomarla en serio. Había que olvidarla, como si hubiera ocurrido en un sueño. Toda aquella noche parecía un sueño.

Tal vez para disimularse mutuamente que el episodio había sido penoso, continuaron la expedición por los altillos del hotel; en un último desván encontraron a ese falso héroe de la guerra, a Hinterhöffer. Se había ocultado ahí para que no lo obligaran a partir en busca de los muchachos. Cuando oyó los pasos de Horacio y de la chilena se arrinconó tanto, se contrajo tanto, que al salir no pudo incorporarse y por un tiempo considerable anduvo en cuclillas, como un enano colérico. Fue el primero en hablar de la musiquita. Dijo, con el orgullo herido, que diez Horacios y diez chilenas no bastaban para cazarlo, que a él no lo atrapan si esa musiquita no lo hubiera aterrado. Yo comenté, con ocurrencias que para mí al menos conservan intacta la virtud de provocar la risa, la musiquita que Hinterhöffer oyó o inventó. Me miraron con una expresión extraña, como abstraídos en reflexiones y, sin esmerarse mucho, sonrieron. El humorismo de buena ley estaba perdido con aquella gente.

En cuanto a Claudia y a Johnson, esa noche descubrieron su amor. Se miraron e, instantáneamente, lo supieron. Después, a la manera de todos los amantes, buscaron el destino, es decir, encontraron en algo que pasó desapercibido el día que se conocieron, o en lo que se dijeron una vez, o en lo que sintieron otra, signos premonitorios, pruebas de que, si no conscientemente, de un modo más hondo, siempre lo sabían y claros testimonios de que sus vidas de lejos venían encaminadas...

Pobre muchacha, no quería engañarse. En su conversación conmigo reconoció que en otras ocasiones creyó estar enamorada, que no había sido fiel a nadie, que siempre se dejó llevar por la esperanza de encontrar algo maravilloso o por la curiosidad.

—O por una generosa modestia —agregué yo, procurando interpretarla—. Por el escrúpulo de no darse importancia.

No dijo que sí ni que no, y habló de cansancio, de futilidad, de amargura.

—Pero ahora —aseguró— ahora estoy enamorada. Ahora sé...

—Ahora sabe que no será infiel —concluí impacientemente y, acaso con mal gusto, me incliné en una reverencia, intenté una broma—: ¡Y yo elijo este momento para conocerla!

Tuvo la bondad de sonreír. Siguió hablando de la noche. Johnson y ella no querían acordarse de la futura mañana, que traería la separación, quizá definitiva, porque la expedición de rescate era una temeridad. Es justo reconocer que en ningún momento Claudia le pidió que renunciara a la expedición, ni que él pensó en renunciar. Esa noche fue para ellos generosamente larga, misteriosamente larga. Cuando llegó, por fin, el otro día, el viento amainó; a las diez había cesado de nevar; Sanders apareció; Johnson besó una mano de Claudia (pensando: Quiero más a esta mano que a todas las personas del mundo) y los dos héroes partieron, nítidos y diminutos en la blancura de la cordillera. Silenciosamente los mirábamos, cuando Irene González Salomón echó a llorar y con la cara entre las manos corrió a su cuarto. Oír el llanto de una vieja trae mala suerte.

Aunque no faltaron incidentes, el día transcurrió con lentitud. Gabriel Valserra practicaba esquí por los alrededores. Los demás leíamos o conversábamos, pero alguna parte de nuestra atención esperaba a los expedicionarios. Claudia me refirió su vida, la de Johnson, el accidente de Edimburgo, el del circo Medrano y los episodios de la noche; procurando que las ocasiones en que lo nombraba parecieran justificadas, naturales o fortuitas, irresistiblemente habló de Johnson.

La gente se reunió a la tarde en el bar. De vez en cuando alguien se levantaba y se acercaba a las ventanas. Claudia iba a decirme algo de una procesión de músicos y de bailarines, cuando la vieja Irene soltó el llanto. ¡Cómo anhelé que nadie lo advirtiera! ¡Cómo anhelé que ese llanto asqueroso no tomara cuerpo! Secretamente me enojé con la pobre Claudia, al verla inclinada sobre la vieja, consolándola. La vieja no contestaba, pero, como si las palabras de Claudia la conmovieran, lloró con más ímpetu. Todos mirábamos. De pronto el cuadro se animó infernalmente y relumbró un metal. Yo no comprendí en seguida lo que había visto. La vieja sollozaba en brazos de la chilena; un segundo antes, como una gata rabiosa, había embestido. Si la chilena no se interpone y con mano segura no desvía el golpe, la vieja hubiera clavado en el pecho de Claudia esa tijera abierta.

Después nos quedamos a oscuras. Trajeron velas. Explicaron que se había acabado el combustible. Gabriel observó:

—Si no hay alguien que desde lo alto haga señales con una luz, no van a encontrar el hotel.

Beto partió al solarío con un farol de kerosene. Al rato subí yo. Hay que ver el vientito que soplabá. Por más que agité el farol, no conseguí vencer el frío. En cuanto llegó Horacio a reemplazarme, bajé y me bebí una taza de té bien caliente.

—Vamos a la terraza —dijo Claudia—. Quiero ver qué está haciendo Horacio.

Volvieron muy pronto. Lo que habían visto era increíble: la oscuridad completa. Beto corrió escaleras arriba, para averiguar por qué su hermano había apagado el farol. Alguien dijo después que se tomaron a golpes. Lo cierto es que Beto quedó allí, haciendo señales, y que Horacio, en el bar, nos habló de la musiquita. Dijo que al oírla sintió que debía apagar el farol.

—¿Apagarlo? —repetí como un eco—. ¿Para qué?

—Para que se perdieran todos, Johnson y los otros. Para que murieran de frío. Les tuve odio. Es atroz.

El aspecto melodramático de las declaraciones de Horacio me dejó sin cuidado; no así el aspecto que podríamos llamar técnico. Oída únicamente por Hinterhöffer, la musiquita era sin duda un embuste; confirmada por Horacio, era por lo menos un problema. Sin embargo, el hecho, en las circunstancias de Horacio, resultaba más incomprensible aún que en las de Hinterhöffer. En muchos dormitorios hay receptores de radiotelefonía; bien pudieron Horacio y la chilena o Johnson y Claudia o cualquier otra persona abrir el contacto de uno de esos aparatos; he aquí, más o menos explicada, la musiquita oída por Hinterhöffer (digo más o menos, porque desde el día anterior no funcionaba la radiotelefonía en el hotel; pero ¿qué sé yo de estas cosas? Las condiciones que interrumpieron la audición habían, tal vez, cambiado). Mas ¿cómo explicar la música oída por Horacio en la solitaria elevación del solarío? ¿O al hablar de confirmación me equivoqué? ¿Se trataba, simplemente, de un

caso de sugestión?

La chilena preguntó dónde estaba Gabriel.

—Contra mis formales protestas —anunció el general— calzó el esquí, dijo que los expedicionarios estarían llegando, que se iba al encuentro y ¡se fue! Persona respetable, pero un tanto impulsiva para mi gusto.

En medio de su temeridad, Gabriel no había perdido la lucidez; yo diría que adquirió una virtud adivinatoria; en efecto, muy pronto encontró al grupo que penosamente regresaba de la montaña. Con termos de café caliente los reanimó y, en ese último kilómetro de mortal fatiga, los ayudó a alcanzar el hotel. Como un perrito enfermo, una de las muchachas gemía suavemente, otra reía y otra se revolcaba por el suelo. Sus amiguitos no parecían mejor; olvidémoslos con indulgencia. Todo el mundo abrazaba a Sanders y a Johnson.

Esa noche, más temprano que de costumbre, llamaron a comer. Magnánimos vinos regaron la comilona y el tono, en aquel salón que en días anteriores pareció lúgubre, era de fiesta. La alegría nada pudo, sin embargo, contra el cansancio; antes de las diez nos retiramos todos a los dormitorios.

Yo me dormí sin dificultad y, previsiblemente, soñé con la musiquita. Como suele ocurrir en los sueños, la ilusión fue persuasiva: creí que la musiquita, o su causa, estaba en el cuarto, junto a mi cama. Desperté sobresaltado. Después de un rato comprendí que no volvería a conciliar el sueño. En mi vida había estado tan despierto: como si un misterioso poder me habitara, analicé la fantástica realidad de aquellos días. Recordé lo que me había dicho el aduanero y lo que yo había leído en la Enciclopedia Hispanoamericana. El motivo de la conducta de cada uno resplandeció extrañamente: el despecho de Horacio, el miedo de Hinterhöffer, la codicia de Beto, el coraje de Sanders... ¿En cuanto a mí? La pregunta me dejó sobrecogido, con una mezcla de aprensión y de esperanza. ¿En qué día celebraban las *liberalia* los romanos? Estaba seguro de haber visto un 17, sabía el lugar de la página en que se hallaba el número, pero en cambio no recordaba el mes. Averiguar esa fecha era perentorio. Saqué de las cobijas un brazo, que instantáneamente se enfrió, en vano oprimí —aún no había corriente— el botón de la lámpara, saqué el otro brazo, encendí un fósforo, encendí la vela. Diríase que esa pobre y claudicante lucecita reveló la vasta oscuridad en que me encontraba. Me estremecí. Francamente, sin calefacción, en aquel hotel hacía frío. Salté de la cama, me envolví en ponchos, empuñé el velador y, frente al espejo, murmuré: «Con tal que las muchachitas que me dicen señor no me vean con este aspecto». Salí del cuarto, me interné por el interminable pasillo, alcancé la escalera, empecé a bajar. Por momentos parecía que una brisa imperceptible fuera a apagar la llama; yo me detenía; la miraba afianzarse; encandilado, proseguía mi camino en dirección a la biblioteca. Entreví hacia la derecha, a lo lejos un movimiento claro, como de un efímero rayo de luz. Oí pasos.

—¿Quién anda? —pregunté.

Una voz anómala me contestó:

—El sereno.

Apareció el hombre, enfocando con su linterna (en los libros que yo leía cuando era chico esas

linternas, terriblemente, se llamaban sordas).

—No puedo dormir —expliqué—. Me ha entrado una duda sobre algo que leía a la tarde en un libro de la biblioteca. Hasta que no vea ese libro no tendré paz. ¡Cosas del insomnio!

El sereno me miró con atención. Después de unos instantes observó:

—Está temblando.

Repliqué:

—Hace frío.

—Voy a prepararle un tecito caliente —propuso el hombre.

Hablaba como si estuviera mimando a un niño. Por la manera de pronunciar «prepararle» y «tecito» descubrí que era alemán.

—Bueno —dije— pero primero acompáñeme hasta la biblioteca. Si se apaga la vela, me desoriento y me pierdo para siempre.

Llegamos, puse la vela sobre la mesa y saqué de los estantes dos o tres tomos. El sereno partió a prepararme el té; en verdad yo hubiera preferido que se quedara con su linterna. Cuando hojeaba los volúmenes, la llama se estremecía y poco faltaba para que se apagara del todo. Yo estaba ofuscado. Primero no di con el artículo; después, con el párrafo. Finalmente leí: *Roma celebraba estas festividades el 17 de marzo*. Más me hubiera valido no abrir de nuevo esos malditos libros. Donde esperaba hallar una confirmación para mi hipótesis, encontré la primera discrepancia. Las fechas no coincidían. No diré que todo se derrumbaba; pero, por qué negarlo, aquello era una grieta.

Me consolé pensando en la innata sabiduría de la memoria y del olvido; de la memoria, que retuvo el 17, útil para la hipótesis; del olvido, que absorbió el marzo perjudicial... Estas insulseces muy pronto fueron barridas de mi consideración.

Lo primero que advertí sólo pasó en mi alma. ¿Cómo lo expresaré? ¿Fue mi respuesta a lo que aún no había oído? Tenuemente, agradablemente, me sofocó una suerte de júbilo intelectual, como si estimulada por algún excitante, la facultad de interpretar y de entender se hubiera desarrollado de manera prodigiosa. Yo me estaba solazando —no sin pudor escribo el verbo— con la renovada energía de mi inteligencia, cuando ocurrió algo extraordinario. Desde ese instante olvidé todo lo personal, las vanidades, grandes y pequeñas, la conciencia del peligro. El hecho me llegó al principio con aparente incertidumbre, como percibimos, paseando por un jardín, la fragancia de un arbusto (y la perdemos y volvemos atrás para recuperarla); o como, en el campo, en un día de estío, entre el cálido vaho del trébol, descubrimos en un lugar que parece inestable, pero que, al retroceder, de nuevo encontramos, la sutil frescura de una corriente de agua subterránea. Gradualmente aumentó y se volvió más definido el tumulto, como si una muchedumbre pasara junto a mí. Ese tránsito apagó la vela, pero no reparé en ello. Estaba embelesado con el acordado rumor de los instrumentos (¿flautas? ¿címbalos?), con el eco de la gritería y de los bailes. Luego la presencia o la procesión se fue de la biblioteca; siguiéndola a través de los salones oscuros, que recorrí sin el auxilio de ninguna luz, llegué hasta la puerta; la abrí y me pareció que se alejaba y se desvanecía en la noche aquella

música feliz. Detenido en el umbral, aún atento a la invisible partida, entendí todo. A mi lado alguien habló:

—Va a tomar frío.

Era el sereno. Me traía el té. Cuando estábamos cerrando la puerta me volví bruscamente.

—¿No ve nada en la nieve? —le pregunté.

Dijo que no. Yo creí ver como las huellas de un gigante que se alejaba. Me sentí extenuado; me dejé caer en una silla y silenciosamente bebí una taza de té. El sereno, que había cerrado la puerta, me miraba complacido. Llené una segunda taza y le pregunté:

—¿Usted es europeo?

—Sí, señor —contestó—. Mi pueblo viene a quedar entre la Selva Negra y el Rin.

—Entonces, dígame: ¿qué mes corresponde, allá en su pueblo, a nuestro septiembre?

El sereno abrió la boca y no dijo nada.

—Cuando acá es invierno —aclaré— allá es verano, cuando acá es otoño allá es primavera, ¿de acuerdo?

El hombre se dio una vigorosa palmada en la nalga y exclamó con alegría:

—¡De acuerdo! La primavera empieza en Europa el 21 de marzo. Marzo corresponde...

—¿Qué fecha es hoy? —le pregunté.

—Hoy es 17 de septiembre.

A un tiempo miramos el reloj luminoso de la «recepción». Marcaba las doce y tres minutos. Mientras el sereno, riendo benévola, corregía su afirmación anterior y repetía: «Es 18, es 18» yo pensé: «Las fechas coinciden. Nuestro 17 de septiembre corresponde al 17 de marzo del otro hemisferio. Para nosotros, en estos momentos concluye el día en que los romanos celebraban las *liberalia*, las fiestas en honor del dios Baco».

Acabé de beber el té y me fui a dormir. A la mañana desperté con la urgente necesidad de explicar mi teoría. «Lo principal, me dije, es conseguir un oyente capaz de avenirse con estas ideas. De lo contrario todavía va a resultar que no ha ocurrido nada. Voy a buscar a Claudia y, si no la encuentro, a Johnson».

En el hall, que parecía el salón de un barco poco antes de llegar a puerto, se había amontonado la gente. Cada uno cargaba con dos o tres valijas, con varios abrigos, con mantas y con ponchos. Carabineros chilenos daban órdenes. Por una sola puerta dejaban salir; apostados ahí, a todo viajero lo obligaban a despojarse del equipaje, salvo la valija más chica y un abrigo. Todos pugnaban hacia la salida.

—¿Qué pasa? —pregunté al general.

—Los carabineros van a llevarnos en trineo hasta donde llega el tren. La primera tanda sale

dentro de diez minutos; la segunda, dentro de una hora. A la tarde estaremos en Santiago. Los equipajes nos siguen dentro de tres o cuatro días.

Divisé a Johnson, que estaba cerca de la puerta. A fuerza de codos me escurrí entre la gente y lo alcancé. Lo tomé del brazo.

—Todavía no he visto a Claudia esta mañana —me dijo con aflicción—. Ahora voy a verla. Está en los trineos. Voy con ella en la primera tanda.

—No puede ser —repliqué y, levantando la voz, añadí impertinentemente—: ¡La primera tanda, para las mujeres, los viejos y los niños!

Los carabineros aceptaron mi sugestión. En cuanto a mis compañeros de hotel, los que estaban llegando a la puerta por poco no me golpean. Johnson no dijo nada, pero me miró con ojos de incomprensión y de tristeza. Yo creo que en ese momento, a pesar de todo su coraje, estuvo a punto de llorar, porque no lo dejaban juntarse con su amiga. ¡Pobre Johnson, cómo lo mortifiqué! Diríase que mi facultad de entender y de sentir había concluido la noche anterior, a las doce; o, por lo menos, que de nuevo yo estaba entendiendo con mi habitual lentitud y sintiendo con mi celebrada despreocupación.

Estas reflexiones no me abatieron. Al contrario, me entró una comezón de actuar (en mí son raras y efímeras); para aprovecharla, me puse al lado de Irene González Salomón, y la abordé con cierta pregunta. Se ruborizó, como si recordara algo que la avergonzaba, llamándome joven (miré alrededor, con la inútil esperanza de que alguna de las muchachitas oyera) dijo que le gustaría saber quién era yo para interrogarla y acabó por contestar afirmativamente. En seguida me corrí al general. Repetí la pregunta. Cuando asintió —sus consideraciones eran superfluas, mi teoría quedaba confirmada— lo dejé pronunciando la consabida disertación sobre el punto. Por último, hablé con Beto; reconoció que sí, como era previsible. (¿Para qué andar con misterios? Les pregunté si habían oído la musiquita).

Los de la segunda tanda tuvimos que esperar bastante. La anunciada hora entre la primera salida y la segunda se prolongó a más de tres. En algún momento encontré a Johnson en el bar. ¿Todavía por aquí?, le dije, le señalé una mesa, para él pedí algún alcohol, para mí un té y, en cuanto empezamos a beber, acometí la explicación de los hechos de la víspera. No me demoré en antecedentes ni en preámbulos.

—El 17 —declaré— todos actuamos en carácter, como reza la frase. Demasiado en carácter, para que fuera natural. Era como si un autor hubiera trazado nuestra conducta. El cobarde actuó con una pura y diáfana cobardía, los intrépidos, con el más extremado coraje; el villano, con absoluta perfidia; los enamorados, con un amor que no conocía reservas, etcétera. La esencia de cada uno, buena o mala, obró con libertad. Todo esto me pareció raro: no es lo que habitualmente encontramos por el mundo. Mas evidentemente rara era la cuestión de la musiquita. Cuando Hinterhöffer alegó la musiquita para justificar el espanto que lo paralizó, intenté un comentario burlesco, según creo bastante gracioso. Apenas obtuve unas desganadas sonrisas. Pero ¿cómo la gente iba a reír? Lo que yo entonces ignoraba era que todos, en algún momento, habían oído la musiquita. Cada uno la oyó en

el momento de mostrarse, por así decirlo, en carácter. Horacio, cuando impulsivamente apagó el farol de las señales. Irene González Salomón, cuando atacó a Claudia (quién sabe qué fondo sanguinario hay en la señora). Beto, cuando robó las provisiones...

—Yo lo oí... —intercaló Johnson.

—Lo descuento, lo descuento —repliqué irritado por la interrupción—. Y yo también ¿por qué he de ser menos que los otros? Pero déjeme explicarle. Un aduanero zurdo, que conoce la historia y las historias del lugar...

—Gracias —me dijeron.

Levanté los ojos y comprobé que el autor de esta nueva interrupción era el aduanero en persona. Indiqué una silla, pregunté si podía continuar y, ya con la venia de este posible (y temible) tercero en discordia, afirmé:

—El señor me refirió que el primitivo dueño del establecimiento, un tal Bellocchio, era devoto de Baco. Parece que año tras año celebraba las *liberalia* —fiestas en honor del dios— y que Baco infaliblemente aparecía en la fecha. Hasta aquí, de acuerdo. Pero ¿cuál era la fecha? Según la enciclopedia que está en la biblioteca, los romanos festejaban las *liberalia* el 17 de marzo.

—Bellocchio las festejaba el 17 de septiembre —aseguro el aduanero.

—Por el cambio de estaciones —dije con algún orgullo— al 17 de marzo de Europa corresponde en nuestro hemisferio el 17 de septiembre. El 17 de septiembre tenía, pues, que aparecer Baco. Bien, señores: el dios apareció.

—¿Alguien lo ha visto? —preguntó con incredulidad el aduanero—. Como generosamente lo reconoció el señor, yo soy un enamorado de las leyendas del lugar. En pos de no sé qué noble utopía las busco, las recopilo y las estudio. ¿Cuál es el premio de tanto afán? ¿No daría yo mi brazo derecho por haber visto, siquiera una vez, al antiguo dios Baco, a las princesas de la laguna o, por lo menos, al fantasma de la competencia, al Futre de Puente del Inca? Mentiría si dijera que los vi. ¡Ni en sueños, caballeros, ni en sueños!

—Nadie ha visto al dios Baco —repliqué— pero, en cuanto a sentirlo... ¿Qué digo sentirlo? Mucho más.

En beneficio del aduanero repetí mi explicación.

—¿No encuentra significativo —proseguí— que el 17 actuáramos de una manera tan sin matices, tan pura, tan insólita? Interrogue a Beto Valserra, a Horacio, a la señora González Salomón, a cualquiera de nosotros. Todos le diremos lo mismo. Nos tocó sufrir una transformación misteriosa; oímos una música de flautas y el paso de una muchedumbre alegre; un poder sobrenatural entró en cada uno y exaltó su verdadero fondo: odio, amor, coraje o lo que fuera. Oh sí, cada uno recibió la prodigiosa visita de Baco. Se llama teofanía ese momento en que un dios nos habita.

Con una ansiedad que advertí retrospectivamente, preguntó Johnson:

—¿Hay que atribuir al dios todo lo que sentimos el 17?

—Hay que atribuirle la exaltación de nuestros sentimientos —contesté—. En la enciclopedia pueden encontrar la frase que da la clave del asunto. Se refiere a las *liberalia* y dice algo así: *Aquél era un día de liberación. Nada estaba prohibido y se permitía que los esclavos hablaran libremente*. Como ustedes no ignoran, en las religiones antiguas todo era simbólico o, si prefieren, nada era casual: ni los emblemas de un bajorrelieve, ni el color de la túnica del sacerdote, ni las palabras del rito, ni la manera de celebrar una fiesta. Yo creo que sin caer en las exageraciones de los psicoanalistas, podemos descubrir en la frase un sentido profundo. ¿Qué significa el día de liberación? Que si Baco prevalece, nadie sujeta sus verdaderos sentimientos. ¿Y los esclavos que hablan libremente? La pasión, o el reprimido fondo de cada uno, que irrumpe sin freno. Sobre los símbolos hay un capítulo muy curioso en Plutarco.

Lo que me detuvo no fue la deprimente melancolía de Johnson; fue la expresión de embeleso del aduanero. Quiero decir que parecía un idiota.

—¿Se siente bien? —le pregunté.

—Mejor que nunca —aseguró, mirando hacia adelante, con los ojos como dos monedas—. ¿Por qué me dejé arrastrar con la cuadrilla a socorrer a ese tren bloqueado? El año próximo, ni Dios me mueve de aquí. Baco apareció, ya no dudo, y tal vez aparezca de nuevo. ¿Sabe lo que acabó de convencerme? La musiquita. Fue, señor, como si la estuviera oyendo. Plutarco, el mismo Plutarco, ratifica lo que usted nos cuenta de la musiquita. En los *Varones ilustres* —usted hallará el tomo en la biblioteca— refiere que el ejército de no sé quién, sitiado en Alejandría, oyó una música y un tumulto así: era Baco que los abandonaba.

—Y el 17 a medianoche —dije— yo la oí, cuando se iba el dios. Ahora me queda la nostalgia. Mientras duró esa visita fui inteligente: ahora he vuelto a mi acostumbrada pobreza... Fui como pude ser en la juventud; hay un momento en la juventud en que todo es posible, en que todo es poco en la inmensidad de nuestra vida.

Por pudor no reproduzco el final de la peroración. Barajé las rutinas, las renunciaciones que me habrían consumido y, en sentido figurado, lloré por lo que pude ser. En verdad me pareció que yo era digno de lástima.

Casi no reparé en Johnson. Primero, envanecido por mi prodigiosa explicación, luego, sensible a mi presunto infortunio, no reparé en las dudas y en la ansiedad con que lo abrumaba. Indudablemente, mi cuarto de hora de inteligencia había pasado. ¿Cómo no vi que lo entristecía? Yo estaba sugiriéndole que su amor no era más que la exaltación de un dios transitorio. Tal vez Johnson se preguntó si cuando mirara de nuevo a Claudia encontraría en ella el mismo encanto y la misma luz; y también (por contradictorio que parezca) si Claudia no estaría de nuevo atenta a los otros hombres. Aunque Johnson era muy apasionado, tal vez no fuera tarde para decirle que el amor de ellos dos no había sido una aventura pasajera, que solamente a lo genuino Baco glorifica... Pero, empleado como estaba en mí mismo, ¿cómo iba yo a socorrer a nadie?

Al rato partimos los de la segunda tanda. Nuestro progreso fue lento y entrecortado; hubo muchas etapas breves, muchas demoras largas. En alguna solitaria estación nos quedamos un tiempo que me

pareció infinito. Nos dijeron que en determinado punto (ya no recuerdo el nombre) nos reuniríamos con los de la primera tanda, pero cuando llegamos —con varias horas de retraso— ya se habían ido. Johnson me preguntó por qué Claudia no lo habría esperado. No supe qué contestarle. Entramos en Santiago de noche.

Ahora, al recordar las cosas, me parece que la impaciencia por llegar que Johnson al principio había mostrado, hacia el final de nuestro largo viaje se gastó; al recordar su cara, ensimismada, pálida y afligida, sospecho que el pobre tenía miedo de encontrarse con Claudia y descubrir que su amor había sido una ilusión. Me preguntó a qué hotel yo iría. Le respondí con vaguedades. Sentirlo cerca siguiéndome con aquellos ojos compungidos, como un perro lúgubre, me resultaba insufrible. Yo hubiera preferido la muerte a escuchar, en ese momento, sus problemas. ¡Estaba tan cansado! Quería que me dejaran en paz, quería llegar a mi cuarto y echarme a dormir.

Al otro día no lo vi. Aunque la señora González Salomón, el general Orellana y el ingeniero Arriaga vivían en el mismo hotel que yo, pronto olvidé —como olvidamos a los compañeros de una travesía en barco— a mis amigos de la temporada andina, a los acróbatas y a los otros.

Una mañana encontré en la peluquería al general y me invitó a acompañarlos, a la señora González Salomón y a él, a la función de estreno del circo.

—¿Cuándo es? —pregunté.

—Esta noche —contesté.

Me excusé, y esa misma noche, cuando oí desde mi cuarto a la vieja, que entraba por los corredores llorando, supe el final. No me levanté a averiguar lo que había ocurrido. Cerré los ojos, me tapé con las mantas y, despierto, esperé al otro día. Es horrible oír el llanto de una vieja que llora como una niña. Es de pésimo agüero. No tuve que esperar el diario para saber que Johnson había caído al ejecutar su cuádruple salto.

A la tarde pensé llevar unas flores al muerto y visitar a Claudia. Pero no, me dije, no debo revolver aquello. La historia está concluida. Ya nada puedo hacer por el muchacho, sino respetar su memoria. Por lo demás, creo conocer a Claudia y me conozco. Me pareció de buen gusto evitar el toque cínico para el final. Ahora me queda alguna nostalgia. De Claudia, que es encantadora, y de aquella noche en que sentí en mí al dios y a mis facultades agigantadas. Con las que tengo, modestas como son, narré los hechos. Así cumplo mi deber en la vida, que, según parece, es el de contar cuentos.

# LA SIERVA AJENA

En alguna parte leí que un apretado tejido de infortunios labra la historia de los hombres, desde la primera aurora, pero a mí me agrada suponer que hubo períodos tranquilos y que por un inapelable golpe de azar me toca vivir el momento, confuso y épico, de la culminación. Dirán, tal vez, que éste es el clamor, nada filosófico, de un sujeto oscuro y apocado; yo replicaría que, justamente, porque soy un sujeto oscuro y apocado, es curioso, aun significativo, que pueda testimoniar sobre más de un hecho tremendo. Sirva de prueba: yo he visto, con mis propios ojos, el fin, el derrumbe, la aniquilación de una gran dama. Como siempre ocurre (por mucho que aguce cada cual la facultad de prever), inesperadamente, actores y espectadores, nos encontramos en medio de la tragedia.

Según mi experiencia, lo que pasa, pasa en las reuniones. El escenario de aquella reunión era la sala de la referida gran dama, Tatá Laserna, no menos inolvidable porque hoy muy pocos la recuerden. No describiré a Tatá como una señora obesa, pero tampoco afirmaré que era alta. Eso sí, tenía —para emplear una frase que hoy tal vez parezca audaz, pero que entonces andaba de boca en boca, porque la había acuñado un hombre valioso y querido, un maestro de la juventud, un crítico de arte, una pluma de primera—, tenía repito, *sentido del color*. Gorda, baja, abundantemente maquillada, envuelta en hermosas telas que reproducían, íntegra, la paleta del artista o el mismo espectro luminoso, dando gritos cortos, jadeante, festiva, seguida del joven de turno ¡qué alejada estaba la pobre —como todos nosotros, por lo demás— de la inminente catástrofe!

—Parece una gallina de lienzo, una gallina seguida por el pollo único —exclamó Keller.

Pensé: —Nada de eso—. Corregí:

—Una gallina fabricada con multitud de pequeños trapos, cada uno de color distinto. En cuanto a lo de «pollo único», ¡cómo no!

Escribo para gente culta, *non recito cuiquam nisi amicis*; creo, pues, que no turbo la clara memoria de una matrona si lo confieso: Tatá era —repitiendo otra frase del mismo crítico de arte— un ojo alegre. M. Vallet (autor de *Le chic a cheval*) comentó:

—¿Cómo conseguirá la vieja tanto mozalbete?

—Ha de tener sus rebusques —opinó una de mis primas.

Las mujeres, las castas y las otras, movidas por una suerte de envidia profesional, propia de cortesanas, pero también por una ingenuidad incurable, imaginan que en la alcoba las posibilidades son infinitas. Las tomaría uno por devotas de los desacreditados recetarios indios.

—Tiene plata —dictaminó M. Vallet.

He aquí otro error. El único encanto de la gente rica no es la plata; no hay que olvidar lo que yo denomino factores imponderables. Todos recordarán un caso reciente: el de la muchacha que se comprometió, ante la irritada desaprobación de nuestro medio, con el más horrible de los industriales. Conozco a la muchacha, sé que es imaginativa y poética, estoy seguro de que ha soñado con príncipes. Los príncipes, hoy en día, son los industriales; sus castillos, las altas chimeneas de las fábricas.

Departábamos, pues, apacible y frívolamente, cuando cayó la fulminación. La trajo, como un ángel que lleva una espada, el explorador belga Jean Wauteurs. El viajero (vivíamos aún en el Buenos Aires, acaso aldeano, que percibía a los viajeros) había bajado del país de los jíbaros, de un rincón de la selva tenebrosa que ocupa la mayor parte del continente, a nuestra ciudad, con el consabido propósito de pronunciar conferencias (vivíamos aún en la época en que extranjeros y conferencias formaban un todo inevitable). Tatá, que no perdonaba personaje, nos había invitado para que lo conociéramos. Tocándome con el codo, mi prima murmuró:

—Ése es Wauteurs.

Vi a un hombre pálido, de ojos prominentes, que extraía de algún bolsillo un envoltorio de papel blanco; lo abría y mostraba un objeto oscuro. Como impelido por un movimiento reflejo, me levanté de la confortable *bergère*, me aproximé cuanto pude, examiné, entre las cabezas de ese corrillo de curiosos, el objeto que el belga, con una reverencia torpe, ofrecía a Tatá: una cabeza humana, con su piel, pelo, sus ojos, sus dientes, perfectamente, es decir horriblemente, momificada y reducida por los indios; una cabeza del tamaño de un puño. Tatá abrió la boca y después de un rato exclamó con voz ahogada:

—¡Celestin!

Aquel grito de dolor, que le brotaba del pecho, era demasiado genuino para que lo confundiéramos con una elegía por el amante innoblemente ultrajado; todos, aun los más insensibles, comprendimos en el acto que se trataba del estertor de una verdadera señora que concurre al hundimiento de la propia reputación, escarnecida, hollada cruelmente, por un trance grotesco.

Es verdad que nadie, en su entero juicio, podría concebir el buen nombre de Tata arrastrado por los caprichos de un solo varón; pero también es verdad que las mujeres, como lo observa Walter Pater citado por Moore, aun las triunfales y luminosas, tienen algo de satélite. La luna, tenue y perentoria, brilla por la luz de un sol que no vemos; de igual modo, la considerable Tatá conquistó su lugar de privilegio, se afirmó en él, porque la fama la ha vinculado a un hombre extraordinario, Celestin Bordenave, el sabio, el don Juan, el explorador, el clubman, que ha paseado su prestigio por las comarcas más extrañas del globo. El amor de estos dos titanes —un asunto bastante sórdido, por otra parte— ocurrió por el año treinta, pero el renombre de Tatá no declinó con el tiempo; por el contrario, se diría que reverdeció y aumentó el influjo de cada una de las aventuras del lejano Bordenave. Hace poco —pero los días vuelan y quizá pasaron años— lo vimos partir, en un noticiero Pathé, acosado de periodistas, de fotógrafos y de señoritas con álbum, a la región de los jíbaros. También lo vi en una ilustración en colores: era un apuesto hombre de un metro ochenta, en quien la blancura de la ondeada cabellera, en violento contraste con el rojo, un poco feroz, de la piel, enfatizaba, por así decirlo, la vitalidad. Ahora regresaba, portado por un colega belga, limitado a una cabeza desprovista de cuerpo, momificada, reducida al tamaño de un puño. Tatá se desplomó. La retiraron a cámaras privadas. Ojalá que haya perdido el conocimiento antes de que resonara mi grito de «¡Vergüenza!» y la risita del mozalbete de turno, risita particularmente aleve si consideramos que el individuo había ensayado los primeros picotazos (hablo por metáforas) en la blanca mano de nuestra amiga.

La falta de sensibilidad me aterra. ¿Saben cuáles fueron las palabras de Keller, cuando retiraron a la vieja y restablecieron, siquiera en parte, el orden? Tranquilamente preguntó a Wauteurs:

—Los jíbaros ¿matan siempre a la víctima?

—Claro que sí —contestó el belga.

—Pues me consta que los pigmeos del África —afirmó Keller, que es uno de tantos derrotistas, que no creen en América y se embelesan con todo lo que viene de afuera— logran sus reducciones sobre el cuerpo entero y, lo que es fundamental, no matan.

Muy pronto empezó a contarnos la historia de Rafael Urbina. Una pariente pobre, hablando en voz baja y estrujando un pañuelo con ademanes aparatoso, nos rogó que disculpáramos a Tatá. Entendimos que nos echaban. Partimos al *Tropezón*, a comer un puchero tibio, mientras Keller hablaba prolijamente. He aquí, en lo esencial, la terrible historia que nos refirió:

—No faltan ejemplos —dijo— de hombres que obedecieron a una vocación profunda, a un destino indudable, pero que en algún momento de la juventud enderezaron por caminos incongruentes. ¿Quién imagina a Keats como boticario, a Maupassant como empleado de ministerio, a Urbina como escribano?

—Yo ni siquiera imaginé que Urbina hubiera necesitado nunca ganarse la vida —respondí.

Keller continuó:

—La plata (la herencia de un tío rico y olvidado, llamado Joaquín) le llegó con el amor. La idea que tenemos de Urbina es la de un hombre de medios, que vive retraídamente en un lugar mundano, un solitario entre el bullicio, un poeta de producción escasa...

—Tan escasa —comentó un muchacho que empiezo a encontrar en todas partes, pero que felizmente no conozco aún— tan escasa que inferimos que debe ser cuidada y exquisita. Grave error.

—Yo sabía que era argentino —dijo mi prima—, pero nunca pensé que hubiera vivido en el país. Creí que era uno de esos desterrados voluntarios del tiempo en que el peso pisaba fuerte.

—Ahora son menos voluntarios —acotó Keller—. Lo cierto es que Urbina partió en un barco que lo dejó en Villefranche. Allí quedó para siempre.

Entregado, visiblemente, al encanto de la evocación, M. Vallet apuntó:

—Yo oí hablar de un rosarino, el Negro Chaves —la voz bajó, se torno confidencial—, un ñato de lo más moreno y bastante inculto, créame, que desembarcó en Marsella y se estableció ahí. Hay que ver las monografías que prepara sobre la Massilia de los antiguos. También me hablaron de otro, un pariente de alguien, que se afincó en Vigo.

—El caso de Urbina es diferente —protestó Keller.

—Por cierto —exclamé— no van a comparar Marsella, que se parece al Rosario o a Milán, con Villefranche. ¡Qué clima!

Keller parecía mirarme de muy lejos y aguardar resignadamente el término de mis visajes y

exclamaciones: pero ¿qué podía entender de mi entusiasmo por Villefranche un *habitué* de Necochea?

—Cuando Urbina era escribano —dijo por fin, allá en sus mocedades porteñas, intervino en la escrituración de bienes que vendió o compró la sucesión de don Juan Larquier. La viuda y su hija vivían entonces en *Ha retama*, la quinta del Tigre y, una vez, para recoger firmas, Urbina las visitó. Era una mañana de septiembre, fría y vaporosa. Envuelta en un halo de bruma y en la desorbitada vegetación, la casa aparecía en la vaguedad de un recuerdo. En los *Apuntes para un diario íntimo*, que Urbina me dejó leer, cuando lo visité, el año pasado, en Villefranche, hay una referencia al momento en que empujó el pesado y chirriante portón de hierro y cruzó el jardín. *Todo era extremadamente verde, no sólo el follaje, sino los troncos de los árboles, cubiertos de musgo. Caminé sobre muchas hojas. Había olor a vegetales podridos y a magnolia fuscata.* Llamó a la puerta. Mientras aguardaba, seguro de que le abriría algún criado con librea, lamentó no haber mandado al socio. La debilidad, como siempre, lo había perdido. Esa mañana, cuando se encontraron en la escribanía, Urbina, adivinando que el socio tenía tanta pereza como él de ir al Tigre, se apresuro a decir: Voy yo. Era débil y tímido, pero también huraño. Nunca se le veía en reuniones y se jactaba de no conocer a nadie. Era un rebelde: había encabezado la llamada revolución carbonaria contra el soneto. Como no le abrían, de nuevo apretó el timbre, levemente, para no molestar. Pensó que los criados de las grandes casas nunca perderían el estilo, pero que sin duda escupían la sopa y tardaban en abrir la puerta, para que el invitado se resfriara. O tal vez él era víctima de la división del trabajo. Había un criado para cada tarea; sin duda rondaba uno, armado de plumero, del otro lado de la puerta, pero nada debía esperar de ese hombre, aunque hundiera el timbre y pidiera socorro; el criado destinado a abrirle progresaba continuamente desde el fondo, venía de tan lejos que aún no había llegado y quién sabe cuándo llegaría.

Abrieron la puerta. No se encontró frente a un criado, sino ante la señorita de la casa, Flora Larquier. Urbina, que me refirió la historia con pormenores, como quien guardó demasiado un secreto y una pena, y está feliz de hablar, me dijo con vehemencia lírica:

—En el marco de la puerta apareció la misma Palas Atenea.

Siguió a la muchacha por un pasillo, por una sala en que entrevió muebles enfundados. Flora Larquier, con voz limpia y alegre, exclamó:

—Deme la mano, si no va a tropezar. Por nada prendo la luz. Prefiero que tropiece a que vea la tierra que hay en estos cuartos.

Llegaron al hall de la escalera; del piso alto venía alguna luz. La escalera —una solemne construcción de cedro— no tenía alfombra, y diríase que desde años no la enceraban. Subieron hasta el hall de arriba, amplio y vacío, triste según Urbina, iluminado por una claraboya. Tenía piso de *parquet*, cinco puertas y, contra las paredes, empapeladas en gris, largos armarios grises. No había allí ningún adorno, salvo uno, monumental: un espejo, de toda la altura de la pared, curvo en la parte superior, encuadrado en pesadas cortinas violetas, que recordaban el telón de un teatro. En el extremo opuesto se agrupaban tres muebles: un sillón de paja, de respaldo muy alto y estrecho, con un almohadón en el asiento, de color aceituna, bastante desteñido; y, de algún juego de afuera, de

madera pintada de blanco, una mesa endeble, y un silloncito con el respaldo y el asiento de lona. Flora indicó a Urbina el sillón principal y, pidiendo que la excusara, se fue, para volver a los pocos instantes, con una hermosa bandeja de plata, en que traía un jarrón de cristal tallado, con jerez, dos copas del mismo cristal, un plato de porcelana blanca, con guarda azul y borde dorado, con bizcochitos muy viejos, que figuraban animales.—Tenía la muchacha veintitantos años, una belleza plácida y helénica, formas amplias, impecables, ojos verdes, nariz recta, manos hermosas y delicadas, extrañamente delicadas para el volumen del cuerpo; Urbina dijo que parecía la imagen alegórica de la República. Hubo un breve altercado, porque ambos querían ceder el sillón principal. Por fin lo ocupó Flora. Allí sentada, como en un trono, jugando con un pequeño cetro de dos puntas—Urbina describió el objeto como un tridente de dos puntas ya no era la República, sino una reina, la reina emblemática de una escultura. Inmediatamente Urbina se sintió cómodo con ella; la juzgó tranquila, llana, alegre, segura de sí misma, sin afectaciones, dispuesta a llamar las cosas por su nombre (¿no reconoció que tenía la casa a oscuras para que no se viera el polvo?). Cuando dijo que su madre, con los fríos, andaba un tanto achacosa del reumatismo y de las gripes, le creyó en el acto; no recordó lo que mucha gente murmuraba: que la señora estaba loca y que Flora aterrada de que se la llevaran al manicomio, no la dejaba ver de nadie y vivía recluida con ella en la quinta. De recordarlo, no lo hubiera creído, lo hubiera repudiado como una difamación. Bastaba mirar a Flora para comprender que en su familia no tenía cabida la locura. En todo caso, Urbina entregó confiadamente los papeles a Flora, para que la señora los firmara en su dormitorio. Pocos minutos después los recibía de vuelta, comprobaba que las firmas coincidían con las cruces marcadas por él, bajaba las escaleras, acompañado de Flora, y le estrechaba la mano, junto a la puerta. Increíblemente, de esta visita Urbina sólo dejó testimonios literarios laterales: el párrafo de los *Apuntes para un diario íntimo*, ya citado, y el poema:

*Tu mansión.*

*Fuente de plata.*

*Desde un rincón*

*guiña una rata.*

La estrofa rememora una circunstancia menuda. Urbina y Flora saboreaban el perfumado jerez, cuando algo, un golpe de viento o un roedor, estremeció el cortinado violeta del espejo. Por un momento pareció que la muchacha perdía el aplomo, como si temiera que el visitante descubriese algo vergonzoso. Todo pasó pronto: la rata, si la hubo; la turbación de Flora.

Al día siguiente, unas señoritas Boyd —amigas de infancia, a las que no veía nunca— invitaron a Urbina a una reunión en honor de un pintor español, ni siquiera se preguntó si aprobaba o no al pintor; aceptó esa invitación y luego otras. De tal manera renegó de su rebeldía carbonaria (que excedía la esfera del soneto) y sin buscar justificación, como quien no argumenta con razones, porque obedece a una razón profunda, se lanzó a la vida mundada. Es indudable que tardó menos en enamorarse que en advertir que estaba enamorado. Sin embargo, la fijación de sentimientos no ocurrió inmediatamente. Al principio, casi todas las muchachas que encontraba en los salones lo deslumbraban por igual. «Me parecían», confesó, «gente sin defectos, por lo menos en el trato y en la

piel. Desde luego, para mí, el dechado de todas estas mujeres brillantes, limpias, delicadas, perfumadas, felices, era Flora». Ignoraba que al considerar mundana a su amiga cometía un error que ninguna persona mundana hubiera cometido. Como ya se dijo, Flora, a pesar de su belleza y de su juventud, vivía retirada en la quinta, y cabe inferir que su aparición en los salones coincidió con la de Urbina.

Cuando éste vio a Flora en aquella primera reunión no se sorprendió; tampoco sospechó que su propia presencia fuera el fruto de maquinaciones. Sin embargo, era así: Flora había indagado diligentemente, entre las amigas, quiénes lo conocían, y nunca se aclaró hasta qué punto la reunión en honor del pintor no era un pretexto para que ella y Urbina se encontraran.

De modo paulatino, las demás mujeres de los salones mundanos perdieron, para Urbina, la individualidad que tan recientemente habían logrado y quedaron convertidas en las figuras encantadoras, desde luego, de una suerte de coro fulgurante, cuyo fin era dar aún mayor relieve a Flora.

En este período, la conducta de cada uno de ellos es típica; la de Urbina ilustra la áspera inmadurez del hombre; la de Flora, la sabiduría de la mujer. El hombre es un desheredado que debe aprenderlo todo; para cuestiones sentimentales, a los veinticuatro años tiene seis u ocho de edad. En la mujer obran, casi intactos, los defectos y las virtudes del instinto; cada una hereda la experiencia acumulada desde el origen del mundo. Flora supo, cuando miró a Urbina, por primera vez, en aquella mañana del Tigre, lo que quería, y obró en consecuencia; de esto no hay que deducir que fuera una mujer inescrupulosa; Urbina me dijo que él no conoció a ninguna persona en quien la pureza y la rectitud fueran tan auténticas. Agregó: *Yo era, ante ella, como un niño; como un niño que, por no estar formado, puede ser impuro o procaz. Para distinguir el bien del mal debía mirarla.*

Probablemente de aquella época es el poema —demasiado famoso, demasiado personal para mi gusto— que recogen todas las antologías:

*La alegría de amar*

*quise explicarte.*

*No alcanza el arte.*

Ahí el poeta enfrenta y soslaya el más arduo, acaso, de los temas literarios: la dicha. Lo cierto es que por entonces, Urbina fue muy feliz, porque se querían con un amor que no parecía una guerra, con tácticas y estratagemas, porque Flora era perfectamente cándida, afable, franca sin limitación alguna, salvo en lo concerniente a la quinta. No volvió a recibirlo en *La retama* y una vez que él porfió en acompañarla, no lo dejó ir más allá de la estación del Tigre, de modo que la quinta fue tomando el carácter de lugar prohibido, una suerte de castillo inaccesible, un poco fabuloso y un poco funesto; pero Urbina no pensó mucho en el asunto, porque se dijo: «Si cavilo, preguntaré, y si pregunto, quién sabe qué penosa respuesta obtendré de Flora». Empezaba a creer, indudablemente, en la locura de la madre. Además no quería que nada turbara su propia felicidad.

Mientras bajaba por Cangallo hacia Reconquista, un día en que debía encontrarse con Flora, para tomar el té, en el *London Grill*, Urbina advirtió que llegaba tarde, y pasó, no sé cómo, de la

contrariedad lindante con la angustia, que le provocaba la imagen de su amiga esperándolo, a pensar: «No ha de haber llegado. Y si llegó, no importa. Vaya esta vez por todas las que yo esperé». Deliberadamente caminó con lentitud, miró alguna vidriera, sonrió como quien descubre, menos alarmado que divertido, que es un monstruo. Estaban tan enamorados, eran tan solícitos el uno con el otro, ella confiaba tanto en su afecto, y ahora él caía en esta insensibilidad, peor que una traición, porque no tenía motivo... «Todo esto configura», reflexionó, «alguna crueldad y mucha grosería de alma». Con el espíritu alegre, como si fuera vengativo (no lo era) y se hubiese vengado (¿de qué?), entró en el *London Grill*.

Los días empezaban a alargarse; en la calle había mucha luz. Entró corriendo, acaso en un despliegue de involuntaria hipocresía, pero se detuvo, porque entre la claridad de afuera y la penumbra del interior el contraste era violento. Cuando vio por fin, comprobó que no había nadie en las mesas, creyó —con asombro, con incredulidad, con irritación— que Flora no estaba. Llegó al centro del salón, dobló a la izquierda, miró a un lado y otro. A la izquierda, en la última mesa, la vio. En la escena —él mirando a la muchacha, ella ignorando que él la miraba— creyó descubrir un símbolo de la propia indiferencia y del confiado amor de Flora. Quiso implorar perdón, jurar que ya nunca sería indiferente ni cometería traiciones, quiso estrecharla en los brazos, pero algo lo contuvo; notó leves movimientos en la espalda de Flora, estremecimientos quizá, y oyó o imaginó el murmullo de una conversación; se preguntó si su amiga no estaría hablando sola; luego distinguió claramente las palabras:

—Te quiero.

Conmovido, pensó que su retardo había perturbado a Flora. Corrió hacia ella y exclamó:

—¡Mi querida!

Con una compostura un tanto forzada, desmentida por lágrimas que no enjugó, Flora lo miró, como sosteniéndole la mirada, con los cándidos ojos verdes, y guardó el pañuelo —grande, poco femenino— en la espaciosa cartera. Esas lágrimas, o la circunstancia de que Flora hubiera guardado el pañuelo sin secarlas —para cobrármelas en todo su valor, se dijo Urbina— lo contrariaron. Su estado de ánimo cambió radicalmente. A un mozo, hasta ese momento casi inadvertido, ordenó con gravedad:

—Un té bien caliente, con masitas.

Pensó: «La vida no es dramática, pero hay personas dramáticas, que debemos evitar. La madre es loca y la hija es rara». Por su parte no fomentaría tales rarezas. No advertiría las lágrimas, ni la tensión con que Flora estaba mirándole. La hablaría de cualquier tema, como si no notara nada. El único signo de que notaba algo —signo que no escaparía a Flora— era negativo: no hablaría de ellos dos ni de su amor. Hubiera requerido un esfuerzo notable, una aptitud histriónica, para hablar de amor en ese momento. Habló de una conferencia sobre Tablada, que él había pronunciado (por los buenos oficios de un amigo, un tal Otero, que arregló todo con la comisión del Ateneo Calabria, para hacerle ganar unos pesos) en el Rosario.

Le trajeron el té. Bebió y comió vorazmente.

—Lo que discutimos de literatura en los tres días y las tres noches que pasé allá —dijo Urbina—. Hasta muy altas horas íbamos de café en café, deambulando como sonámbulos, recitando versos, alegando los áureos nombres de Apollinaire y de Max Jacob. Créeme; a veces me maravillo pensando cómo no me atropelló un tranvía.

Evocaba el año anterior como una remota edad de oro. En esto se parecía a todos los jóvenes.

—¿Eras más feliz entonces que ahora? —preguntó ella y le tomó una mano.

Contestó brevemente:

—No.

Sonrió, la miró y siguió perorando. Flora escuchaba, sin duda arrastrada por el contagioso fervor, un poco hostil, un poco celosa, ante el inesperado descubrimiento de que ella no era la única pasión de Urbina. Éste no advirtió nada, llegó a las confidencias:

—Te dije que escribo un libro. Tanto como un libro, no sé. Escribo *hai-kais*. Una forma de poesía japonesa legislada por Tablada. ¿Quieres que te recite uno? Bueno, ahí va:

*Alamedas de sueño  
voy caminando,  
te veré ¿cuándo?*

Para no darle tiempo a que descubriera que ella era la inspiración del poema, recitó otro:

*Portadora de polen, mariposa,  
en ti fulgura  
la rosa  
futura.*

—Me gusta mucho —dijo sin entusiasmo Flora.

—De acuerdo. Tiene el mérito de ajustarse al severo canon de Tablada. Uno más —insistió Urbina—, uno más. El último. El que prefiero, porque de modo bastante vivido, al menos para mí, canta toda esa inolvidable aventura rosarina.

*Oh noches del Rosario,  
vuestro asfalto oriné  
con fervor literario.*

—¿Te choca? —preguntó el poeta—. Te choca porque la métrica es meramente japonesa. Perdóname.

No hay que ver en la frase anterior una broma de gusto equívoco. Por aquel tiempo, Urbina estaba tan imbuido en la literatura que, para él —y, por cierto, imaginaba que para todo el mundo— nada era más real que un problema literario. Se excusó nuevamente de que el último *hai-kai* fuera

«endebled, muy endebled»; para excusarse, agregó:

—Por lo menos, no me refugio en la ramazón del soneto.

Cuando salieron del *London Grill* propuso con naturalidad:

—Te llevo al Tigre.

—No —contestó la muchacha—. Voy sola, más tarde.

Al oír esto, a Urbina le pareció que caía, o que lo hacían caer; interrumpió su divagación intelectual para considerar la irreductible actitud de Flora. «Quiere mantenerme lejos de la quinta», se dijo. «Hay misterio». Estaba un poco enojado.

Subieron a un taxímetro.

—A Palermo —ordenó—. Demos una vuelta por el bosque.

Junto al cuerpo de Flora olvidó el enojo, volvió a hablar de literatura, ridiculizó a un crítico de *Nosotros*.

—El individuo no entiende de jerarquías —afirmó— y me confunde con los autores de coplas, a los que define como «humildes arbustos de la *broussaille* folklórica, frondosa y pujante en el campo económico».

Volvió a exaltarse, pero creyó advertir en el rostro de Flora una expresión de lejanía y malhumor, que parecía infundirle consistencia de madera. Dijo, con suspiro:

—¡Te quiero mucho!

De acuerdo a la tradición —recorrían, lentamente, en el automóvil, los caminos del bosque— la estrechó contra sí. Flora, mientras tanto, jugaba, como una pelota, con el carterón, que resultaba demasiado voluminoso para el malabarismo. Con la sensibilidad al desnudo, el poeta se preguntó: «¿Estaré aburriéndola? Las mujeres pierden la paciencia cuando hablamos de literatura y, sobre todo, cuando recitamos poemas». Indudablemente había alguna crispación nerviosa en aquel manipuleo del carterón. La besó, resolvió no dejarse abatir y cuando emprendía su famosa comparación entre la métrica del *hai-kai* de Tablada y del *hai-kai* japonés (que luego una revista platense publicaría en *separata*) desvió la frase, a último momento, hacia una declaración de amor, con suspiros, mimos, ponderaciones de lo mucho que sufría por ver a su amada un rato, nada más, por las tardes, etcétera: todo lo cual sirvió de indudable estímulo para el carterón, que voló por los aires. Flora lo recuperó con prontitud, se liberó del abrazo y, antes de que Urbina recapacitara, abrió la portezuela, echó a correr por el bosque. Perplejo, Urbina exclamó: «¿Está loca?», perdió la oportunidad de alcanzarla y se preguntó: «¿Qué pensará de nosotros el *chauffeur*?». Justamente, por el temor de que el *chauffeur* creyera que todo era infame stratagema para no pagar, quedó como clavado en el asiento, mientras Flora huía entre los árboles.

El *chauffeur*, que resultó un criollo de voz apagada y ronca, opinó:

—Yo, si fuera usted, señor, la dejaba, por si la perdía en el monte; pero no se haga ilusiones: mañana, esta noche a más tardar, la encuentra. Eso sí, le garanto que no tiene nada que reprocharse;

yo los miraba, firme, por el espejito y soy testigo de que usted llevó correctamente el asalto.

Tras alguna meditación, Urbina atinó a decir:

—Para mí, está loca.

—Es mujer, que es lo mismo —respondió el *chauffeur*, con indulgencia—. Uno vive con ellas, las toma en serio, las consulta para todo y después se extraña que el mundo ande al revés. ¿Usted no cree, señor, que el hombre más adelantado es el negro de la poligamia, que a la mañana guarda a las mujeres en un cuartito y en vez de irse al trabajo, como usted y yo, sale a cazar tigres en elefante?

—Volvamos al centro —dijo tristemente Urbina; luego precisó—: A Santa Fe y Pueyrredón.

—¿Al *Pedigree* o al *Olmo*? —inquirió el *chauffeur*.

—Al bar *Summus* —replicó Urbina.

—¿Permite que uno de los más antiguos placeres de Buenos Aires le facilite un consejo?

—Todos los que quiera.

—No se extralimite en el trago, señor, que emborracharse por una mujer es lo último. Yo lo acompañaría de todo corazón, porque después del santo día cunde la sed, pero el peón nochero espera en el garaje y ya se sabe que para despóticos no hay como los infelices. Cuando llego tarde, llora que le quito el pan de la boca.

Urbina pensó: «Es capaz de rechazar el importe y ofenderse», pero en el momento de pagar dobló la propina.

—No me equivoqué —aseguró el *chauffeur*—. El señor es de los que fomentan al criollo. Pero, hágame el favor, si no fuera por nosotros, el dinero no circulaba. En tiempo en que el inmigrante se arrastraba, como un miserable, en un Renault de dos cilindros, que era una vulgar alcancía con ruedas, yo quemaba los pesos paseando al pasajero en cada Hispano y Delaunay Belleville que si hoy usted los ve en el museo de La Plata no aguanta la risa.

En el bar *Summus*, Urbina se sentó a la mesa de los amigos, donde conversaban, aquella tarde, Rosaura Topelberg, Pascual Indarte y el malogrado Ramón Otero. Rosaura exclamó:

—Parecés un fauno, Rafael, un fauno de tierra adentro.

—Ya me dijeron otros que tengo aire de provinciano —contestó.

—Qué va a tener —protestó Otero—. No es más que un fauno hecho y derecho. Las mujeres me contaron que las vuelve locas.

—Ellas nos vuelven locos —respondió Urbina—. Son nuestros demonios. Durante el día habría que guardarlas en el cuartito que los indios llaman *zenana*.

—¡Malo! —gritó Rosaura y lo miró con adoración.

El pelo de Rosaura parecía de paja; una paja casi plateada que se oscurecía junto al cráneo. Las pestañas, artificiales, eran muy largas, las uñas de un rojo vivo, también largas y la estatura, escasa;

caminaba erguida, con la cabeza un poco echada hacia atrás y con una mano en la cintura; fumaba interminablemente, con treinta centímetros de boquilla negra. Tenía diploma de profesora de bailes clásicos, trabajaba de vidrierista para una cadena de tiendas y por todo ello se había impuesto como la persona indicada para dibujar la carátula de la revista que el grupo publicaría alguna vez.

Discutieron, como siempre, el proyecto de la revista (cuya particularidad invariable, a través de infinitos diálogos, era la exclusión de los sonetos) y bebieron cerveza.

A las nueve salieron; Indarte y Otero partieron en vehículos que tomaron en la esquina; a Rosaura, Urbina le preguntó:

—¿Quieres caminar un poco?

—Encantada.

—¿Vas al Once? Bueno, te acompaño hasta Corrientes.

Caminaron un tramo en silencio; de pronto, Urbina sentenció:

—La vida no es dramática (la vida no es esto o aquello) pero hay personas que representan, con el argumento de la vida, un drama.

Hubo otro silencio; Urbina lo interrumpió con la observación:

—Es fácil que a uno lo envuelvan. Es fácil enamorarse. Enamorarse, no: obrar como enamorado.

Habló mucho. Con Flora y con Rosaura siempre hablaba mucho. Su papel, tan sentido, de muchacho porteño, incrédulo y taciturno, que parecía dedicado a las mujeres, lo reservaba sin duda para mujeres ideales. Habían dejado atrás Corrientes; llegaban al Once.

—Flora no quiere que yo vaya a su quinta. ¿Qué opinas? ¿Tendrá un amante y temerá que lo descubra? ¿Esconderán algún secreto? ¿Habrá un idiota en la familia?

—Se sabría —observó Rosaura.

—O serán, más bien, prejuicios... ¿Qué opinas? ¿Tendrá vergüenza de mí?

—Bueno fuera —exclamó Rosaura. Se detuvo, asustada. Las palabras delataban su aversión por Flora.

—No temas, Rosaurita —aseguró Urbina—. Averiguaré todo. Si no lo averiguo, una parte de mi vida no tendrá sentido. Lo peor es que Flora, con misterio o sin misterio, ya no me atrae. Hemos llegado. Te dejo. Adiós.

—¿Te vas? —preguntó Rosaura—. ¿Te vas tan pronto?

—¿Pronto? En casa comemos a las nueve y media.

Sin notar el desconsuelo de la muchacha, corrió hacia un taxímetro. Llegó a la mesa cuando servían el postre y, aunque le trajeron todos los platos, apenas comió.

—No es milagro que no tenga hambre —declaró gravemente su padre—. Se pasa la tarde en el bar, bebiendo cerveza.

—Y de vez en cuando —acotó la madre— agrega una taza de café negro y un *sandwich* de miga. ¡Qué mezcla! ¡Qué estómago el de la juventud!

Siempre sus padres lo habían admirado y respetado, pero en cuanto a las comidas (había que alimentarse a hora fija y bien) y al sueño (debía ser largo y reparador) eran rigurosos.

No durmió en toda la noche. En sus cavilaciones, el *chauffeur* criollo y la pobre Rosaura asumieron el carácter de irrefutables demonios. ¿Cómo había comunicado a Rosaura cuestiones que solamente incumbían a Flora y a él? ¿Cómo había permitido que Rosaura opinara sobre tales cuestiones? ¿Cómo había permitido que el *chauffeur*, un malevo de la peor especie, hablara despectivamente de Flora? Mañana mismo buscaría al hombre y le diría lo que pensaba. Pero ¿cómo encontrarlo en la inmensidad de Buenos Aires? La disputa, si tenía la forma de encontrarlo, sería indudablemente espinosa y su tardío enojo, ridículo. Era evidente: de acuerdo a un destino que empezaba a reconocer como suyo, castigaría a la persona más débil, a Rosaura. Y por más que aborreciera a Rosaura y al *chauffeur*, no podía negar que la culpa no les correspondía. Cada cual es responsable de sus demonios, concluyó (anotó la frase en los *Apuntes para un diario íntimo*). La situación tenía una salida: correr al Tigre, implorar el perdón de Flora. Una salida, reflexionó, que desembocaba en una puerta cerrada: Flora no lo dejaría entrar. En realidad, él no debía atormentarse; cometió errores porque la imperdonable conducta de Flora lo perturbó. No había misterio; era inútil buscar a un idiota en la familia, a un amante: sólo encontraría a una muchacha malcriada y, acaso, histérica. El alivio que obtuvo con estos argumentos fue nulo.

Al otro día no estaba menos afligido; este implacable observador de la vida y de sí mismo, este literato, se abandonó al infortunio de la nostalgia y de la espera; pensaba en Flora, pensaba en el teléfono, postergaba un llamado al Tigre, que no se resolvía a intentar, ansiaba un llamado del Tigre, que no ocurría.

Una noche oyó de la cocinera la frase increíble:

—Niño, lo llama su chica.

Se precipitó sobre el teléfono, para oír, sin entender, la voz de Rosaura, que le preguntaba por qué ya no iba al *Summus*. No iba a ninguna parte. No veía a nadie: ni a los amigos ni a la gente mundana. «Sucedió lo inverosímil», se dijo. «Estoy enamorado». Estaba incómodo, inquieto, un poco enfermo, flaco y ojeroso.

Una mañana tuvo ganas de escribir. Murmuró: «Un gallo a Esculapio. Un sacrificio a la musa. Arde todavía el fuego votivo». Buscó un tema. Siguió hablando consigo mismo: «La vi: ya no hubo tranquilidad ni orden. Sólo pude pensar en ella». Abrió el cuaderno y escribió la pieza que un crítico describe en el número de *Inicial* dedicado a Urbina, como el *hai-kai* más desgarrador y que otro compara con un diamante oscuro.

*jardín perdido,*

*arena, viento, nada.*

*Te he conocido.*

Desde ese momento no tardó en reponerse. Trabajó todos los días, durmió bien, comió con hambre, reapareció en el *Summus* y una noche fue al cinematógrafo con Rosaura. El triunfo de Rosaura pudo ser completo; en la manera en que Urbina hablaba y la miraba ¿no había un dejo sentimental? La película —Rosaura debió preverlo cuando leyó en el anuncio los nombres de los actores, Marie Prevost, Harrison Ford y van Peborgn— resultó una comedia, y esto fue su perdición. Con esa mezcla, tan masculina, de afición por los espectáculos pueriles y de insensibilidad, Urbina no sólo *siguió* la película, sino que llegó al extremo de reír estruendosamente. Rosaura, que se ofendía con rapidez, había aprendido, en el trato con Urbina, a dominarse, pero, como todo tiene un límite, esa noche exclamó: «Yo no aguanto», se levantó y se fue. «Hay algo en mí que las exaspera o todas son iguales», pensó Urbina. A la mañana siguiente Rosaura llamó para pedir disculpas.

En una cálida noche de octubre, algún tiempo después, en Barracas, en un restaurante con patios, con parrales, con duraznos, con canchas de bochas, con jardín, Urbina compartió con una muchedumbre heterogénea (entre la que descubriría —lo intuyó desde el principio— a Flora) carne, galleta, y vino tinto en honor de un ilustre visitante de nuestra sociedad, el profesor Antonescu, matemático rumano, impugnador de Einstein, que, negando la velocidad de la luz, había anulado, según las propias palabras del cronista de *Crítica*, el experimento de Michelson y Morley y de paso había demolido «ese ingrato monumento, la teoría de la relatividad».

El restaurante era una casa baja, con tres patios de piso de tierra, a los que daban todos los cuartos; en éstos, el revoque de las paredes estaba, en parte, caído, y el cielo raso era de madera blanqueada con cal. La mesa del banquete, larga y estrecha, se prolongaba, interrumpiéndose en las paredes interiores, desde el salón del frente hasta un sucucho del último patio. Cuando ya le habían asegurado un asiento en los alrededores del matemático rumano, entre Otero y el doctor Sayago, Urbina divisó en el segundo salón, en regiones más frívolas y decorativas, a Flora. El corazón le palpitó violentamente; se preguntó si después de comer hablaría con ella y debió escuchar al rumano que, de un modo laborioso, le comunicaba, en su media lengua, la intención de visitar, en el curso de la semana, a Córdoba, a Tucumán y al Rosario.

—Me apasionan los puertos. El de Rosario ¿tiene sabroso color local?

Otero y Urbina improvisaron respuestas. En tono escéptico, el rumano aseguró:

—En cualquier puerto, idénticos barcos, bares, muelles, marineros.

Otero intervino.

—A propósito —dijo—, en mi libro de relatos, titulado *Fisherton*, rastrearé y encontraré elementos universales en la manifestación más estrechamente localista. No hay que prescindir del mundo y encerrarse en la provincia; abrir la provincia al mundo, es mi fórmula.

—Quien ha visto un puerto —reiteró el matemático, ya enconado—, vio todos los puertos.

Con el pretexto de alcanzar una bandeja de panes al doctor Sayago, que resultó notablemente voraz, Urbina se levantó del asiento y cuando pasó frente a la puerta miró a Flora; tenía ésta un vestido muy blanco y, sobre los hombros, un chal amarillo; la incuestionable placidez de la muchacha, que era como el nimbo natural de la variedad de su hermosura, persuadió a Urbina de que

debía olvidar el episodio del taxímetro y los contradictorios propósitos de excusarse y de interrogar. «Ser», murmuró, «únicamente ser junto a ella: eso basta». Flora le sonreía con dulzura maternal (por motivos más o menos legítimos, a su lado Urbina siempre se había sentido moral y físicamente pueril); él fingió no verla, volvió al asiento, bebió un vaso de vino. ¡Cómo anheló tener el coraje de levantarse de nuevo y correr hacia Flora! Se dijo que el mundo de las mujeres —opresivo, indefinido, psicológico, malsano, prolijo— no convenía a la salud de esa noble planta, la mente del varón, y retomó el debate sobre el color local de los puertos, en cuyo desarrollo alguien —Urbina o Antonescu— mencionó su predilección por afeitarse en peluquería. Ambos manifestaron, inmediatamente, auténtica animación; efusivos, cambiaron pareceres y descubrieron, de modo paulatino, una afinidad en cuanto a peluquerías, navajas, jabones, temperatura del agua, así como otros puntos de igual materia, que los maravilló. Cuando empezó la oratoria debieron callar.

Con el pretexto de huir del tercer discurso —para oírlos, la gente se había agolpado en el salón—, Urbina pasó al otro cuarto, arrimó una silla y se sentó frente a Flora.

—¿Cómo estás? —preguntó sonriendo. En los ojos verdes de su amiga sorprendió una luz extraña; alarmado, asumió el tono de buen ánimo, un tanto ofensivo, con que hablamos a los enfermos, sobre todo a los locos—: Aquí el ambiente es menos estirado —suspiró—. Me encuentro a mi gusto.

Por su parte, Flora sonrió con ese aire embelesado y absorto con que la gente entra, saludando, en una fiesta; para que sólo Urbina la oyera, habló en voz extremadamente baja:

—Te extrañé mucho. No me abandones.

«¿Qué es esto?», pensó Urbina. «De nuevo a la carga, como si nada hubiera ocurrido». No se dejaría envolver.

—Estoy contento —afirmó—. Trabajo mucho.

—Tenemos que hablar.

«¿Tenemos?», repitió, para sí, Urbina. «No creo». Flora insistió:

—Tenemos que hablar. Quiero que vayas a la quinta. Te lo suplico: no me abandones. Si me abandonas (ya sé que es horrible decirlo; te pido perdón) soy capaz de cualquier cosa.

—No digas —murmuró.

Volvió al salón del frente. El matemático, leyendo un papelito, agradecía los discursos; cuando, por fin, acabó, se formaron corrillos. Urbina pensó que estaba harto de mujeres y de extranjeros y se acercó al doctor Sayago. Éste, ocupado en juntar los restos de pan diseminados por la mesa, los comía, con cuidadosa boca de ardilla, y hablaba del teatro.

—El teatro no existe —declaraba—. Alguna escena de Shakespeare, las comedias de Shaw: nada más.

—¿Y Aristófanes? ¿Y Plauto? —inquirió Otero.

—La gente guarda todo —replicó Sayago—. ¡Pasión más fuerte que el amor es el archivo! El

teatro, como la oratoria y el periodismo, no aguantan el embate del tiempo. Los autores no escriben para la eternidad, ni para la relectura, ni para la lectura siquiera; buscan efecto inmediato.

Qué asco la pedantería, se dijo Urbina y suspiró por Flora. Pensando: «Ojalá que se le haya pasado el mal momento», se asomó al otro cuarto: el lugar de Flora estaba vacío. Resolvió no perder la serenidad. En un instante recorrió la casa. No vio a Flora. La buscaría con método, a lo largo de las mesas y de los corredores, por los patios, por la enramada, por el parral. Los amigos lo retenían. González, el hijo del vate de *Caras y Caretas*, prometió ayudarlo en la busca.

—A condición —declaró— de que primero nos endulcemos con estos dos copones de anís.

Mostraba, en cada mano, una enorme copa, de las que se emplean para *cognac*; sin saber por qué, Urbina aceptó la que le ofrecían y bebió, de un trago, el contenido; éste, efectivamente, era anís, del más dulce. La gente se había agolpado en la enramada; con voz urbana y suave, cantaba un guitarrero decrepito:

*El señor don Antonesco*

*Es gaucho, aunque de otros pagos,*

*Vida, no traigas halagos,*

*Cuando me vas a dejar.*

—En estos versos —apuntó el hijo del vate— la orilla y la pampa se estrechan su mano única.

—Busquemos a Flora —dijo Urbina, procurando no perder la calma.

La buscaron entre la gente allí reunida; la buscaron por la interminable sucesión de comedores; la buscaron por el jardín del último patio, donde sobresaltaron a una pareja que se amaba en un banco. «Por falta de imaginación atribuyo todo a la historia», reflexionó Urbina. «En un momento las cosas ocurren, las personas toman resoluciones».

—Te presento a Adelia Scarlatti —dijo González—. Elemento joven del grupo Cosmorama.

Era una joven muy flaca, con cara desmesurada, empolvada y carnosa. Urbina le preguntó por Flora.

—Esa está media —contestó la mujer, tocándose con un dedo la frente—. Yo me dije: la voy a estudiar, y no le saqué los ojos de encima. Le resumo la trayectoria: primero habló sola, después maniobró con el bolso, después largó el llanto, después se fue corriendo.

Perorando para otro grupo, el doctor Sayago decía en voz en cuello:

—Un cambio repentino y continuo de situaciones muy teatrales: he ahí lo fundamental.

Sin despedirse de nadie Urbina salió del restaurante; caminó unos quinientos metros por calles desconocidas y en una avenida ancha y desolada tomó un taxímetro, que lo llevó a la estación del Retiro; de allí, en el primer tren, partió para el Tigre. En algún momento, el coraje le flaqueó. Inmiscuirse en vidas ajenas nunca había dado buen resultado. Luego reflexionó: «Si hay una posibilidad de que Flora cometa un desatino, debo impedirlo». ¿Cómo estaba tan seguro de que Flora

hubiera vuelto a la quinta? Pensó que la muchacha no se arrojaría al río, porque sin duda sabía nadar, ni a las vías del tren, porque era demasiado atroz. Estas conjeturas lo apesadumbraron. En el trayecto entre la estación del Tigre y *La retama* corrió y, cuando ya no pudo correr, caminó velozmente. Diríase que la luz de la luna envolvía la quinta en un vapor de plata. Encontrar la puerta cerrada, llamar y que no le abrieran, fue una situación que previo con inquietud, pero al encontrar la puerta abierta se estremeció, como si hubiera visto la confirmación de sus temores.

Entró en la casa. Aunque sólo había estado allí una vez, resueltamente se aventuró por la oscuridad de los salones, hasta que una pared, que parecía interminable, lo contuvo. La palpaba con ansiedad cuando creyó reconocer, en un apagado clamor, la voz de Flora; encontró una puerta y siguió avanzando; entonces oyó algo que lo aterró: «Están aplastando una rata», se dijo; la verdad es que oyó unos chillidos como de rata en el paroxismo de la furia. Logró sobreponerse y llegó por fin al hall de la escalera. Como en su primera visita, la luz venía de arriba. Subió.

La escena continuó, por una inolvidable fracción de minuto, como si no hubiera testigos. Los actores estaban absolutamente entregados a la situación. Ustedes recordarán aquel cuarto enorme, con las puertas y los armarios grises y, en un extremo, el alto sillón de paja, el silloncito, la mesa de madera, y en el extremo opuesto, el espejo monumental, rodeado de cortinados violetas. Contra el espejo, como en un escenario, con el vestido blanco, con el chal amarillo, que movía como alas fantásticas, Flora, sola, de pie, con los brazos en alto, exclamaba:

—¡Por favor, basta de melodrama!

En ese instante se interrumpió la escena. Un objeto, que estaba casi al ras del suelo, cayó. Urbina vio que era el cetro de dos puntas, que él ya conocía. Del preciso lugar donde cayó el cetro, un animalito oscuro y veloz huyó por debajo de los cortinados violetas, paralelamente al zócalo, en dirección a una puerta entreabierta. Como quien sueña, Urbina pensó: «La rata que chillaba». Todo cuanto ocurrió luego parece el argumento de un sueño o de una pesadilla.

—¡Rafael! —gritó Flora, en tono que podía ser de alivio o de contrariedad—. ¡Rafael!

Lenta, pesadamente, se adelantaron, se encontraron y quedó cada uno en brazos del otro; después, abrazados, caminaron, como arrastrándose, hasta el sillón de paja, donde Flora, obedeciendo a una indicación de Urbina, se sentó.

—¡Por fin has venido! —exclamó ella, suspirando.

Urbina se arrodilló a su lado, le besó una mano, que tomó entre las suyas.

—Tengo que explicarte todo —anunció Flora—. Por más que me cueste. Todo, todo. Aunque es inútil, porque ya lo sabes. Lo has adivinado.

Urbina se preguntó qué habría adivinado. También se preguntó qué expresión debía adoptar para que Flora, sin entrever su ignorancia, continuara con la explicación. La miró en silencio, gravemente.

—Hay que cerrar ahí —dijo Flora, ya con mejor ánimo, señalando la puerta entreabierta—. Es capaz de escuchar.

Urbina cerró la puerta y, cuando iba a arrodillarse de nuevo, se sentó en el silloncito. Mientras ejecutaba este acto de trivial egoísmo, pensaba generosamente. Estaba resuelto a ser comprensivo. Quería a Flora. Si hubiera sospechado un secreto inicuo se hubiera alejado, para no saberlo. Se quedaba, porque Flora no podía ocultar nada innoble. ¿No la conocía acaso? ¿No conocía su bondad, su delicadeza, su rectitud? Y, fuera cual fuera la revelación, replicar implacablemente ¿no supondría una traición cobarde?

—Es capaz de cualquier cosa. Es malísimo —comentó Flora, sonriendo—. Yo le he dicho cómo te quiero. Tiene que resignarse. Lo comprende, lo acepta, porque es muy inteligente. De pronto no puede con el genio y se rebela. Yo sé que no debo permitirle desplantes, pero me da lástima. ¡Hay que ver cómo sufre!

—Es horrible que alguien sufra por causa de uno —dijo Urbina.

No sabía él mismo si hablaba con hipocresía o con sinceridad.

—Tienes razón. Eres muy bueno. Pero hay que defenderse. Con Rudolf hay que defenderse. Come lo que le das en la mano y después se come la mano y el brazo.

Se llama Rudolf, pensó Urbina. Y ¿por qué le dan de comer en la mano, como si fuera un pájaro? Dijo en voz alta:

—Si es tan malo, hay que defenderse.

—No es tan malo. A lo mejor es bueno. En su lugar ¿cómo seríamos nosotros? No lo sé.

—Yo tampoco —admitió Urbina.

—¿Lo oíste? ¡Cómo gritaba! Yo le digo que chillaba como una rata, cuando se enoja. ¡Tiene una voz tan graciosa! Voy a llevarle el cetro. Si empuña el cetro, le mejora el humor. Es mezquino en algunas cosas, pequeño.

Al decir todo esto, Flora no condenaba; comentaba con simpatía, con risueña dulzura. Se levantó, recogió el cetro, se fue del cuarto. Cuando volvió, dijo:

—Quiere verte. Quiere excusarse.

Sin decir nada, Urbina caminó hacia ella. Flora lo detuvo.

—¿Sabes cómo es?

—Creo que sí —contestó Urbina.

Entraron en un cuarto donde no había nadie. Flora dijo:

—¿Esperas un minuto, mientras le aviso que vas a verlo? Este es el cuarto de vestir de Rudolf.

Aquello era una sala de trofeos. En una pared se entrecruzaban un remo, un mauser y una descomunal escopeta. En otra colgaban las prominentes cabezas de un jabalí, de un búfalo, de un rinoceronte, de un ciervo y de una cebra. Había también raquetas de *tennis* y patines, pistolas de duelo, sables, espadas y aun flechas, arcos, escudos y lanzas de aspecto rudimentario, desaseado y

feroz. Copas de plata se alineaban sobre la chimenea y, en una vitrina, relumbraba un complicado cinturón que parecía uno de aquellos aparatos eléctricos o radioactivos, de propiedad vigorizante, que años atrás abundaban en el comercio, pero que más probablemente sería el emblema de un triunfo atlético. Sobre un escritorio había una piedra negra, recuerdo de alguna excursión por las montañas. Urbina se acercó a una suerte de reclinatorio colonial, convertido en espejo de cuerpo entero, con repisas a los lados. Las repisas ostentaban fotografías de mujeres con ese aire de prostitutas ingenuas, que tienen las actrices de los primeros tiempos del cinematógrafo y las cantantes de ópera. Los insinuantes rostros estaban cruzados por líneas manuscritas, testimonios de amor en muchos idiomas. Annie fechaba su recuerdo en Viena, Olivia, en Bournemouth, Antonietta, en Ostia, Ivette, en Niza, Rosario, en San Sebastián, Catherine, en París y otras tantas, en Berlín, en Leipzig, en Baden Baden. El período, para todas, era 1890-1899.

Superaban a éstas en cantidad y en variedad las fotografías de un caballero; con severos marcos de plata, con laboriosas inscripciones en letras góticas, historiaban una vida: el niño (ya se insinuaba el rostro furioso y despectivo) en Baden Baden, junto a vagas figuras de otra época; el estudiante (en el rostro, más furioso, casi asqueado, aparecía la primera cicatriz), posando con la típica gorrita, el sable en alto, en la cervecería *Türinger Hoff*, y patinando triunfalmente en la Rosplatz, de Leipzig; el joven *dandy* castigando el caballo en la carrera de *gentlemen riders*, en Dresden, y en un bosque, cantando con la sociedad coral de geólogos y antropólogos (sin duda, esta última era una fotografía de conjunto, pero acaso por el ángulo en que fue tomada o por la arrolladora personalidad del sujeto, parecía una fotografía del joven de la cara furiosa y despectiva, rodeado de un grupo de borrosas comparsas); el viajero, que miraba gallardamente, con una segunda cicatriz en el rostro, desde la cubierta de un buque, junto a un salvavidas, con la inscripción: *Clara Woermann-Woermann Line*; el don Juan, sonriendo altaneramente, mientras sujetaba por la cintura a una muchacha, un tanto raquítica, que luchaba por desasirse y reía; el cazador en Africa, pisando a un búfalo derribado...

Tan absorto estaba Urbina en la contemplación de las fotografías que sólo oyó a Flora cuando la tuvo al lado; entonces, como si lo hubieran sorprendido en una acción vituperable, se irguió bruscamente. Flora le dijo:

—Esas fotografías de juventud son el orgullo del pobre Rudolf. Yo, por él, no las miro. ¡Cambié tanto que es otra persona! —Después de una pausa, agregó—: ¿Quieres pasar?

Urbina pasó al dormitorio de Rudolf. Es verdad que la habitación estaba en tinieblas —desde lo alto de un bargueño, un ánfora de hierro, transformada en lámpara, cubierta por una pantalla de vidrio azul, irradiaba una luz muy pobre—, pero no es menos cierto que Urbina creyó en el primer momento, que tampoco allí había nadie. De una pared colgaba un cuadro, un retrato al óleo, con ancho marco dorado. Los muebles no eran numerosos, pero quizá por el tamaño, o por la importancia, parecían excesivos para el cuarto. Además del bargueño, había un ropero con espejos al frente y con un águila de madera tallada, arriba, dos sillas góticas, alemanas, una cama con dosel y columnas, una mesa de luz. Cubría la cama una pesada piel oscura, con pelos gruesos y relucientes. Por fin, entre el pelaje negro, lo divisó.

Cuando lo vio, Urbina sintió una conmoción bastante fuerte (pero no más fuerte que si hubiera

encontrado sobre la cama una rata). Rudolf era un hombrecito muy pequeño; de verdad, pequeño: de un palmo de estatura; vale decir, que las dimensiones de las momias reducidas, de los jíbaros, eran aproximadamente, las suyas. En cuanto al aspecto de la piel, del pelo y de los ojos había notable diferencia con las momias. En éstas la piel es reseca, negruzca —según creo—, como calcinada, el pelo opaco y los ojos muertos. Los ojos de Rudolf parecían despedir un fuego de orgullo, el pelo estaba rapado y la piel tenía la tonalidad, un poco brillante, de cuero crudo sobado por el uso de los años. Urbina dijo que Rudolf le recordaba (a pesar del ridículo trajecito con que andaba vestido) el cabo de un rebenque viejo, un cabo de rebenque con cara de fauno; en efecto, en el dibujo de los ojos, de la nariz, de la boca, creyó entrever una expresión faunesca, nada divina, desde luego, sino rudimentaria y terrestre. Amarillos, feroces, los dientes relucían entre labios de un color rojo vivo. Las cicatrices que registraban las fotografías del cuarto de vestir, le marcaban con dos ángulos las mejillas. Rudolf estaba sentado, en actitud casi majestuosa, entre los pelos de la manta; con la mano derecha sostenía el cetro. Por pudor, Urbina no lo miraba directamente, sino a través del espejo del ropero. De pronto notó que el hombrecito dejaba caer el cetro y le extendía los brazos, pidiendo algo. Sin necesidad de más explicaciones, como si el ademán fuera natural, Urbina le estiró con algún temor el dedo índice. El hombrecito lo tomó entre sus manos y prorrumpió en chillidos como los que oyó cuando entró en la casa; después de una o dos repeticiones, Urbina entendió:

—*Sans rancune* —decía Rudolf, en un francés pueril y cargado.

Estuvieron un rato en silencio. Urbina quería hablar, decir cualquier cosa, pero no sabía qué; seguía mirando a Rudolf a través del espejo, temía que el dedo se le acalabrara, se preguntaba hasta cuándo iban a estar así. Muy pronto le llegó la respuesta, en forma de furioso mordisco en el dedo.

—*¡Tableau!* —gritó Rudolf; lanzó una carcajada, brincó por encima de los pelos de la manta, se echó boca abajo, sollozó.

Urbina sintió un vivísimo dolor en la herida; como era aprensivo, temió que los dientes de Rudolf, notablemente amarillos, no estuvieran limpios; por suerte el mordisco le lastimó la yema, de modo que sangró bastante.

—Es lo más malo que hay —comentó Flora—. ¿Te duele mucho?

—No —contestó sin convicción Urbina—. Si tuvieras agua oxigenada, me pondría un poco, para parar la sangre y desinfectar...

Mientras le aplicaba un algodón con agua oxigenada, Flora decía a Urbina, para que oyera Rudolf:

—La ventaja de un acto así es que te da libertad. ¿Qué obligación puedes tener con un señor odioso, que te acomete como una bestia?

—Perdóname —suplicó Rudolf.

—Perdónalo —dijo Urbina.

—Es inútil —aseguró Flora—. No puede con el genio. Tiene todos los inconvenientes

imaginables y en vez de tratar de que se los perdonen, no, el señor, como si fuera Apolo o Júpiter, se desahoga con desplantes ridículos...

—No digas esas cosas —pidió Urbina.

—No van a tener más quejas —afirmó Rudolf—. Me voy a portar bien.

El español de Rudolf era tan cargado como su francés.

—No te alarmes —dijo Flora, dirigiéndose a Urbina—. No puede con el genio. Dentro de dos o tres días cometerá alguna barbaridad que justificará que lo abandonemos, que nos vayamos a otra parte, a vivir tranquilos.

—No, no —chilló Rudolf—. Eso, no. Juro que me portaré bien, que no podrán irse nunca. Tráeme la piedra negra.

Desdeñosamente, Flora contestó:

—Muy bien. Rafael va a conocer la famosa pantomima de la piedra negra. Él jura, todos juramos y un minuto después vuelve a las andadas.

Flora trajo la piedra que había en el otro cuarto y la dejó sobre la cama. Urbina pensó que había alguna contradicción entre este acto de obediencia y las palabras de la muchacha, tan duras con Rudolf. La mano derecha de Flora se posó abierta sobre la piedra; el hombrecito colocó su mano encima, y Urbina la suya arriba de todas. El hombrecito dijo:

—Cada uno jura ser leal con los otros dos. Que el castigo, para el perjurio, sea negro como esta piedra.

No permitió retirar las manos hasta que todos dijeron «juro».

—Es como un chico —explicó Flora—. Flay que hacer lo que quiere, si no al señor le da la pataleta.

El retrato al óleo —ahora Urbina lo examinó con alguna detención— representaba al caballero de la mirada altanera y de las cicatrices. El artista, que firmaba H. J., había compuesto un fondo convencional, con una anomalía que desconcertaba; sobre el pico de una montaña, pintada de modo realista, volaba un águila desembozadamente alegórica: el águila imperial alemana.

Urbina comprendió con lucidez que el descubrimiento del hombrecito era probablemente el episodio más extraordinario de su vida, pero como la fisiología no entiende razones y el día había sido largo y cansador, muy pronto se encontró desinteresado de todo esto, aun de Flora, ocupado solamente con el íntimo peso que le cerraba los párpados: el sueño. Como en el loco, en el hombre que se duerme en público hay astucia. Urbina procuraba disimular el sueño y soñaba con excusas que le permitirían retirarse inmediatamente. Como algo lejano, inalcanzable y querido, como la patria para el exiliado, recordaba la cama. Al otro día habría tiempo de reflexionar, de saber qué pensaba de Flora y del hombrecito. Éste habló:

—Rafael tiene sueño —dijo.

—Sí —reconoció Urbina.

Un poco de espíritu, el indispensable para quedarse un rato, con los ojos abiertos, y luego se iría, quizá para no volver, llevando una impresión de realidad de este descubrimiento horrible, casi mágico o sobrenatural. Reflexionó: «Hay que golpear sobre caliente, no sólo en las escaramuzas de amor; en todo. Pero soy un cerdo; un cerdo entregado a los sentidos». Anunció:

—Me voy a casa. Es tarde.

Flora lo miró con alarma, y dijo a Rudolf:

—Voy a acompañar a Rafael hasta la puerta.

—Voy con ustedes —gritó Rudolf, incorporándose en la cama y extendiendo los brazos, como un bebé, para que lo levantaran—. Ahora somos inseparables. Ja, ja.

—Me esperas aquí —replicó severamente Flora—. Yo sola voy a acompañar a Rafael.

Rudolf recogió el cetro, volvió a sentarse entre el pelaje de la manta y, dando la espalda a sus interlocutores, declaró:

—Me quedo.

Flora y Urbina salieron del dormitorio.

—Estoy impresionada —dijo Flora, poniendo una mano en el brazo de Urbina (éste, rápidamente, miró hacia la puerta del dormitorio)—. Con mi abominable secreto te causé una pena muy grande. ¡Nunca vi ojos tan tristes!

Confundía sueño con tristeza.

—Mi intuición de mujer —agregó— me dice que te vas para siempre.

—De ningún modo —respondió Urbina.

Quería dar plena seguridad para que lo dejaran partir. Insensible a su prisa, Flora le habló de Rudolf.

—No temas —empezó diciendo—. Lo que me oíste es totalmente cierto. Él no puede con el genio. Mañana o pasado comete una maldad y nosotros nos vamos. No te preocupes por el juramento. Él lo va a romper primero. No estamos atados para toda la vida. Le hemos perdonado el mordisco. Ya habrá otra ocasión. Desde luego, cuando pienso en lo que el pobre pasó, no puedo menos que admirarlo. Yo, en su lugar, me suicido. Él no claudica. Arrebatos que en otra persona serían odiosos, como el mordisco de tu dedo, en Rudolf tienen algo de francamente admirables. Hay que reconocer eso.

—Lo reconozco —dijo Urbina, acariciándose el dedo—. Pero en realidad ¿qué le ocurrió? ¿Quién es Rudolf? Por cierto, no es el señor de las fotografías del cuarto de vestir.

—Claro que es. Las fotografías fueron tomadas antes del viaje al Africa.

—¿Cuándo estuvo en Africa?

—Alrededor de 1900. Me aseguraron que Alemania desarrolló, por aquel entonces, lo que Rudolf denomina sed de colonias. Él, de puro aventurero, se enroló en el servicio secreto. Lo mandaron al África en ese barco tan lindo de la *Woermann Line*: todos los barcos de la compañía tenían nombre de mujer. Hay quien dijo después que hubiera sido más disimulado viajar en un barco inglés de la *P. and O.* Rudolf contesta que él no discute con gente desprovista de orgullo patriótico. Lo mandaron a Uganda, que estaba en poder de los ingleses. Allí conoció a sir Harry Johnston, un hombrecito de estatura por debajo de lo normal, de lo más enérgico y movedido, que recorrió el Africa pintando cuadros mediocres y conquistando territorios para Inglaterra. Rudolf, sin apartarse de su línea de espionaje con orgullo, urdió un plan maquiavélico y embaucó totalmente al pobre sir Harry, que lo llevó de compañero en la expedición. Descubrieron la jirafa de cinco cuernos y sir Harry volvió sin novedad, quizá por su famoso tacto con los negros, pero Rudolf quedó en un pueblo de pigmeos, que sin consultar lo redujeron como has visto.

—Y tú ¿cómo lo conociste? —preguntó Urbina.

—Rudolf pasó un tiempo bastante duro entre los pigmeos. Aunque hayan logrado ciertos resultados que la medicina europea envidia, no te creas que es gente muy refinada. Para reducir en esa forma a Rudolf, le aplicaron un tratamiento que era una mezcla de crueldad, de supersticiones absurdas y de profilaxis francamente objetable. Yo le digo que es indestructible y que por eso ha sobrevivido. Cuando otros exploradores, años después, exhibieron en Inglaterra a seis pigmeos, la gente no aguantaba la risa. Imagina lo que ha de ser caer en manos de los médicos y brujos pigmeos. Por fin, Mary Thornicroft, que había acompañado a su marido en una expedición por los bosques de Uganda, lo rescató. El pobre se levantaba de una para caer en otra. Mi madre y yo lo conocimos en casa de Mary, en Grasmere. En el viaje de vuelta, casi perdemos la cabeza con el cúmulo de baúles. A todo lo que nosotras habíamos comprado, hubo que agregar los trofeos de caza, las armas, las fotografías, hasta los muebles de Rudolf; pero no me arrepiento; hoy veo en todo eso una expresión de su carácter, lleno de defectos, sin duda, pero muy encantador. Aunque estaba seguro de que le hubieran dado la Cruz de Hierro, Rudolf no quiso nunca volver a Alemania, no encontrar a la gente que antes había conocido. Por increíble que te parezca, le da vergüenza que lo vean así. Tal vez porque lo conocieron cuando era una persona normal... ¡Vaya uno a saber! En todo caso, Rudolf no es cobarde. Sufrió mucho, pero no se queja. Lo que le ha pasado es una lección, dice, que él va a recordar siempre.

La lección inolvidable (pensó Urbina) estaba escrita, para quien pudiera leerla, en la elevada inocencia de Flora, que no veía nada cómico en el tamaño de Rudolf. En verdad ¿qué podía haber de cómico en que un hombre tuviera unos centímetros, o un metro, que para el caso es lo mismo, de más o de menos? En tales circunstancias la comicidad era de la categoría más burda, era la comicidad física, que movía a risa al patán cuando alguien caía en la calle o cuando pasaba un rengo. Pensó también Urbina que él nunca llegaría a la altura moral de Flora y que era propio de naturalezas inferiores lograr sus propósitos por medio de ardides y que debía encontrar la manera de irse, cuanto antes, a su casa.

—Me voy —dijo—. Rudolf debe estar sufriendo. Vuélvete con él.

—Eres muy bueno —contestó Flora.

Se despidieron con un beso en la mejilla.

En el tren que lo llevaba a Buenos Aires, Urbina anheló estar de vuelta en su casa, como en un refugio, a salvo de la cruel intemperie del mundo, donde hay secretos, y enanos horribles, que lo odian a uno, y mujeres nobles, que lo persiguen; anheló ver a sus padres —los imaginaba muy lejos— y dormirse entre las sábanas frías de su cama. Se mezclaban, en la divagación, a las imágenes de su casa las de la quinta y, quizá porque estaba cansado, se veía a sí mismo, como en un sueño, hablando y gesticulando con un énfasis casi dramático. Exclamaba:

«¡Qué rival tengo!», sonreía, movía la cabeza. «Pero, a mi modo, soy de tan poca confianza como el tal Rudolf. Me dan la espalda y ya estoy riéndome de los sentimientos de Flora. Lo que salva al amor —reconozcamos que todo amor es un poco ciego, bastante ridículo, demasiado antihigiénico e íntimo— es la pureza de los sentimientos. ¿Hay alguien más puro y más delicado que Flora?». En seguida reflexionó que tal vez fuera ridículo tener un rival así, pero que era ventajoso. Bastaba que ahí estuvieran los dos, el tiempo traería comparaciones y, aunque Rudolf se portara como un niño modelo, había pocas dudas sobre quién finalmente triunfaría. Con cinismo, también con el instintivo temor de los hombres de cargar con una mujer, de pronto se preguntó: «¿Vale la pena ganar este premio?». Luego, con menos cinismo, con más filosofía, se preguntó si en absoluto valdría la pena ganar. Estaba razonablemente seguro del triunfo.

Llegó a la casa a las seis de la mañana. Sus padres lo esperaban.

—Nos tenías con cuidado. ¡Qué hora de volver! —dijo la madre—. ¡Cómo vas a estar mañana!

—Ya es mañana —afirmó el padre.

—Te habrás pasado la noche con esa vandalla —dijo la madre.

—¿Con quién? —preguntó Urbina, auténticamente sorprendido.

No creía que hablaran de Flora; pensaba que no la conocían y que de ningún modo la vinculaban a él. La madre lo desengaña:

—Con la Flora Larquier —precisó—. ¿Imaginas que no sabemos? Todo el mundo lo sabe.

—Todo el mundo sabe ¿qué?

—Todo el mundo sabe que es una loca —dijo el padre—. Quiere ponerte en ridículo.

Lo que más le indignó fue la debilidad lógica de la imputación. Muy enojado contestó:

—¿Cómo? ¿Me ve para ponerme en ridículo? ¿Por qué es loca Flora Larquier? ¿Se puede saber?

—Es un ingenuo —contestó el padre.

—¿Por qué? —insistió Urbina.

—Porque no sabes lo que todo el mundo sabe —explicó la madre—. Tu Flora vive con un hombre que tiene escondido en la quinta. Un mucamo o un pinche de cocina.

—¡Qué disparate!

—Él sabe más que nadie. Es un ingenuo —insistió el padre—: La Flora esa lo tiene completamente engañado. Se habrá enterado de la herencia del tío Joaquín.

—No soy ingenuo —protestó Urbina—. Flora no me engaña. Yo mismo no me acuerdo de la herencia, Flora la ignora, y el mucamo no existe.

La madre interrogó.

—¿Cómo no existe? ¿Me vas a decir que en tamaño caserón no hay un mucamo? La peor avaricia.

—Lo tiene engañado —dijo de nuevo el padre.

—No me tiene engañado —aseguró Urbina—. Me ha dado una prueba de confianza que muy pocas mujeres se atreverían a dar.

—Reconoce que hay un secreto —dijo el padre.

—¿Un secreto? —repitió la madre—. El mucamo ese.

—No es un mucamo. Es un hombrecito de este tamaño —respondió Urbina, mostrando la mano derecha con los dedos bien abiertos.

—¿Estás loco? —le preguntó el padre—. Por favor abre los ojos, abre los ojos. ¿Te ha hecho creer eso?

—No me ha hecho creer nada —contestó Urbina—. Hoy lo he visto. Se llama Rudolf. Me mordió el dedo. Aquí están las marcas de los dientes.

—¿Te pusiste agua oxigenada? —preguntó la madre.

—¡Es una degenerada! —gritó el padre y meció la cabeza con las manos. ¡Es un asco!

—Bonito rival —exclamó la madre—. ¿Dices que es del tamaño de un dedo?

—Esto es demasiado atroz —gimió el padre—. Nuestro hijo, que se recibió tan joven, en el que habíamos puesto las esperanzas. ¡Cómo se va a reír la gente! ¿Estaremos soñando?

Grises, desgredados, con batones, nunca vio tan viejos a sus padres. Urbina partió de la casa, con la sospecha de que el padre lloraba. Estaba seguro de que ambos quedaban abrazados, en el centro del cuarto.

Cuando salió a la calle le pareció que la mañana se había oscurecido. Miró el cielo bajo, las casas grises, las persianas cerradas, los tachos de basura alineados frente a las puertas. Pensó que había maltratado a sus padres; con la pena, el cansancio aumentó prodigiosamente. Llamaría a Rosaura para que le permitiera dormir un rato en su casa. Rosaura le permitiría eso y mucho más; pero él no podría hoy tolerar su mirada tierna. «Si apelo a Rosaura», reflexionó, «cometo una indelicadeza con Flora». Recordó que Otero le había dicho que madrugaba para estudiar. Iría a su casa. En seguida pensó que Otero le había mentado y que él tendría que explicarle por qué lo despertaba a esas horas. Creyó que su amigo encontraría cómica la situación y comentaría

burlonamente la «talla» del rival, los gustos de Flora, etc. Se enojó mucho. Desengañado de la familia, asqueado de la amistad, se encaminó al Retiro, diciéndose que su mundo era el de Flora y el hombrecito, proponiéndose, porque el honor existe, respetar el juramento pronunciado sobre la piedra negra. En el primer tren partió para el Tigre.

En la puerta de la quinta, mientras aguardaba que le abrieran, se preguntó con inquietud: «¿Seré bienvenido?».

Luego pensó: «No importa. A esta altura de las cosas, no importa. El verdadero problema será evitar las conversaciones y echarse pronto a dormir».

Flora abrió la puerta. Envuelta en un batón celeste, con la rubia cabellera un poco desordenada, tenía en la cara y en el cuello una luz de oro; a Urbina le pareció extremadamente hermosa.

—¿Tú aquí? —preguntó Flora.

—Me disgusté con mis padres.

—Espero que no hayas dicho nada.

—No —se apresuró a mentir Urbina—. Se enojaron por la hora.

—Tienen razón. Es tardísimo. No sé qué me pasa, pero me muero de sueño. Tengo que dormir un rato. Después me cuentas todo.

En el inmenso hall de arriba encontraron a Rudolf, que se paseaba majestuosamente por el suelo, empuñando el cetro, como un rey diminuto. En su porte había algo salvaje y feroz.

—Aquí estoy —dijo Urbina, como quien se excusa.

—Me alegro —contestó Rudolf.

Flora, abriendo una puerta, dijo a Urbina:

—Por hoy te pongo aquí. ¿Quieres alguna manta?

—Gracias. No hace falta.

Entró en un cuarto gris, amueblado solamente con un diván rosado. Se echó en el diván. Lo último que vio fue esos colores, el gris y el rosa, y quedó profundamente dormido. Tuvo pesadillas: sus padres lloraban, estaban muy lejos, él no volvería a verlos; por fin con una felicidad incontenible, en un sueño encontró a su padre. Este le dijo, en un tono autoritario, que Urbina no le conocía:

—Abre los ojos, abre los ojos.

En cuanto abrió los ojos sintió el dolor atroz, el objeto increíblemente punzante, la sensación de frío y calor. Aterrado, pidió auxilio.

Oyó la voz de Flora, que decía desconsoladamente:

—Le clavó el cetro en los ojos.

Todo luego fue confusión. Flora trajo un médico de San Isidro, amigo de la familia, que aseguró

que no había peligro de que las heridas se infectaran.

—Todavía no me acostumbro a no ver —explicó Urbina—. Me siento vulnerable. Te confieso que tengo miedo de Rudolf.

—Lo encerré en el cuarto de mamá.

—¿No podrá escapar?

—No creo.

Flora casi no se apartó de su lado, pero como resolvieran irse a Europa, tuvo que dejarlo ocasionalmente, para preparar el viaje. Cuando quedaba solo, temía un ataque de Rudolf y, más aún, que Flora no volviera. El peligro del ataque fue, por fin, conjurado: en las últimas salidas, Flora encerró a Rudolf en el carterón y lo llevó consigo. Este recurso, como Flora lo había comprobado en aquel paseo por el bosque de Palermo y tantas otras veces, tenía inconvenientes: durante los inevitables enojos de Rudolf, el carterón, por más que ella lo sujetara con ambas manos, temblaba, se convulsionaba, llegaba a dar pequeños brincos. Otero trajo de la casa de Urbina los documentos para viajar y el libro de cheques. Los padres llamaron por teléfono a la quinta; les dijeron que él había partido al Rosario, a dar una conferencia en el Ateneo; Urbina quería evitar que se enteraran de que había perdido la vista. Les comunicaría la desgracia desde Europa, después de prepararlos con cartas que anunciarían una enfermedad en los ojos y la intención de consultar a un médico en Barcelona. En esta mentira había parte de verdad, porque Flora parecía creer que ese médico podría sanarlo; el de San Isidro no dio esperanzas.

Por fin se embarcaron. Llenaba el barco una muchedumbre clamorosa y brusca. Urbina trataba de parecer tranquilo; en verdad temía soltarse de Flora y quedar solo entre la gente. La orquesta de abordó acometió una marcha. Alguien los empujó, los apartó brutalmente. Tuvo un instantáneo pavor; le pareció que el pecho se le rompía de angustia. El barco navegaba. Con el tiempo, Urbina pudo reprimir el pavor, habituarse a la soledad. Flora lo había dejado para volver a su hombrecito.

El primer domingo de navegación, Urbina se dejó conducir hasta uno de los salones del barco, donde oficiaban misa. El sermón trató de aquel versículo de San Pablo que dice: *¿Tú quién eres que juzgas al siervo ajeno? Para su señor está en pie o cae.*

# DE LOS DOS LADOS

La niña se llamaba Carlota; la niñera, Celia; tomadas de la mano, estaban reunidas en una fotografía en el álbum de la estancia *El Portón*. Celia llevaba suelta la cabellera —le caía hasta la mitad de la espalda—, vestía un largo chaleco de lana, con gruesas rayas blancas y negras, con bolsillos bajos, y una falda que se diría formada de capas superpuestas y acariciaba con la mano izquierda un gato negro, manchado de blanco en el pescuezo. Carlota sujetaba con la mano derecha un arco. Tal vez porque estaba arrodillada junto a la figura anterior, un tanto estatuaria, parecía muy pequeña y delgada.

Atentas a los dibujos trazados en el mantel de la mesa del té por la luz del poniente, que llegaba a la ventana a través del estremecido follaje de un olmo, esas mismas personas, en la misma estancia, en el cuarto conocido por la sala de armas, ahora conversaban. Antes de seguir adelante, diré dos palabras acerca de aquella sala y de la casa que la contenía. A lo largo de los años la casa había crecido por agregación de cuartos, levantados por varias generaciones de albañiles y de peones albañiles. Necesidades reales o imaginarias activaban, cada tanto tiempo, el proceso, que no siguió plan alguno: el resultado fue una obra tan extensa como caótica. La sala de armas se había originado en un sueño de esplendor de los que eventualmente aquejan a los estancieros (he conocido a quien se jacta de poseer el tanque australiano más grande de la provincia —vacío, porque no hay cómo juntar tanta agua—, a quien ha colocado letreros con nombres de avenidas del *Bois de Boulogne* a las alamedas del caso, a quien —el más triste— se pasea, con su mujer, cuando quiere acompañarlo, o si no solo, por los caminos circulares que van y vienen de la estancia al galpón, cruzando por la huerta y por el tambo, en la calesa que adquirió en una casa de remates). Aunque no era probable que alguna vez encontrara a alguien para intentar una carambola o para cruzar un florete, el dueño de *El Portón* juzgó que en su casa no debía faltar la sala de billares ni la sala de armas; la primera no se había edificado todavía; la última era amplia, famosa por las goteras, con una chimenea escondida bajo una campana enorme (una casa dentro de la casa, para Carlota), que bajaba del techo hasta metro y medio del piso, blanca, con listones de madera oscura, con dos antiguos fusiles de chispa y una pistola de caño largo, también de chispa, que conservaba aún la piedra en la parte del gatillo, colgados en su frente. Esa campana no resultaba excesiva, porque el fuego, ni bien encendido, volcaba furiosamente el humo sobre la habitación, que ya mostraba buena parte de las paredes y del techo de color tostado. El dueño de casa atribuía la culpa de todo a la humedad de la leña. De otra pared colgaba una panoplia revestida de terciopelo rojo, apolillado, con mohosos floretes y caretas. Había también en el cuarto una mesa, en la que tomaban el té y en la que Carlota estudiaba sus lecciones, cuatro o cinco sillas, un diván, con descolorido forro verde, una monumental cuna dorada, de madera esculpida, quizá manuelina, comprada, en otro sueño de grandeza, para Carlota, que no llegó a usarla, por superstición de los padres (de Alonso Cano podría haber un cuadro con un niño dormido en una cuna así, junto al emblema de la muerte), un piano vertical, un ropero gris, que guardaba, entre la fragancia grata de pelotas de *tennis*, una red y cuatro raquetas (dos con cuerdas blancas y rojas, dos con blancas y verdes).

Carlota preguntó:

—¿Por qué le pusiste Jim al gato Moño?

Celia contestó:

—Porque Jim es un hombre como un gato.

Luego Celia comparó al gato con el perro.

—Le das de comer —dijo— y tu perro te paga con la famosa fidelidad. Lo que pasa con el perro es que no sabe vivir libre: depende del amo. Yo lo encuentro tan bajo como a esas mujeres que se cuelgan de los hombres. En cambio el gato es una persona extraordinaria. Entre tú y yo: el gato no se casa con nadie. No nació para esclavo. Cuando nos necesita o cuando tiene ganas de estar con nosotros, llega como una sombra. Como una sombra desaparece cuando se aburre. Lo mismo que Jim conmigo. Jim también es una persona extraordinaria.

Carlota no compartía la opinión de Celia contra los perros y estaba segura de que había argumentos para rebatirla, pero no protestó, porque se quedó meditando sobre los argumentos en favor de los gatos: le parecían atendibles.

Carlota era una niña alta para su edad, pálida, grave, con pelo castaño, anudado atrás, con una cinta celeste o rosada, con ojos de color azul plumizo, pensativos y grandes, con nariz chata (mal terminada, según la expresión de su padre), con boca picuda (según otra expresión de su padre). Celia era una muchacha de veintitrés o veinticuatro años, hija de ingleses, rubia, con ojos celestes, con pecas. A primera vista, alguna saludable vulgaridad acentuaba su belleza, pero quienes la conocieron mejor afirman que de tarde en tarde la delicada efusión de una pena le asomaba a los ojos y que la aparente vulgaridad encubría el coraje de un alma que no se dejaba doblegar. Se abstraía con facilidad y, últimamente, cuando se abstraía, silbaba unas notas de la balada de Fauré.

—¿Lo ves? —exclamó Celia, jubilosamente—. ¿Lo ves? Ahí está de nuevo Jim, ahí está Jim.

Señaló los dibujos de la luz en el mantel. En ese momento entró Teo, la cocinera, y anunció:

—*Miss*, tiene el agua caliente para su baño.

—Voy a bañarme y vuelvo en seguida —dijo Celia; agregó en un tono que pretendía ser imperioso—: Mientras tanto, aprende la historia de Elías. No quiero que te muevas de este cuarto.

Cuando Celia y la cocinera se fueron, Carlota bajó de la silla, salió por otra puerta, cruzó el antiguo escritorio de su abuelo, cruzó la habitación en que su madre había muerto, el cuarto de huéspedes, el comedor, con las tablas del piso flojas, el antecomedor y, por una escalera endeble, pintada de rojo, llegó al altillo de la despensa: desde allí, por la rotura de un vidrio de una luneta con vidrios azules, espío y escuchó, como era su costumbre, a las personas que hablaban alrededor de la mesa de la cocina (la cocinera, la muchacha que lavaba y planchaba, la mucama, el casero). Carlota no ignoraba que estaba cometiendo un acto reprobable, pero ignoraba por qué era reprobable; en cambio podía apreciar sus ventajas: por ese medio sabía más que nadie sobre cada una de las personas de la estancia y había aprendido que aun la gente que nos quiere tiene mala opinión de nosotros. Observando las pláticas de los criados, descubrió que todo el mundo trataba a los presentes con irritación y a los ausentes con desprecio. Sin asombro Carlota advirtió que en la cocina, esa noche, hablaban de ella y de su padre.

La cocinera protestaba:

—¿Pobre? No diga usted que la Carlota es pobre.

—Y bastante, porque perdió —vaya tomándole el peso— a su madre, que hay una sola y que era una buena mujer —respondió el casero.

—Por mala comparación —insistió la cocinera— pobre soy yo, pobres son estas chicas, pobre es toda la gente pobre que tiene que trabajar.

Un roce en una pierna sobresaltó a Carlota: era el gato Moño, que había llegado silenciosamente.

El casero replicó:

—No me llore pobreza, doña Teo, que usted le presta al Banco del Azul. ¿Me va a negar que a la Carlota le sobra la mala suerte, que tenía a la Pilar, que la entendía, porque mire usted que la niña es rarita, y se fue a España?

—Yo conocí a una nena —dijo la mucama— que se murió como pichón que no quiere comer, es una comparación, cuando los patrones echaron a la niñera, que era amiga mía. Los patrones tuvieron que tragarse el orgullo y pedirle que volviese, pero la muchacha, es claro, no volvió, porque era muy recta.

—¿Y qué tiene de malo la *miss*? —preguntó la cocinera—. Sepan por descontado que si no fuera una buena chica, no soy yo quien le prepara el agua para el baño, como si fuera una señora, ¿qué se ha creído, que porque es extranjera va a venir a mandarnos?

—¿Y dónde me deja el genio del padre? —interrogó el hombre—. La pobre niña parece tonta con el miedo.

—La pobre niña —repitió, con ironía, la cocinera— cuenta con el padre más serio y más tacaño del mundo, amasando el oro que le dejará, porque nunca oí de nadie que se lo llevó.

Carlota creía recordar que antes, mucho antes, su padre la visitaba y que hasta en alguna ocasión llegó a jugar con ella. El juego consistía en pescar, con cañas que traían en la punta del hilo imanes, a modo de anzuelo, peces de cartón, con un anillo metálico. Su padre no tardó en arrojar la caña y los peces y en salir del cuarto golpeando puertas. No faltaban anécdotas sobre el carácter de su padre; Carlota recordaba la del viaje en el *Almanzora*: a un oficial que se había equivocado en los tantos de un partido de *deck tennis* lo arrancaron de los brazos de su padre cuando éste se disponía a dejarlo caer en el océano. Carlota siempre lo había conocido como un hombre respetado y solitario, que sólo perdía totalmente el dominio de su pésimo carácter en los días previos a una visita de la señora. Cuando Carlota lo veía así, pensaba «no tardará» y, en efecto, al poco tiempo ataban el alazán en la volanta y su padre partía a la estación. Carlota espiaba de lejos: la señora no era joven. De día solía andar con guantes de paño amarillo y sombreros de ala ancha; de noche bajaba al comedor con vestidos de terciopelo granate o negro, con escotes que descubrían una espalda empolvada, carnosa e interminable. La señora era alta, le llevaba a su padre por lo menos diez centímetros. Carlota no podía creer a Celia, cuando ésta decía: «Pobre hombre, con esa mujer colgada». Celia soltaba la risa y agregaba con seriedad: «Graba en tu mente mis palabras. El día menos pensado le aplica un

puntapié en la espalda». La verdad es que su padre trataba a la señora con tanta consideración que parecía sin sangre cuando estaba con ella. La mañana en que la llevaba a tomar el tren, volvía con la cara encendida, con brillo en los ojos, haciendo sonar la lengua y agitando el látigo en lo alto del *faetón*, para animar al alazán. Carlota no temía a su padre. Aun sospechaba que él estaba más incómodo con ella, que ella con él. ¿No lo sorprendió una vez mirándola por la puerta de vidrios del jardín de invierno, con la cara demudada?

De su madre, Carlota recordaba muy poco; de Pilar, sí. Pilar era la primera niñera que había tenido. Cuanto habían hecho juntas —paseos *vis á vis* por el campo, el hallazgo de unos huevos de tero (pero desde que alguien comparó la cara de Celia con un huevo de tero, éstos se habían convertido en el símbolo de Celia), tempranos desayunos, con blancas tajadas de galleta y bizcochos en forma de animales, mientras una luz deslumbrante penetraba por la ventanita de la alcoba— cuanto habían hecho juntas quedaba en una época feliz y lejana. La partida de Pilar le había enseñado que todo se acaba y que las personas de pronto parten, sin que uno sepa muy bien por qué; pero ella no era desdichada, porque ahora la tenía a Celia. Nadie, antes que Celia, la había tratado como persona grande.

Mientras tanto Celia, sumergido el cuerpo en el agua caliente, recordaba y meditaba. ¡Qué loco era Jim! La imagen de Jim que primero acudía a su imaginación era la más lejana en el tiempo, la del día en que se conocieron. Carlota y ella habían caminado, como tantas veces, por la calle de entrada. Estaban al principio del otoño y las hojas empezaban a cambiar de color. El límite del paseo era el portón de hierro que daba el nombre a la estancia: con los dos leones rampantes, con las orgullosas iniciales de bronce entrelazadas bajo una corona, era un objeto considerable, no desprovisto de hermosura, pero melancólico (pensaba Celia), como todas las cosas viejas. Los abuelos de Carlota lo habían comprado en un castillo de Louvencienne, en los alrededores de París, y tenía una historia triste: los leones y los hierros no pudieron contener, en una noche de la Revolución francesa, a las turbas desbordadas, que penetraron en el parque, incendiaron el castillo y degollaron a los moradores. «Parece el portón de un sueño», se dijo Celia y se estremeció. Jim caminaba, silbando alegremente la balada de Fauré, por la carretera de Las Flores. ¡El hijo segundo de una buena familia inglesa, viajando sin sombrero, con el saco de *tweed* con remiendos en los codos, con los raídos pantalones de franela, con una valijita de fibra en la mano, como un vagabundo de los caminos! En cuanto la vio, interrumpió el silbido, abrió el portón y le preguntó si no habría trabajo en la estancia para un ayudante de mayordomo. Celia le dijo:

—Hable con el patrón; pero le prevengo que tiene mal genio.

—Eso no importa —respondió Jim, y retomando el silbido se alejó rápidamente hacia la estancia.

Debieron arreglarse, porque esa misma noche la visitó. Ella dormía en el cuarto de Carlota. La cama de Carlota estaba en una alcoba, en la que había una ventanita cuadrada, con persiana corrediza; por esa ventana entraba a veces el gato y a veces la luz de la luna, que se reflejaba en el espejo del ropero de cedro oscuro, colocado entre las camas. En lo alto del ropero, en la parte central, había unas pequeñas figuras de madera: un caballero, en un caballo encabritado,

acometiendo con la lanza un dragón. Ella creía que el caballero era San Jorge, pero Jim le señaló que llevaba el pelo largo, porque era Santa Marta, matando a la Tarasca, y le dijo que esa alegoría probaba la victoria del alma sobre el cuerpo. El miedo de despertar a la niña y la risa que les causaba ese miedo se combinaban voluptuosamente; de pronto Jim la tomó por las muñecas y le dijo:

—Éste es el amor puro. Sin cavilación, sin traición, sin mentira.

Durante la primera semana vivió un poco atormentada, porque nunca logró arrancarle una promesa, ni siquiera sobre cuándo la visitaría de nuevo. De noche luchaba contra el sueño y, en cuanto se dormía, la despertaba Jim, que la miraba mientras le acariciaba el pelo, o el gato, que había entrado por la ventanita de la alcoba, o la campana del reloj, que señalaba el término de una noche vacía. En una ocasión no pudo contenerse y le preguntó:

—¿No hay nada serio para ti, en esta vida, Jim?

—Sí, la otra —contestó, mirándola de frente.

Jim un día le dijo: «Esta vida no es más que un pasaje». Se deslizaba por ella tan levemente que nada terrestre lo alcanzaba; pero no podía evitar que su encanto alcanzara a los otros. Sin duda porque las conversaciones graves lo contrariaban, pasó un mes antes de hablarle de religión.

—Debemos evitar que muera el alma —explicó.

—¿Cómo sabes que hay otra vida? —preguntó ella, que nunca había dudado.

—Por los sueños.

—Temo que la otra vida no me guste —dijo Celia—. Los sueños son horribles.

—La otra vida no es horrible; los sueños sí, mientras no aprendemos a orientarnos en la eternidad. Un rato, cada noche, a ciegas, no basta. Hay que practicar ¿cómo diré? el sonambulismo del alma.

Jim obtuvo que ella lo ayudara a practicarlo (Jim obtenía de ella cualquier cosa). No en seguida, porque al principio estaba aterrada; pero noche a noche, a través del amor, la llevó de la mano, insensiblemente, firmemente. Jim se echaba en la cama, cara al techo, y se dormía; se dormía con notable facilidad; entonces era ella la que lo sujetaba de la mano, o, mejor dicho, de la muñeca, atenta al pulso, atenta al espejo, cuando había luna, o al menor susurro de la brisa. Este género de sonambulismo consistía en salir por un rato el alma del cuerpo, y luego volver. Según explicaba Jim, había que adiestrar el cuerpo abandonado —un animal excesivamente torpe— a no morir cuando el alma salía.

¿Cómo sabré que tu alma está afuera? —preguntó.

Jim le dijo que la incidencia de un alma, que estaba fuera del cuerpo, sobre el mundo material, era tenue. Si de pronto Celia creía oír, mezclada al ruido del viento, una melodía de la Balada de Fauré, silbada imperfectamente, era él, que le enviaba la señal. O si no la señal podría ser un estremecimiento de la luz de la luna, que reflejaba el espejo; o cambio momentáneo en la sombra de unas hojas, sobre cualquier superficie.

Pero no descuides el pulso —agregó—. En cuanto afloje, me llamas. Si se detiene estando yo afuera, no podré volver.

Oh, en ese tiempo cómo deseaba que volviera. Siempre lo despertaba con besos. Progresivamente Jim se demoraba más, y llegó el día en que le dijo:

—Por fin me acostumbré al otro mundo. Ahora estoy seguro de que mi alma no morirá con el cuerpo.

Esa noche ella debió sujetarle la muñeca hasta que se detuvo el pulso.

—Ya está —dijo entonces, con voz trémula.

Le contestaron. Hubo un alegre parpadeo en la claridad del espejo. Después, nada; la soledad y el desconsuelo. Qué duro fue, al principio, continuar la vida. Jim, con sus apariciones, la alentaba. Pero ya se sabe cómo era Jim: no se manifestaba cuando ella quería, sino cuando él quería. Podría reprocharle el poco trabajo que se tomaba para tenerla contenta; pero no, prefería aguardar, prefería aguardar el momento en que lo alcanzara, sólo que entonces estaría feliz y no pensaría en reproches. No recordaba cómo se formó en ella la resolución de llegar hasta Jim por el camino que él le había indicado. ¡Cuánto más coraje que los hombres tenían las mujeres! Jim contó con ella, desde el primer experimento hasta el último; pero a ella, ¿con quién la dejó Jim? Con nadie. Una noche en que miraba el resplandor de la luna en el espejo y escuchaba el murmullo de los árboles, más allá de la ventanita de la alcoba, donde dormía plácidamente Carlota, entendió, en una revelación paulatina, la hondura de su soledad. Había dejado partir a Jim y ahora se encontraba con que no había puentes para seguirlo. Tal vez Jim previo la situación —era lúcido, no se aturdiría como ella— y levantándose de hombros pensó: Una atadura menos. Tal actitud, aparentemente cruel, encuadraba en el carácter de ese hombre extraordinario. Celia creía saber que desde el otro mundo, sonriendo burlonamente, no sin compasión, con alegre indiferencia, Jim la miraba debatirse en la angustia. ¡Pobre Jim! ¡Qué seguro estaba! ¡Qué poco sabía del tesón de una mujer como ella! Pero ¿quién se atrevería a asomar a una niña sobre el más allá? Como con el espejo de la fábula, después de mirarlo, todo cambiaba. Cualquiera, no solamente Carlota, podría volverse loca. Uno por uno consideró a los moradores de la estancia; no podían ayudarla. Su mano, al buscar el candelero en la mesa de luz, lo derribó. El ruido despertó a Carlota.

—¿Qué hay? —preguntó la niña.

—El gato Jim volteó el candelero —mintió ella.

—¿No duermes?

—No.

—¿En qué piensas?

—En Jim.

—¿En el gato?

—No, en el hombre.

Se levantó, fue a sentarse en el borde de la otra cama y explicó a Carlota:

—A cada persona le corresponde en la vida... —Cuando iba a pronunciar las palabras «un gran amor», quién sabe por qué temió que la niña las encontrara ridículas, y las cambió por una expresión absurda, que se le ocurrió en el momento; dijo: —una aventura de oro.

Carlota era perspicaz; preguntó:

—¿Jim era tu aventura de oro?

—Sí —contestó ella— pero se fue al otro mundo, cruzando un sueño. Desde allá me manda señales.

Describió las señales. Carlota la escuchaba atentamente y miraba fascinada la claridad del espejo.

De pronto Celia se encontró diciendo:

—Si me ayudas, me reuniré con él.

Sabía que Carlota no podía negarse, porque ella también estaba enamorada de Jim.

—¿Cómo es el otro mundo? —preguntó Carlota.

—Maravilloso —contestó Celia.

—¿Después yo podré irme con ustedes?

Celia prometió todo. Explicó la parte de cada una en el experimento, se echó en la cama, colocó su muñeca entre los dedos de Carlota, cerró los ojos. Aquella primera noche sólo consiguió desvelarse; pasaron muchas antes de que Celia saliera del cuerpo y franquease el otro mundo, pero cuando lo hizo, volvió aterrada.

—¿Es peor que ir de noche hasta el portón? —preguntó Carlota.

—Mucho peor —contestó gravemente Celia—. Cuando estás a punto de llegar, te encuentras de nuevo en la mitad del camino.

—¿Lo viste a Jim?

Celia contestó con brevedad:

—No.

Perseveró, noche a noche, sin dejar que los fracasos ni el miedo la vencieran. Mientras Carlota le cuidaba el pulso, ella se aventuraba en la eternidad, por donde vagaba extraviada, como por un sueño angustioso, buscando a Jim, que la eludía, por burla.

Todavía estaba Celia recostada en el agua caliente de su baño, cuando se dijo que por fin había llegado la ocasión esperada, que las últimas veces no se encontró tan perdida en el otro mundo y que no postergaría más su partida en busca de Jim. Salió del baño, cantando se fregó con la toalla, se vistió y en la mesa, durante la comida, conversó alegremente con Carlota; creo que, por excepción, bebió un vaso de vino. Después, en el dormitorio, pidió a Carlota que le sujetara la muñeca hasta que

cesara el pulso. Con los ojos cerrados, quizá dormida, prometió:

—Allá te esperaré.

Muy pronto partió en busca de su amigo. A los pocos minutos, Carlota murmuró:

—Ya está.

Carlota miró el espejo del ropero. Cuando advirtió un parpadeo en el reflejo de la luna, caminó resueltamente hasta la alcoba y, arrodillada en la cama, cerró la persiana. Como si recitara, con una voz que se volvía, a cada palabra, más soñolienta, dijo:

—¡Pobre Celia! La espera va a ser larga. Tengo mucho que hacer: despachar a la señora y arreglarme con mi padre y la aventura de oro y dormir esta noche. —Después de una pausa, agregó —: Yo los quería mucho a los dos, pero no me gusta el otro mundo (no te enojés); aquí estoy contenta.

Súbitamente el cuarto quedó en un silencio al que la respiración de la niña dormida comunicaba un ritmo apacible.

# **LAS VISPERAS DE FAUSTO**

Esa noche de junio de 1540, en la cámara de la torre, el doctor Fausto recorría los anaqueles de su numerosa biblioteca. Se detenía aquí y allá; tomaba un volumen, lo hojeaba nerviosamente, volvía a dejarlo. Por fin escogió los *Memorabilia* de Jenofonte. Colocó el libro en el atril y se dispuso a leer. Miró hacia la ventana. Algo se había estremecido afuera. Fausto dijo en voz baja: Un golpe de viento en el bosque. Se levantó, apartó bruscamente la cortina. Vio la noche, que los árboles agrandaban.

Debajo de la mesa dormía Señor. La inocente respiración del perro afirmaba, tranquila y persuasiva como un amanecer, la realidad del mundo. Fausto pensó en el infierno.

Veinticuatro años antes, a cambio de un invencible poder mágico, había vendido su alma al Diablo. Los años habían corrido con celeridad. El plazo expiraba a media noche. No eran, todavía, las once.

Fausto oyó unos pasos en la escalera; después, tres golpes en la puerta. Preguntó: «¿Quién llama?». «Yo», contestó una voz que el monosílabo no descubría, «yo». El doctor la había reconocido, pero sintió alguna irritación y repitió la pregunta. En tono de asombro y de reproche contestó su criado: «Yo, Wagner». Fausto abrió la puerta.

El criado entró con la bandeja, la copa de vino del Rin y las tajadas de pan y comentó con aprobación risueña lo adicto que era su amo a ese refrigerio. Mientras Wagner explicaba, como tantas veces, que el lugar era muy solitario y que esas breves pláticas lo ayudaban a pasar la noche, Fausto pensó en la complaciente costumbre, que endulza y apresura la vida, tomó unos sorbos de vino, comió unos bocados de pan y, por un instante, se creyó seguro. Reflexionó: Si no me alejo de Wagner y del perro no hay peligro.

Resolvió confiar a Wagner sus terrores. Luego recapacitó: Quién sabe los comentarios que haría. Era una persona supersticiosa (creía en la magia), con una plebeya afición por lo macabro, por lo truculento y por lo sentimental. El instinto le permitía ser vivido; la necedad, atroz. Fausto juzgó que no debía exponerse a nada que pudiera turbar su ánimo o su inteligencia.

El reloj dio las once y media. Fausto pensó: No podrán defenderme. Nada me salvará. Después hubo como un cambio de tono en su pensamiento; Fausto levantó la mirada y continuó: Más vale estar solo cuando llegue Mefistófeles. Sin testigos, me defenderé mejor. Además, el incidente podía causar en la imaginación de Wagner (y acaso también en la indefensa irracionalidad del perro) una impresión demasiado espantosa.

—Ya es tarde, Wagner. Vete a dormir.

Cuando el criado iba a llamar a Señor, Fausto lo detuvo y, con mucha ternura, despertó a su perro. Wagner recogió en la bandeja el plato del pan y la copa y se acercó a la puerta. El perro miró a su amo con ojos en que parecía arder, como una débil y oscura llama, todo el amor, toda la esperanza y toda la tristeza del mundo.

Fausto hizo un ademán en dirección de Wagner, y el criado y el perro salieron. Cerró la puerta y miró a su alrededor. Vio la habitación, la mesa de trabajo, los íntimos volúmenes. Se dijo que no

estaba tan solo. El reloj dio las doce menos cuarto. Con alguna vivacidad, Fausto se acercó a la ventana y entreabrió la cortina. En el camino a Finsterwalde vacilaba, remota, la luz de un coche.

¡Huir en ese coche!, murmuró Fausto y le pareció que agonizaba de esperanza. Alejarse, he ahí lo imposible. No había corcel bastante rápido ni camino bastante largo. Entonces, como si en vez de la noche encontrara el día en la ventana, concibió una huida hacia el pasado; refugiarse en el año 1440; o más atrás aún: postergar por doscientos años la ineluctable medianoche. Se imaginó al pasado como a una tenebrosa región desconocida; *pero*, se preguntó, *si antes no estuve allí ¿cómo puedo llegar ahora?* ¿Cómo podía él introducir en el pasado un hecho nuevo? Vagamente recordó un verso de Agatón, citado por Aristóteles: Ni el mismo Zeus puede alterar lo que ya ocurrió. Si nada podía modificar el pasado, esa infinita llanura que se prolongaba del otro lado de su nacimiento era inalcanzable para él. Quedaba, todavía, una escapatoria: Volver a nacer, llegar de nuevo a la hora terrible en que vendió el alma a Mefistófeles, venderla otra vez y cuando llegara, por fin, a esta noche, correrse una vez más al día del nacimiento.

Miró el reloj. Faltaba poco para la medianoche. Quién sabe desde cuándo, se dijo, representaba su vida de soberbia, de perdición y de terrores; quién sabe desde cuándo engañaba a Mefistófeles. ¿Lo engañaba? ¿Esa interminable repetición de vidas ciegas no era su infierno?

Fausto se sintió muy viejo y muy cansado. Su última reflexión fue, sin embargo, de fidelidad hacia la vida; pensó que en ella, no en la muerte, se deslizaba, como un agua oculta, el descanso. Con valerosa indiferencia postergó hasta el último instante la resolución de huir o de quedar. La campana del reloj sonó...

# HOMENAJE A FRANCISCO ALMEYRA<sup>[1]</sup>

## I

Una muchacha alada, con una estatuita de la Victoria en la mano, o con un ramillete de flores, o con una flor de loto, o con una granada entreabierta y casi madura; un ancla, el arco iris, el color verde, son antiguas alegorías de la esperanza; pero a mí me parece que nada la representa mejor que un joven poeta. No pienso en Chatterton, que resplandece y cae como un ángel quemado, ni en Novalis, ni en Keats, ni en Shelley, ni en Espronceda, destinos en los que siempre palpitará la juventud, la muerte y la poesía; pienso en todos los jóvenes, gloriosamente oscuros, que trémulos y reverentes componen versos; como la esperanza, ellos no requieren para el fervor la confirmación del resultado y, también como la esperanza, muchas veces no cumplen lo que prometen.

Entre los jóvenes poetas argentinos de la primera mitad del siglo anterior, encuentro que Francisco Almeyra encarna mejor que nadie ese patético símbolo. Dejaré a los historiadores de la literatura la piadosa tarea de comentar sus poemas, sus fragmentarias traducciones de Virgilio y su tragedia de intención clásica; me limitaré a recordar lo que podría designarse como el período climatérico de su vida. Este relato comienza, pues, en la ciudad de Montevideo, en una mañana de primavera de 1839.

Pero antes de iniciarlo habrá que referir algunas circunstancias biográficas. A los hechos de sus mayores debió Almeyra la peligrosa distinción de ser públicamente señalado como unitario; a los hechos de sus mayores o a las persecuciones que éstos padecieron; de modo que emigró por razón de familia, más que por actuación propia. Su fuga a la otra banda (el tradicional cruce del río, ese momento romántico de la carrera de honores de los porteños) ocurrió en 1834. En Montevideo lo recibieron unas tías suyas, de la rama oriental de los Almeyra, que está emparentada con los Rasedo. Vivían las señoras en una casa de la calle de San Miguel (hoy Piedras), que tal vez exista aún: baja, de tres patios; el último, famoso por los rosales blancos que el poeta expoliaba para sus ofrendas de las tardes a la menor de las señoritas Medina, la Lelia de las *Odas*. La llegada del joven sobrino había conmovido a esa casa de mujeres. Desaparecieron las fundas, que se demoraban de verano a verano, y en la sala, rodeando el lujo de damascos amarillos, de nuevo resplandeció oscuramente la caoba de los muebles importados de Hamburgo. De secretos yacimientos casi olvidados, afloraron bandejas de plata, porcelanas francesas, manteles con puntilla y viejos licores: tesoros acumulados a lo largo de los años por una antigua familia, que si bien no era rica, siempre había vivido con frugal desahogo. Diríase que hubo más flores en los floreros y que las señoritas parecieron menos pálidas, casi jóvenes. La vida alcanzó a los fondos de la casa y la cocina prodigó manjares con intenciones de celebrar algún «precioso verso dedicado al 25 de mayo, que apareció en el Álbum del Nacional», de sorprenderlo (con un arroz con leche «preparado por mis propias manos», según proclamaría una de las señoritas), o, meramente, de alimentarlo y de mimarlo.

Cuando él dijo que buscaría trabajo para pagar su parte de los gastos de la casa, las señoritas fingieron que hablaban en broma; era evidente que jamás le admitirían retribución alguna; pero

Almeyra probó que hablaba en serio: encontró trabajo, poco trabajo y poco sueldo: el primero, como convenía a un hombre dado al ocio, a la versificación y a la tertulia de amigos; el segundo, suficiente para no tener que recibir dinero de sus protectoras y poder obsequiarlas, de vez en cuando con algún regalo. Llevaba, pues, los libros a los señores Casamayou, unos franceses de Navarrenx, establecidos con negocio de ferretería en la calle de Santiago, a corta distancia de las orillas del Plata. Todas las semanas, el joven poeta pasaba por la ferretería, recogía los comprobantes de las ventas y de los gastos y en su casa llevaba la contabilidad con un retardo que raramente excedía los dos meses.

Almeyra era delgado, de estructura delicada y de estatura mediana; tenía los cabellos castaños, muy finos; la frente despejada, los ojos oscuros, la nariz recta y una boca en que ambiguamente se discernía dureza o resolución. Las amplias y elegantes solapas de la levita ocultaban alguna estrechez de hombros. En cuanto a sus manos, una señora, en cierto famoso *epistolario* publicado en estos últimos años, las recordaba como «el hermoso y apropiado símbolo de la depurada sensibilidad, de su noble inteligencia y de su generoso corazón».

Aquella mañana una de las morenitas le dejó sobre la cama la bandeja del desayuno y abrió los postigos, para que el día entrara en el cuarto. Almeyra miró los majestuosos libros *Diario* y *Mayor*; vaciló brevemente y, como era habitual, los postergó; tomó de la mesa de luz unas desordenadas cuartillas y dos ejemplares de la *Eneida*: uno, con el original latino, y otro, de encuadernación más fatigada, con la nueva versión francesa de Hyacinthe Gastón. Buscó en ambos volúmenes ciertos versos del libro segundo y, mientras mateaba, tradujo:

*Entonces vi las caras pavorosas*

*De ¿os contrarios dioses...*

Se preguntó si cuando publicara la traducción de la *Eneida* —la había emprendido para continuar, con intrepidez y con veneración, la tarea iniciada por el llorado Juan Cruz Varela, para empuñar la antorcha donde su amigo y su maestro la había dejado— estaría satisfecho de la labor y podría desear que lo juzgaran por ella. Reflexionó: De todos modos, a los escritores nos juzgan anacrónicamente. Él siempre quedaría como el autor del *Yugurta*. ¿Cuándo lo había compuesto? ¿Cuándo lo había concebido? Hacía tanto tiempo, que ya era otro. Él creía en su vocación de poeta por lo que iba a escribir, no por lo que llevaba escrito. La única obra es la futura, pensó; todo lo demás son equivocaciones de las que nos enmendaremos.

Volvió su atención a los versos que estaba traduciendo. El epíteto *contrarios* le agradaba; hubiera querido aplicar la palabra *magna*, del original, a las caras; daban miedo esas enormes caras; las imaginaba de bronce, o mejor aún, de yeso; pero *magna* debía aplicarse a los dioses y, por otra parte, al conjunto de esas enormes caras inevitablemente los lectores hubieran recordado a una hermosa amiga de todos ellos. Sacrificando *contrarios*, continuó:

*Entonces vi las caras pavorosas*

*De los mayores dioses enemigos,*

*Entonces vi entre llamas ominosas*

*Hundirse a toda Ilión. Fuimos testigos*

*De la muerte de Troya. Como un roble...*

Si tenía suerte, por fin rescataría una mañana para las musas. Si tenía mucha suerte, y la voluntad no desfallecía, traduciría veinte versos y luego pensaría en su tragedia. Todas las mañanas ocurría lo mismo: diríase que despertaba para la creación poética, pero muy pronto las circunstancias cotidianas consumían el alado impulso. Resueltamente se levantó de la cama, procedió a enérgicas abluciones y, aprovechando lo que quedaba del agua que le llevaron para el mate, empezó a afeitarse.

Tras un portazo, con un relumbrón azul de la capa de paño bearnés, y bermejo de la barba ancha y redonda, irrumpió en el cuarto Joaquín Videla, cuya amistad con Almeyra se había iniciado en las aulas del colegio de San Carlos y se había afirmado en las ansiedades de la emigración. La gente decía que Videla parecía inglés. No el espigado inglés que primero imaginamos; otro, no menos típico: bajo, robusto, enérgico, un caballero rural, nutrido de carne, o acaso un marino, como sugería el óvalo espeso de la barba. Almeyra, que propendía a creer que todas las virtudes procedían de la lectura y de la ejercitación del intelecto, se maravillaba a veces de que su amigo, ante los acontecimientos políticos, reaccionara siempre acertadamente, se maravillaba de encontrar siempre en la buena causa a una persona para quien los libros eran apenas reales: un incómodo recuerdo de colegio o el lánguido entretenimiento de un raro día de enfermedad. En cuanto a la amistad que los unía, ninguno de los dos, a pesar de ser tan distintos, la cuestionaba: era un criatura espontánea y natural, que pedía muy poco para vivir.

Videla anunció:

—Traigo una gran novedad.

—¿Una gran novedad? —interrogó Almeyra.

—Una gran novedad —repitió Videla—. La revolución del Sur ha estallado.

—Todos los días ha estallado —comentó melancólicamente Almeyra—. Todos los días hay una gran novedad.

—Tú siempre miras las cosas por el prisma de tu descreimiento —protestó el amigo—. La novedad de hoy es verdadera.

Almeyra afirmó:

—Todos los días es verdadera, pero nunca pasa nada. El país entero lleva luto por doña Encarnación y Rosas está más fuerte que nunca.

—Ahora está pasando algo. Ese joven Bello vino de Buenos Aires. Godoy, en persona, lo vio en la botica de Cantilo.

Almeyra pensó que él no creía en la novedad que su amigo le comunicaba. ¿Por qué no creía? Por prudencia, por pusilanimidad tal vez, por temor de recaer en ese juego de ilusionarse y desilusionarse que era la angustiada ocupación en que todos ellos vivían; y por fatalismo, o por superstición, y también por imaginar que mañana sería igual que ayer: suposición que la experiencia

de toda la historia refutaba.

Videla dio pormenores:

—Granada se plegó por fin al movimiento y sin ser sentido avanza con los indios desde Tapalqué.

Ahora, por cortesía, para no parecer obstinado, Almeyra simulaba creer. ¿Costaba mucho pasar de la simulación al sentimiento? Almeyra comprendió que ya estaba interesado en las noticias: eran como un fuego en que se templaba el alma. Costaba menos creer que resistirse. Pensó que cada conversación era un mundo aparte, con sus leyes propias: en este caso la ley era creer que el Sur se había levantado contra el tirano. Mientras la conversación durara, él creería en el derrumbe de Rosas, condescendería a vagos planes para esa vislumbrada aurora de la libertad en Buenos Aires y aun imaginaría circunstancias de su propio regreso. Cuando Videla hubiera partido, recuperaría la razonable incredulidad.

—¿Qué me dices —preguntó con cierto calor— si la semana que viene tú y yo andamos bala a bala con los rosines?

Poco tiempo después Videla se fue. Mirando las domésticas paredes de su cuarto, con el cuadro anónimo del copioso árbol a cuya sombra descansaba, echada, una vaca de color café con leche, el estante de los libros, la cama de bronce, el desvencijado sillón, Almeyra se preguntó si él estaría a punto de cruzar el río y de guerrear a cielo abierto por los campos del Sur.

Trató de continuar con la *Eneida*, pero muy pronto advirtió cuánto se había apartado de las tareas literarias en esa media hora. La luz de afuera, que trajo su amigo con las noticias de la revolución, le había empañado el ánimo. Almeyra dejó las cuartillas y salió a caminar.

Durante el almuerzo oyó a sus tías comentar apasionadamente los últimos acontecimientos políticos y militares: fuera de las tertulias literarias, no se hablaba de otra cosa en aquella época infausta y, por fortuna para mí y para ti, querido lector, pretérita. Cuando servía el caldo, la tía Esmeralda anunció que los anarquistas habían atacado en el Cerrito; al promediar el charque, ese ataque había sido rechazado y todas discutían la modalidad del general Rivera, reputada imprudente por la tía Áurea, de aproximarse con una breve escolta y fiado en la rapidez incomparable de su caballo, hasta los vivacs de las tropas entrerrianas; hacia la carbonada había triunfado la revolución en Corrientes: después del arrope, una invasión de farrapos en territorio oriental era de temer y, sobre el dulce de boniato, Almeyra melancólicamente reflexionó que la falta de cualquier mención de un levantamiento en Buenos Aires no configuraba un signo de buen augurio. Si algo sucedía en la otra banda, Montevideo no tardaba en saberlo. Todo se sabía demasiado. Por ejemplo, alguien sostuvo (lo que sin duda es falso) que el descubrimiento de la conspiración del joven Maza ocurrió mucho antes en las sobremesas de Montevideo que en su real escenario. Almeyra luchó contra la tentación de referir las noticias de Videla. Una abundante experiencia supersticiosa lo persuadía de que referirlas traería mala suerte. La tentación venció. Almeyra dio las noticias y en el acto agregó que las creía apócrifas.

Un poco más tarde el poeta se dirigía por la calle de Santiago, hacia la ferretería de Casamayou.

Al pasar por el consulado francés recordó el brumoso día de julio en que vio partir al general Lavalle, con la divisa azul y blanca en el sombrero y el lema, bordado en oro, *Libertad, o muerte*. Almeyra recordaba al general en el escalón de esa puerta, como en el estrado de la gloria, y el eco de una dicha espléndida y de una indignación y de una esperanza y de una congoja se alternaba en su ánimo. Qué nítidamente cierto parecía el triunfo que ahora se desangraba en las distancias del Entre Ríos. Lo declara la oda cuarta:

*el inclito laurel se deshojó en victorias.*

En cuanto a la indignación, era contra un médico de la Comisión Argentina que lo había rechazado como inepto para el servicio de la guerra. En vano explicó Almeyra que ese catarro pasaría con el invierno. El hombre lo creyó tísico y Almeyra quedó excluido de la legión.

Según era habitual, en la ferretería lo recibió don Pedro. Los Casamayou de la famosa firma eran dos: don Pablo, el mayor, que aparentaba ser mucho mayor que su hermano, pero que le llevaba solamente un año, y don Pedro. Físicamente los hermanos eran parecidos y distintos. Es probable que si hubieran quedado mascarillas de ambos señores, serían casi idénticas; pero aquí termina la similitud. Don Pablo era pálido; don Pedro, rojo; la piel de don Pablo era cerosa; la de don Pedro era seca y reticular, como atravesada por un delta complejísimo de pequeñas venas; don Pablo parecía demacrado y cadavérico; don Pedro, era emprendedor, afable, fácil y enérgico; don Pablo, según las pocas personas que lo trataron con familiaridad, no era tonto, sino, simplemente, raro. Don Pedro bebía mucho; don Pablo no había bebido en toda su vida una copa de vino, pero el azar lo eligió, entre ellos dos, para que fuera el hijo de alcoholista. Don Pablo murió soltero, don Pedro se casó con una jovencita tucumana, hermosa, de ojos grandes y muy ovalados, de brazos mórbidos, ligeramente obesa, que vivía en los fondos del caserón, ataviada con lujo y comiendo golosinas. Del matrimonio nació un hijo, don Pluvio, que murió en Francia, en un hospital, en un hospicio, a los catorce años.

A una sola visita atendía la señora: a nuestro joven poeta. Nunca dejó de agasajarlo con mates, que ella misma llevaba al escritorio, en una bandejita de plata; se ruborizaba toda para interrogarlo sobre la salud y la familia y recaía, inmediatamente, en su habitual silencio. Esa tarde, en un diminuto y revuelto escritorio, mientras la señora le cebaba mates con azúcar quemada y cáscaras de naranja, Almeyra escuchaba los planes de reforma que puntualizaba don Pedro.

—Estas paredes vuelan —afirmaba el patrón, indicando, con ademanes circulares, los tabiques de madera blanqueada, del escritorio—. El gran resorte para el trabajo es la amplitud.

Almeyra lo escuchaba con distracción apenas velada. Por cierto que su trabajo en la ferretería le interesaba poco. Sin embargo, la reflexión de que no asistiría acaso al cumplimiento de esos planes (del todo indiferentes para él), de que esa costumbre de pasar una vez por semana por la ferretería de Casamayou acaso debería interrumpirse para siempre, como, por lo demás, toda su vida en Montevideo, un poco provisoria, un poco irresponsable y (contemplada desde el recuerdo) sin duda muy dulce, lo angustió con anticipada nostalgia. Tal vez con mayor nostalgia (consideró escandalizado) que la interrupción de aquella otra costumbre, también dulce, de tocar el piano y de platicar, por las tardes, con la más joven de las señoritas de Medina. «Pero no debo abrigar

ilusiones», pensó. «Las noticias de la rebelión son falsas. Yo no dejaré esta vida. Yo no iré a la guerra en Buenos Aires».

De la ferretería volvió a su casa. En lugar de asentar las boletas en los libros, como se lo había propuesto, y evitar así la acumulación de trabajo, arrojó sobre un sillón el rollo de papeles y se fue en seguida a la redacción de *El Nacional*, a comentar las noticias.

Cuando llegó, los amigos hablaban de Voltaire, de Diderot, de Destutt de Tracy, los tres faros que iluminarían para siempre el pensamiento liberal, según la fórmula afortunada y profética de ese agauchado señor Coria. Muy pronto Almeyra se encontró hablando de su tragedia tebana (con un joven oriental, cuyo nombre desconocía) y luego intervino en la perpetuamente renovada polémica de clásicos y románticos. Alguien, tal vez Rivas (no estoy seguro, no quiero calumniarlo), inculpó a los partidarios de los clásicos de abrazar tradiciones y temas extranjeros. Almeyra pensó que ese énfasis de encono puesto en la palabra «extranjeros» traslucía una de las pasiones que siempre flamean del lado de los déspotas. ¿Por qué nadie lo advertía? En literatura todos patrocinamos ideas que en política engendran horrores; aquéllas, justamente, que se llaman ideas poéticas.

Conversando con Almeyra, el joven oriental refirió que había leído en un libro de historia, de más de trescientas páginas, que París había sido arrasado por incendios en diversas oportunidades. El oriental observó:

—Una situación conmovedora para contar sería la de un parisino que muriera allá por los años del 54, de la era cristiana después del incendio, llorando la destrucción definitiva de su ciudad.

Almeyra tuvo la impresión de que le sugerían que trasladara a París la tragedia tebana. Se molestó apenas lo necesario para escuchar confusamente lo que le decían. La discusión volvió a los clásicos y a los románticos y luego encaró los problemas del drama histórico.

—Cuando aparece mezclado entre personajes oscuros alguno conocido —Almeyra explicó a Florencio Varela— el espectador o lector se pregunta si lo que se dice en el drama lo dijo en la vida y cómo lo averiguó el autor.

Varela casi no lo escuchaba, porque trataba de seguir un diálogo entre Mitre y un señor con los bigotes de Vercingétorix o de algún jefe galo no menos valeroso.

—Encuentro que aceptar la cooperación de los franceses —argumentaba el señor, que era un conocido unitario de la primera emigración— es todo un arriesgado yerro.

Almeyra sintió, según la expresión vulgar, que la sangre le hervía en las venas. ¡Con cuántos amigos, a veces de los más queridos y de los más admirados, había debatido acaloradamente este asunto de la ayuda francesa! Para él no había más cuestión que voltear a Rosas. (Sean indulgentes mis lectores; recuerden que Almeyra murió en plena juventud).

Un coronel, cuya valiente espada resplandece a lo largo de más de cuarenta años de la historia de nuestras dos repúblicas del Plata, y a quien no he de nombrar, porque aún hoy sus opiniones podrían comprometerlo, habló con un tono reposado, que atrajo la atención de todos.

—Empiezo por reconocer que abundan las razones políticas y morales —dijo como sopesando

los términos, con voz de bajo— para condenar esa ayuda.

Aquí la atónica exasperación de nuestro poeta, que siempre había admirado al coronel, estalló en la susurrada pregunta:

—¿Tienen lepra los franceses?

Tan apagada fue la voz que pronunció estas palabras, que nadie las oyó. Almeyra tuvo la vaga y extraña impresión de ya haber vivido la escena. Ahora la recordaba con claridad. Había ocurrido en el colegio, más de una vez, cuando él, entre audaz y atemorizado, se había permitido alguna irreverente acotación a lo que decía el profesor. Turbado por esa puerilidad flagrante, perdió parte de los argumentos del coronel. Éste, por no sé qué evolución retórica, había llegado a la siguiente conclusión:

—Ante los males que día a día el tirano y sus seides infligen a los argentinos (inmensa hecatombe de dolor que siempre crece) no es humano rechazar el apoyo de una nación extranjera, a lo que todo el país opondrá su pecho, caso de que se pretendiera avasallar nuestra libertad.

Un arrebató patriótico, un ímpetu de ir a pelear ahí mismo al tirano, dominó a Almeyra.

Alguien comentó:

—Piensen lo que es el fondo de la vida: las enfermedades, la muerte. Y todavía que haya un señor, cualesquiera que sean sus designios, que nos depare cárceles, miseria, dolores y la Refalosa.

—Me pregunto si nosotros —dijo Almeyra— o si alguno de nosotros por lo menos, no estamos más interesados en Voltaire, en Diderot, en Destutt de Tracy, que en derrocar a Rosas. Si no estamos más interesados en la filosofía y en la literatura de Francia que en la política argentina —después de un silencio, grandilocuentemente agregó—: Sin embargo, todos los días hay un degollado.

—Nosotros luchamos para salvar la civilización —le replicó ese coronel que había peleado en tantas batallas—. Rosas, en pleno siglo XIX, es un paso atrás, un accidente. Entregarse del todo a la obsesión de combatirlo es contribuir a su pasajero triunfo; mantener íntegro el interés en lo bello, en lo armónico, en lo razonable, es contribuir a derrotarlo. Usted hace muy bien, mi amigo, en pensar en Diderot y en todas esas lumbreras. El sentido de la civilización consiste primordialmente en garantizarnos plena libertad para la vida y aun para los entretenimientos más triviales: a mí para chinear los domingos; a otros para pensar en lumbreras.

La autoridad y la fogosa oratoria del coronel acallaron a Almeyra, no a su conciencia. Nuestro joven poeta se preguntó cuál era su contribución a la derrota de Rosas. Recapacitando enumeró: «Escribir un rato por la mañana, sin violentar mi indolencia; conversar con los amigos del *Nacional*, complaciéndome en oír mi propia voz y en repetir argumentos que ya conozco; platicar tonterías, al fin de la tarde, con la niña Medina, reconociendo que progreso firmemente, ya que ella hoy no se apresuró a retirar su mano cuando se la tomé entre las mías. ¿Este es el resultado de la civilización, el precioso fruto de tantos siglos de historia, que debemos preservar del embate de los vándalos?».

La conversación continuó con discusiones sobre libros, que inflamaban el alma, porque la de todos ellos estaba exenta de intereses personales, y con discusiones políticas, que también

inflamaban el alma, porque los unían en una misma y noble tristeza y en una esperanza común de bien para la patria.

De pronto hubo un estrépito en el patio, se abrió de par en par la puerta y entraron precipitadamente el doctor Julián Santana y ese joven Bello. Se produjo en el salón un silencio de expectativa como si todos adivinaran la índole trascendental de la comunicación que iban a oír y lo solemne del momento que vivían. Vestido de negro, muy delgado, muy alto, muy pálido, Santana se adelantó unos pasos y levantando las manos exclamó:

—Los libres se rebelaron. En Dolores han pisoteado la efigie del monstruo.

Los gritos de júbilo atronaron la sala. Santana continuó:

—Aprovechando el viento favorable, dentro de una hora sale para las costas del Salado la chalupa *Flora*. Que me sigan los que deseen reunirse al ejército de Castelli y de Crámer.

En el numeroso grupo que lo siguió estaba Almeyra. Éste no se acordó de sus tías, ni de la niña que lo esperaba esa tarde; en cambio, con ansiosa preocupación, pensó en uno o dos compromisos, del todo insignificantes, que dejaría sin cumplir. Dando vivas a la patria y cantando llegaron al puerto. Durante los minutos que debieron esperar para embarcarse, Almeyra tuvo la impresión de que todo era irreal, de que estaba soñando.

Luego, desde la borda de la chalupa *Flora*, miró por última vez a Montevideo. Con el corazón oprimido de nostalgia y de gratitud pensó en las señoras que lo asilaron y en la *Eneida* incompleta y en la tragedia de Tebas y en la niña con quien gravemente jugaba a los novios y en los amigos y en la tierra que dejaba, tan hospitalaria y tan libre. Alguien le interrumpió este íntimo adiós a la querida República Oriental diciendo:

—Era absurdo que esa monstruosa tiranía de Rosas durara tanto. Piense que estamos casi en el 40.

## II

Durante el viaje no ocurrieron incidentes notables. En una carta dirigida al coronel Sosa, el señor I. E. Richads, cargador de la *Flora*, afirma que «el ánimo de los voluntarios es muy alto y para contrarrestar el tedio inherente a la navegación pescan».

Para desembarcar eligieron un punto situado entre las bocas de los ríos Samborombón y Salado. Cuando fondearon despuntaba el día. Un destacamento que bajó en un bote no descubrió en al alto fachinal de la costa fuerza alguna, ni amiga ni contraria. A eso de las siete de la mañana, el primer grupo de voluntarios desembarcó. Entre ellos iba Almeyra.

Éste pensó que si hubiera llegado a la región del Pergamino, donde estaba la Verde, la antigua estancia de su familia, él hubiera reconocido cada lugar; hubiera identificado, según el caso, la esquina de Constancio, la tapera del zapatero, la estancia de Montoya, los cuatro álamos (que de lejos parecían dos) de Zudeida... En cambio, en estos parajes donde nunca había estado (y, precisamente, por no poder identificar ninguna circunstancia topográfica), reconocía la patria. La oía gritar, salvaje, con los pájaros que sobrevolaban la laguna y la veía extenderse, infinita, en la trémula

inmensidad del pajonal. Una manada de yeguas, de largas crines, de largas colas, con las orejas levantadas, en un remolino de curiosidad se aproximó a ellos. De pronto, una se volvió, todas se volvieron, y tímidas y alegres y pictóricas, pateando, relinchando, se volcaron en la distancia. En ese instante, o acaso unos instantes después, cuando un casal de chajases, anunciando la novedad, como los de Ascasubi, echaron a volar y de atrás del fachinal de junquillos una abigarrada multitud de gauchos a caballo cargó contra el puñado de voluntarios, Almeyra sintió algo que podría expresarse aproximadamente así: ahora que estaba en la patria era invencible. Levantó el fusil y volteó a su primer hombre.

Pero la superioridad numérica de los atacantes era excesiva. Abrumados por las lanzas y las tacuaras, los voluntarios se rindieron. Solamente dos continuaron la pelea: Almeyra y un joven abogado, el doctor Cruz. Almeyra dejó el fusil y con el sable en la mano se entreveró con los enemigos; los tuvo a raya y, a los que pretendieron atropellarlo, con la destreza que le daba el coraje los hirió. Cruz mató a otros dos. Al fin los gauchos los enlazaron y los desarmaron; pero no me parece que se hayan desempeñado mal Cruz y Almeyra, teniendo en cuenta el medio culto en que vivieron hasta el momento de esa fulminante confrontación con la guerra y con la barbarie.

Mientras el jefe, un tal Pancho el Ñato, resolvía lo que iba a hacer con los prisioneros, la tropa se entretenía en degollarlos. Quizá en un intento de reafirmar su autoridad, Pancho el Ñato gritó, señalando a Cruz y a Almeyra:

—A éstos no me los toquen.

El gauchaje protestó contrariado.

—Les tenemos más ganas que a *naide* —argumentó alguno.

Otros, con la sonrisa humilde y con voz de súplica, mostrando el cuchillo pedían esos pescuezos.

Sincera o sarcásticamente, explicó el Ñato:

—A estos dos salvajes quiero premiarles el valor. Los mandaré a la Guardia del Monte, de regalo para mi compadre González, su Majestad Caranchísima.

Maniatados los montaron a los dos en un caballo y los arriaron hasta una estancia de las inmediaciones.

Los que habían quedado a bordo de la chalupa, nada pudieron hacer por sus compañeros.

Esa misma tarde, sujetos con lazos y echados en el piso de una carreta, Cruz y Almeyra fueron remitidos a la Guardia del Monte. En el largo camino casi murieron de sed. Un domingo al atardecer llegaron.

Los encerraron en el cuartel, a cada uno en un calabozo. Almeyra estaba tan cansado que tuvo la fortuna de dormir toda la noche. A la mañana siguiente lo llevaron a un vasto salón, poco menos que desmantelado, donde conversaban dos hombres; el más joven era una suerte de estanciero culto, levemente amanerado en sus modales, de cabello rubio y barba con reflejos rojizos, de más de treinta y menos de cuarenta años de edad, vestido con un ponchito de vicuña, pantalón blanco, botas

granaderas, pañuelo punzó al pescuezo, blusa negra; el otro debía ser comandante de milicias, era un hombre tosco, de cuarenta y tantos años, de cabeza alta y angosta, de cara rasurada, de ojos vivos, de nariz recta, de boquita sonreidora, de brazos cortos y gruesos, de vientre protuberante; llevaba pañuelo al cuello, chaquetilla militar, sable, chiripá rojo. El que parecía estanciero estaba recostado sobre la mesa que hacía las veces de escritorio (y sobre la que había un rebenque); el comandante estaba precariamente sentado en la punta de la única silla del cuarto (el más importante de los dos era, sin duda, el estanciero). De una de las paredes colgaba el retrato de Juan Manuel de Rosas; de otra, interrumpiendo una mancha de humedad, el de doña Encarnación (con crespón negro).

A Almeyra lo hicieron sentar en un largo banco. Junto a él, un soldado montaba guardia.

El individuo que suponemos estanciero peroraba con cierta complacencia como si estuviera seguro de que el otro se reconocía inferior y lo admiraba.

—Es una pena que González no esté aquí, pero sobre el particular de estos facinerosos —declaraba con voz modulada y suave, indicando vagamente a Almeyra— yo me hago cargo, si usted prefiere. No piense más: deje a estos caballeros por mi cuenta. Conozco demasiado a la sabandija unitaria: antiguas amistades, lazos de familia, etcétera, ¿qué mejor ocasión para demostrar que he roto para siempre con ellos?

—Yo siempre digo —aseguró el comandante— que el unitario es un bicho egotista, que no colabora con el gobierno. Pero, créame, don Villarino, el pueblo está desengañado y no quiere ni que los menten.

—¿Cómo no va a estar, si ya va para largo que no levantan cabeza? El pueblo no los perdona. Para convencerlo reniegan de su partido; gritan que no son unitarios, que son federales, si usted se descuida, que son partidarios del ilustre Restaurador; dígame francamente ¿qué se puede esperar de estos Judas?

—Absolutamente nada, señor.

—Bien dicho; nada.

Almeyra se preguntó para qué lo habrían llevado ahí. «Estarán esperando a alguien», pensó.

—Los sabios y doctores de este grupo que maquina en Montevideo —continuó Villarino con desprecio— le juro que son unos teóricos y unos ilusos de marca mayor, que pretenden gobernar a los criollos con el librito que los filósofos franceses les escribieron para Francia. Dígame un poco mi amigo ¿qué tiene que ver la Francia con este país?

—Hágase cargo, señor.

—Me hago cargo. Son unos teóricos imposibles que están vendidos al inmundo oro francés. Es gente egotista, interesada en sumo grado. En una palabra, traidores a la patria. Son unos cobardes que no merecen llamarse hombres. No hacen frente: se van al extranjero, a trabajar para el descrédito de su propio país.

Almeyra tuvo la intención de protestar, pero estaba tan cansado que se dijo ¿para qué?

Procurando alejarse dentro de sí mismo, cerró los ojos. Le pareció recordar que alguna vez observó que las conversaciones son mundos cerrados, con sus leyes propias. En este caso la ley era creer infame a la gente que se reunía en *El Nacional* y perfecto al gobierno de Rosas.

El comandante decía:

—El pueblo sabe que son cobardes. No los quiere.

—El pueblo comprende la situación mejor que esos doctores —afirmó el otro—. Comprende que Rosas representa genuinamente a esta tierra de Dios. Vea, sin ir más lejos, el caso de los peones de esa estancia de que hablábamos hoy. Ahí los patrones, que es gente antigua, los criaron como de la familia. Misia Merceditas les enseñó el rudimento y ellos se criaron como hermanos de los muchachos. ¡Las veces que los vi en dulce montón loqueando con la volanta! Bueno, sin vacilar la otra noche se apersonaron a la comandancia de la Magdalena y dijeron que los patrones andaban en tratos con los conspiradores. La policía se contrajo a su obligación y antes de la madrugada era de ver cómo trabajaban los piquetes de fusilamiento. No quedó nadie de la familia, ni siquiera la misia Merceditas, que murió perdonando a sus delatores; pero yo le pregunto a la señora de qué le valió ese gesto. La peonada, créame, es gente humilde y ha comprendido con toda razón que estaba en juego el provenir de la patria.

—Habrá Rosas para siempre —sentenció el otro—. El pueblo lo quiere. No porque unos escritores franceses piensen lo que se les dé la gana...

En ese momento un cabo y dos soldados irrumpieron en el cuarto; se detuvieron frente al escritorio, burdamente perplejos, como si el coraje que los impulsó a entrar empezara a faltarles.

—Me han interrumpido. No sé lo que iba a decir —protestó Villarino; después de una pauta interrogó—: ¿Qué hay? ¿Por qué no me traen al otro salvaje?

El cabo contestó:

—Se ha escapado, señor.

(Efectivamente, el otro salvaje, el doctor Cruz, logró escapar. Algún tiempo después reapareció en Montevideo y luego en Maldonado, donde llevó una vida oscura y estudiosa. En el 52 volvió a su patria, con el Ejército Grande de Urquiza, y peleando a las órdenes del general Lamadrid murió en la batalla de Caseros. Mitre y Sarmiento lamentaron alguna vez que el doctor Cruz no viviera para colaborar en la obra luminosa de la organización nacional).

Villarino palideció visiblemente. Encarándose con Almeyra gritó:

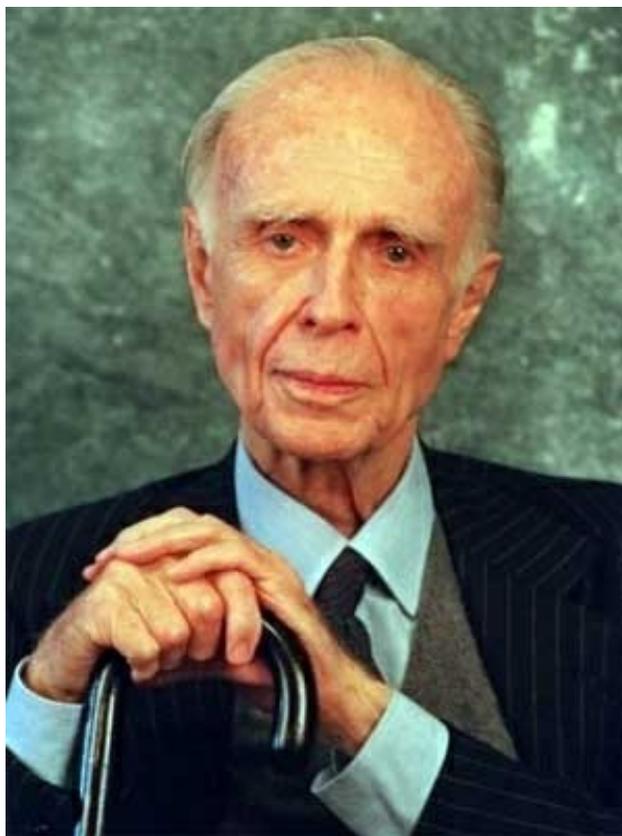
—Y usted ¿por qué no se escapa? Sépalo: no hay escapatoria para nadie. Tenemos Rosas para siempre, Rosas para siempre.

Extendió una mano hacia la mesa para tomar el rebenque, pero uno de los soldados preguntó con una sonrisa púdica:

—¿Me permite, patroncito?

Rápidamente el soldado sujetó del pelo a Almeyra y con un trazo limpio y seguro lo degolló.

FIN



ADOLFO BIOY CASARES, (Buenos Aires, Argentina; 15 de septiembre de 1914 – ibídem, 8 de marzo de 1999) fue un importante escritor argentino que frecuentó las literaturas fantástica, policial y de ciencia ficción. Debe, además, parte de su reconocimiento a su gran amistad con Jorge Luis Borges, con quien colaboró literariamente en varias ocasiones. Éste lo consideró incluso uno de los más notables escritores argentinos. La crítica profesional también ha compartido la opinión: Bioy Casares recibió, en 1990, el Premio Miguel de Cervantes.

Bioy nació en Buenos Aires y fue el único hijo de Adolfo Bioy Domecq y Marta Ignacia Casares Lynch. Perteneciendo a una familia acomodada, pudo dedicarse exclusivamente a la literatura y, al mismo tiempo, apartarse del medio literario de su época. Escribió su primer relato, *Iris y Margarita*, a los 11 años. Cursó parte de sus estudios secundarios en el Instituto Libre de Segunda Enseñanza de la Universidad de Buenos Aires. Luego, comenzó y dejó las carreras de Derecho, Filosofía y Letras. Tras la decepción que le provocó el ámbito universitario, se retiró a una estancia —posesión de su familia— donde, cuando no recibía visitas, se dedicaba casi exclusivamente a la lectura, entregando horas y horas del día a la literatura universal. Por esas épocas, entre los veinte y los treinta años, ya manejaba con fluidez el inglés, el francés (que hablaba desde los cuatro años) y, naturalmente, el español. En 1932, Victoria Ocampo le presenta a Jorge Luis Borges, quien en adelante será su gran amigo y con quien escribirá en colaboración varios relatos policiales bajo diversos seudónimos, el más conocido de los cuales fue el de Honorio Bustos Domecq. En 1940, Bioy Casares se casa con la hermana menor de Victoria, Silvina Ocampo, también escritora y pintora.

Entre sus premios y distinciones destacan la membresía a la Legión de Honor francesa en 1981, su nombramiento como Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires en 1986,<sup>1</sup> el Premio Cervantes y el Premio Internacional Alfonso Reyes en 1990 y el Premio Konex de Brillante en 1994. Sus restos descansan en el Cementerio de la Recoleta.

## **Novelas**

La invención de Morel (1940).

Plan de evasión (1945).

El sueño de los héroes (1954).

Diario de la guerra del cerdo (1969).

Dormir al sol (1973).

La aventura de un fotógrafo en La Plata (1985).

El perjurio de la nieve (1945).

Un campeón desparejo (1993).

De un mundo a otro (1998).

## **Colecciones de relatos**

La trama celeste (1948).

Historia prodigiosa (1956).

Guirnalda con amores (1959).

El lado de la sombra (1962).

El gran serafín (1967).

El héroe de las mujeres (1978).

Historias desafortunadas (1986).

Una muñeca rusa (1990).

Una magia modesta (1997).

## **Antologías de relatos**

Historias fantásticas (1972).

Historias de amor (1972).

## **Ensayos**

La otra aventura (1968).

Memoria sobre la pampa y los gauchos (1970).

Diccionario del argentino exquisito (1971). Diccionario de palabras que no deberíamos utilizar.

De jardines ajenos: libro abierto (1997), recopilación de frases, poemas, y miscelánea diversa, editada en colaboración con Daniel Martino.

De las cosas maravillosas (1999).

## **Memorias/Diarios**

Unos días en el Brasil (1991), en una edición de apenas 300 ejemplares fuera de comercio.

Memorias (1994), editado por Marcelo Pichon Riviere y Cristina Castro Cranwell.

Descanso de caminantes (2001), libro póstumo, editado por Daniel Martino.

Borges (2006), libro póstumo, selección del diario del autor donde aparecen referencias a Jorge Luis

Borges, preparado por Bioy Casares en colaboración con Daniel Martino y editado por éste.

[http://es.wikipedia.org/wiki/Adolfo\\_Bioy\\_Casares](http://es.wikipedia.org/wiki/Adolfo_Bioy_Casares)

# Notas

[<sup>1</sup>] este cuento apareció en el número 229 de la revista *Sur*, correspondiente a los meses de julio y agosto de 1954. <<